

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

C. WAGNER

SONRIENDO

Traducción española

===== de =====

DOMINGO VACA

MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR

23, CALLE DE LA PAZ, 23,

1921

BIBLIOTECA INTERNACIONAL

DE

PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL

NORMAL Y PATOLÓGICA

PRECIO DE CADA TOMO: 4 PESETAS

- Baldwin.**—EL PENSAMIENTO Y LAS COSAS. EL JUICIO Y EL CONOCIMIENTO. Traducción de Francisco Rodríguez Besteiro. Con figuras. Madrid, 1911.
- Claparède.**—LA ASOCIACIÓN DE LAS IDEAS. Traducción de Domingo Barnés. Con figuras. Madrid, 1907.
- Cuyer.**—LA MÍMICA. Traducción de Alejandro Miquis. Con 75 figuras. Madrid, 1906.
- Dugas.**—LA IMAGINACIÓN. Traducción del Dr. César Juarros. Madrid, 1905.
- Duprat.**—LA MORAL. Fundamentos psico-sociológicos de una conducta racional. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905.
- Grasset.**—EL HIPNOTISMO Y LA SUGESTIÓN. Traducido por Eduardo García del Real. Con figuras. Madrid, 1906.
- Malapert.**—EL CARÁCTER. Traducido por José María González. Madrid, 1905.
- Marchand.**—EL GUSTO. Traducción de Alejo García Góngora. Con 33 figuras. Madrid, 1906.
- Marie (Dr. A.)**—LA DEMENCIA. Traducción de Anselmo González. Con figuras. Madrid, 1908.
- Nuel.**—LA VISIÓN. Traducida por el Dr. Víctor Martín. Con 22 figuras. Madrid, 1905.
- Paulhan.**—LA VOLUNTAD. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905.
- Pillsbury.**—LA ATENCIÓN. Traducción de Domingo Barnés. Madrid, 1910.
- Pitres y Régis.**—LAS OBSESIONES Y LOS IMPULSOS. Traducido por José María González. Madrid, 1910.
- Sergi.**—LAS EMOCIONES. Traducido por Julián Besteiro. Con figuras. Madrid, 1906.
- Toulouse, Vaschide y Pieron.**—TÉCNICA DE PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL. (*Examen de sujetos*). Traducción de Ricardo Rubio, con figuras. Madrid, 1906.
- Van Biervliet.**—LA MEMORIA. Traducido por Martín Navarro. Madrid, 1905.
- Vigouroux y Juquelier.**—EL CONTAGIO MENTAL. Traducción del Dr. César Juarros. Madrid, 1914.
- Woodworth.**—EL MOVIMIENTO. Traducción de Domingo Vaca. Con figuras. Madrid, 1907.
- Constan estos volúmenes de tomos de 350 a 500 páginas, tamaño 19 × 12 centímetros, algunos con figuras en el texto.

SONRIENDO

PRECIO EN RÚSTICA, 3 PESETAS

ENCICLOPEDIA CIENTÍFICA

TOMOS PUBLICADOS

- Bechterew (W.).**— *Las funciones de los centros nerviosos.*— Traducción de Luis de Hoyos Sáinz. Madrid, 1917.— 6 pesetas.
- Busquet (H.).**— *La función sexual.*— Traducción de Anselmo González. Madrid, 1913.— 6 pesetas.
- Cordier.**— *Turbinas de vapor.*— Traducción de Luis Inglada Ors.— Madrid, 1921.— 9 pesetas.
- Charbonnier (P.).**— *Balística exterior racional.*— (Problema Balístico principal). Traducción y notas por Francisco de P. Ripoll. Con 78 figuras en el texto. Madrid, 1916.— 9 pesetas.
- Duprat (G. L.).**— *Solidaridad social.*— Traducción de F. Peyró Carrió. Madrid, 1913.— 6 pesetas.
- Guyot (J.).**— *El comercio y los comerciantes.*— Traducción de Rafael Urbano. Madrid, 1914.— 6 pesetas.
- Joteyko (J.).**— *La función muscular.*— Traducción de Anselmo González. Madrid, 1920.— 6 pesetas.
- Mazzarella (J.).**— *Los tipos sociales y el Derecho.*— Traducción de Carlos G. Posada. Madrid, 1913.— 6 pesetas.
- Ocagne (M.).**— *Cálculo gráfico.*— Traducción de L. Gutiérrez del Arcoyo. Madrid, 1914.— 7 pesetas.
- Renard (Georges).**— *Sindicatos, trade unions y corporaciones.*— Traducción aumentada con un prólogo, un apéndice y un índice bibliográfico sobre el movimiento obrero español, por Manuel Núñez de Arenas. Madrid, 1916.— 7 pesetas.
- Richard (Gastón).**— *Pedagogía experimental.*— Traducción de Anselmo González. Madrid, 1913.— 6 pesetas.
- Sebillot (Pablo).**— *El paganismo contemporáneo en los pueblos celto-latinos.*— Traducción de F. Peyró Carrió. Madrid, 1914.— 6 pesetas.
- Vallaux (Camilo).**— *El suelo y el Estado.*— (Geografía social). Traducción de Carlos G. Posada. Madrid, 1914.— 6 pesetas.

Estas obras constan de tomos de 400 a 500 páginas, tamaño 19 × 12, con o sin figuras en el texto, encuadernados con planchas.

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

C. WAGNER

SONRIENDO

Traducción española

de

DOMINGO VACA

MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR
23, CALLE DE LA PAZ, 23,
1921

PRÓLOGO

No somos de los que quieren evitar a los niños trabajo y esfuerzo. Con procedimiento tal se les impide hacerse hombres. El estudio y el trabajo tienen sus saludables severidades y deben conservarlas. Lo primero que conviene tener en cuenta, si se quiere enseñar a vivir, es que no se tome a broma la vida. Contra sus leyes severas, inexorables, no hay recurso ni rebeldía posible.

Y, no obstante, el que enseñase a vivir poniendo cara triste nunca habría comprendido nada de esa hermosa ponderación en que todo llega a su hora y en su lugar. Las sombras son necesarias para la belleza del cuadro; el sol no lo es menos. La noche tiene sus estrellas; la montaña, sus flores; el Océano,

su espejismo infinito, y la verdad, su sonrisa. En el fondo nada hay más positivo que la impalpable luz; la sonrisa es luz. Hay que esparcirla bastante en la aurora de la vida para que llegue hasta el atardecer de la misma su reflejo bienhechor. He aquí lo que hemos querido indicar por medio del título que encabeza esta nueva serie de conferencias escolares: *Sonriendo*. Los contornos severos de la realidad aparecen aquí revestidos de algo de esa gasa luminosa que los niños y los poetas siempre han amado en ella. Se enseñan jugando cosas de extrema gravedad. Se refieren historias y hasta se hace uno niño con los niños, joven con los jóvenes, por amor a ellos tanto como por gusto.

Cada cabecita morena o rubia es una esperanza de la Humanidad, una esperanza de Dios. Que esa esperanza madure y fructifique como la semilla en el surco. ¿Quién no lo desea? Ningún interés es superior al de la educación. ¿De qué sirve lo demás si los valores humanos están en baja? En esta convicción se inspiran nuestras páginas.

Las ofrecemos a nuestros niños, a todos los cuales interesan. ¡Quieran contribuir a alimentar en el corazón de los que empiezan el camino de la vida el superior orgullo de ser hombres, de formar parte de la vieja familia que sufre, busca y espera, la pasión del esfuerzo valiente y el culto de la verdadera alegría, hija del trabajo!

CARLOS WAGNER

La Tourangelle, 31 de agosto de 1910.

SONRIENDO

En que se explica de qué se trata.

¿*Qué os interesa más?* En cuanto se hace una pregunta semejante, cada cual responde a su modo. Porque no todos tienen los mismos gustos ni desean las mismas cosas. Así, bien sé yo en qué piensa en este momento Jorge. Piensa en el cuervo de cría que su hermano el leñador le ha traído ayer del bosque. El cuervo debe tener hambre. Antes de venir a la escuela Jorge le ha dado de comer. El ave, hambrienta, abrió el pico, y con una cuchara de madera su dueño le cebaba con blanco queso. Cuando vuelva a casa repetirá la operación, y así hará todos los días. El cuervo crecerá, se hará magnífico. Jorge lo piensa cada vez con más gusto. Sí, es lo que más le interesa.

El cuervo es negro, pero hay en un sitio una muñequita blanca y sonrosada que cierra los ojos cuando se la acuesta. Esa muñeca pertenece a Lucía, y estoy seguro de que no me equivoco si digo que es lo que más interesa a su pequeña mamá. Otras en la clase se preocupan más del hermanito pequeño que duerme en casa con los puños cerrados y que apenas hace unos días que ha llegado. Pero Alejandro, por su parte, no se distrae de una cosa que al presente le preocupa mucho. Y no es más que una butifarra larga y panzuda que su madre hacía esta mañana, y que debe estar a punto de echarla a la sartén. Dentro de un momento, cuando vuelva a casa, Alejandro comerá la rica butifarra, y ya se está reclamando de gusto. Así, conforme son los niños y según el momento, siempre hay algo que les interesa principalmente. Cuando ese algo llega a preocuparnos así, atrae y fija nuestra atención. Si lo olvidamos no es por mucho tiempo, y, aun cuando no lo tengamos delante, en ello seguimos pensando.

Pues bien: cuando Jorge cree que lo que más le interesa es su cuervo, y Lucía su muñeca, y así sucesivamente, *os engañáis todos*. Sí, os engañáis. Lo que más interesa a Jorge es Jorge, y lo que más a Alejandro no es el embutido delicioso que se fríe en la sartén, sino Alejandro mismo. Y es tan cierto, que el más aturdido de vosotros lo comprenderá sin esfuerzo. Si Alejandro no viviera, ¿qué le importaría la butifarra más suculenta? Si no viviera Jorge, ¿qué

podría importarle el juego más seductor? Nada absolutamente. Siempre por nosotros comienza el interés, y no podría ser de otra forma. Admito, pues, perfectamente que Lucía adore su muñeca, Jorge su pájaro, otros a un hermanito, a un papá bueno, a una mamá, su jardín, etc.

Pero todo eso no puede interesarles sino porque viven ante todo, y estoy en el derecho de decirles que deben preocuparse de sí mismos, de su manera de vivir, de su modo de ser y de sus acciones, por lo menos tanto como de lo que más les interese. Tenéis cariño a un pájaro, y le cuidáis; a una muñeca, y la atendéis. Y ¿no os cuidaríais de vosotros mismos? No querríais que nada malo sucediera a vuestro cuervo, ni que vuestra muñeca fuera una criatura mal educada, y ¿podrías sufrir el abandono de vosotros mismos y observar una mala conducta? No quiero creerlo. Luego cuando se pregunta: «¿Qué es lo que interesa más a un niño?», hay que responder: «El niño mismo, su persona, su salud, su conducta». ¿Hemos de comprometernos por eso a ser criaturas presumidas, orgullosas, archisatisfechas de sí, vanidosas, engreídas, enamoradas de su figura y de su tocado? ¡Quita de ahí; qué horrible, insoportable y poco atractivo sería eso! Creemos, por el contrario, enseñaros a que os ocupéis de vosotros mismos, de suerte que seáis como debéis ser, es decir, limpios, discretos, buenos, activos y dignos de que todos os quieran. Y para lograrlo hay que tener cui-

dado de sí, atenderse a sí, vigilarse y respetarse. No es posible ser bueno para los demás sino cuando uno se ha conservado bueno. Supongamos que os gustan las naranjas. ¿Cómo una naranja puede ser buena para nosotros? Si es dulce, si está bien conservada y limpia. Si procede de un naranjo mal cultivado, si la han cogido verde, la han embalado mal, no la han cuidado, ha andado tirada por lugares sucios, no puede ser buena para nosotros porque en sí es mala. Lo mismo exactamente ocurre con los niños. Si queréis ser buenos para algo, para alguien, buenos para vuestros padres, para vuestros maestros, para vuestros hermanos, para vuestros camaradas, es necesario que conozcáis la manera de conducirlos, siempre y en toda ocasión. De otra forma, no serviréis para nada, es decir, serviréis de estorbo y de preocupación a todo el mundo. Lo que más os interesa, pues, es lo siguiente: atended a vosotros mismos y no lo olvidéis. Y de esto se tratará en nuestras conversaciones. Os hablaremos de la manera de que os tratéis bien y de que seáis útiles más tarde. Y he aquí una historia, para terminar:

El gordo Luis tenía un perrito, al cual quería sobre todas las cosas. Le llevaba limpio, pero, por lo mismo, le trataba con severidad y no sufría que tocara cosas sucias ni que se abalanzara a los topos y ratones muertos, como hacen los perros mal educados. «*Tom*, le decía, eres el perro de Luis y, si quieres que Luis te acaricie y te bese, es preciso que

estés siempre limpio». En cuanto a la comida, el niño tenía al animalito bien regimentado.

La carne, los huesos demasiado abundantes, y en general el exceso de golosinas, hacen enfermar a los perros, se les ponen los ojos encarnados y legañosos, la piel irritada y de mal olor. *Tom* estaba, por tanto, obligado a la sobriedad, con provecho para su salud.

Además, Luis quería en su perro esa lealtad que es el encanto de las relaciones amistosas. Queríale franco, fiel, nada fingido ni engañoso.

Educado así *Tom*, Luis, que le prefería sobre todas las cosas, se olvidaba de una, y era cuidar de sí propio. Lavaba y enjabonaba al perro; pero él llevaba con frecuencia las orejas sucias. Impedía que el perro comiera demasiado, pero ocurría que él fuera descomedido y glotón; quería que el perro fuera leal y franco, y él no siempre era sincero con sus padres. Un día, pues, que estaba en la cama con una tapa de cacerola sobre el vientre para curarse una indigestión, pidió que le llevaran al perro y se accedió a lo que pedía. *Tom*, sentado frente a Luis, le miraba con ojos dulces y llenos de lástima. No hablaba, pero Luis, mirando a aquel amigo predilecto, dijo: «*Tom* de mi alma, ¿serás el perro y el amigo de un glotón, de un sucio, de un muchacho que no es leal y sincero con sus padres? No, no puede ser. Me interesas y te quiero, y por lo mismo deseo en lo sucesivo cuidar de mí mismo, examinarme y corregirme. Serás el perro limpio, fiel y frugal de un amo

sobrio, honrado y limpio». Luis lo prometió así, e hizo más: cumplió su palabra.

Tenlo presente, Jorge, y, si quieres a tu cuervo, trata de que pertenezca a un buen muchacho; y vos, Lucía, tratad de que vuestra muñeca tenga por ama a una buena muchacha. En cuanto a ti, Alejandro, cuando claves el tenedor en la butifarra, trata de que no la coma un holgazán, sino un estudiante trabajador que se ha ganado el almuerzo.

Lo que cuenta el agua.

Uno de los mayores placeres de los niños consiste en ver correr el agua. Doquiera que la hay, poca o mucha, los niños la buscan. En las fuentecillas donde se ve el agua brotar de tierra removiendo la arena del fondo, los niños se arrodillan para verla más de cerca. Míranse en la limpia taza, semejantes a las flores inclinadas en la orilla. En el hueco de sus manos recogen agua con que calmar su sed.

Cuando la fuente se torna arroyuelo y serpentea por los prados, los niños la siguen. Confíanla débiles esquifes labrados en la corteza de los pinos, o blancas flotillas de barcas de papel que puede parar una brizna de hierba. Y si el arroyo va dando rodeos y labra ensenadas en las orillas, se despojan del calzado para refrescarse los pies. Más adelante, cuando el agua es suficientemente profunda, se bañan en bulliciosos grupos y hacen saltar tantas gotitas de agua por sus cabezas, que el sol dibuja el arco iris.

Pero, ¿qué cuenta el agua? ¿Qué dice al llegar a nuestros pies en los bancos de arena de los ríos y en las orillas de los mares? El agua cuenta muchas historias; es cantora infatigable y parlanchina que jamás se cansa de hablar. Todos la escuchan, y a cada cual dice una cosa distinta, según su edad y su humor. ¿Qué os dice a vosotros, hijos míos?

¿O jamás habéis prestado oídos a su voz? ¿Seréis bastante insensibles, tan aturdidos, que no os hayáis parado a escucharla? No es probable. Quizá lo habéis hecho sin daros cuenta. Si queréis, vamos a tratar de comprender juntos lo que cuenta el agua y, cuando la oigáis de nuevo reír a carcajadas, cantar, llorar, silbar o gruñir, sabréis lo que esto significa.

La otra noche queríais dormir, pero no lo lograbais. Tras un día de calor sofocante, la noche era también ardorosa y el ambiente de tempestad. Veíais cruzar a intervalos el resplandor de un relámpago, y el trueno paseaba su bronca voz por cima de vuestras cabezas. Pero pasó la tempestad y el aire se tornó más fresco, la lluvia comenzó a caer y a cantaros una canción de cuna. Sí, os cantaba una canción de cuna. Cantaba en las hojas de los árboles, en las pizarras de los tejados, en los conductos de los canalones, y pronto os dormisteis tan bien, que dejasteis de oírla; pero habíais comprendido su canción, puesto que os decía que durmierais y os dormisteis.

A la mañana siguiente, frescos y descansados, estabais de pie a las cinco, para andar por los caminos

que la lluvia había lavado. En las ramas de los árboles, en los pétalos de las flores, en todas partes brillan las gotas. Toda la Naturaleza sonríe, el sol sonríe en el arroyuelo. Las gotas de agua reflejan sus rayos y os los envían. Cuando la brisa agita los árboles, caen de ellos perlas. Os caen en las narices y en el cuello. Son bromas que el agua gasta para divertirlos. Pero tiene, como vosotros, el llanto cerca de la risa, y allá, en las umbrías en que nada reluce, las gotas caen como lágrimas.

Venid aquí ahora, bajo la gotera de este establo; mirad la piedra en que el agua forma un pequeño charco. Una gallina bebe en él al pasar. Cuando el sol haya secado todo, esa piedra caritativa, que es casi una taza, dará de beber a los gorriones. Las abejas vendrán a humedecer en ella su trompa. Considerad cuántos animales podrán calmar su sed en ese hueco de la piedra. Y observadlo bien. Cayendo gota a gota de lo alto del tejado, lentamente, el agua ha excavado la piedra. A cada nuevo chaparrón se dedicará al mismo trabajo, y el hueco se irá haciendo mayor. ¡Trabajo largo, trabajo de paciencia! ¿Qué os dice esa gota que cae, cae y suma su esfuerzo a las gotas que la precedieron? ¿No os dice que esfuerzos pequeños, largo tiempo repetidos, producen grandes resultados? Esas gotas son sabias y no locas, como muchas cabezas infantiles. ¿No se os oye razonar así: «De qué sirve escribir media página diaria, aprenderse seis líneas, coser un botón»? Creéis que no haciendo

mucho no se hace nada. ¿Qué ocurriría si las gotas de agua razonaran como vosotros? Vais a verlo. En verdad, nunca los pájaros encontrarían qué beber en esas copas abiertas gota a gota y gota a gota llenas. Pero el mismo razonamiento haría que la lluvia no cayese. — Y ¿por qué? — Muy sencillo. La lluvia se compone de gotas. Sin gotas no hay lluvias. Si, aturdidas y desalentadas por su pequeñez, las gotas se dijeran cada una: «¿De qué sirve que yo caiga, qué puede hacer una gota?», no caerían y no habría lluvia. Sin lluvia no hay fuentes, sin fuentes no hay arroyos, sin arroyos no hay ríos. Todas las compañías de abastecimientos de aguas quebrarían; todas las fuentes dejarían de correr. Las cocineras no podrían hacer la sopa; los bomberos no podrían apagar los fuegos, y todos andarían sucios, porque nadie podría lavarse. Los barcos ya no servirían para nada.

Creéis que siempre quedaría el mar; pero el mar sin las gotas no existe. Ese Océano inmenso, inagotable, de aguas azules, grises o negras, está todo él, por gigantesco que parezca, compuesto de pequeñas gotas. De la reunión de esas gotitas procede toda la fuerza de las olas. Si la ballena nada es porque su cuerpo colosal está sostenido por miles de miles de gotitas reunidas. Cada una de ellas sostiene un trozo de la ballena.

Y si los navíos que llevan en sus costados poblaciones enteras, máquinas, mercancías, montañas de carbón, pueden flotar como una pluma, débese al

esfuerzo de esas gotitas reunidas. Felizmente, jamás se las ocurre dejar de trabajar, porque no son más que gotas. Si supierais, niños, oír lo que cuentan las gotas de agua, cada una os daría una lección, lo cual sería a la vez muy divertido y muy útil.

No paséis nunca por ningún sitio cerca de las aguas, corrientes o tranquilas, sin observarlas bien, y, cuando las hayáis mirado, preguntaos lo que el agua cuenta. Porque para los que la hacen la honra de prestarla atención, reserva lindas historias, sabrosas lecciones, llenas de encanto y de sentido.

Cuenta como una abuela, canta como un pájaro, salta como una pajarita de las nieves y baila como un peón. Y todo esto quiere decir algo; de suerte que el agua, por loca que pueda parecer en algunos momentos, no deja de ser una personita discreta y docta, cuyos excelentes consejos no se pagan sino con un poco de atención.

Entre nosotros sea dicho: el agua gusta que se ocupen de ella. Para merecer sus favores vamos, pues, a consagrarla una conversación más. Tiene tantas cosas que decirnos, que para un día sería ciertamente demasiado.

Los pequeños molinos.

Nada tan divertido como la construcción de pequeños molinos. Se coge una buena vara de avellano, de un dedo de gruesa, y en ella se practican, hacia la parte media, dos hendiduras perpendiculares entre sí. Y ya tenemos el árbol de la rueda. En las hendiduras, suficientemente ensanchadas, se introducen varitas más delgadas, que se abren por los extremos para colocar las paletas hechas con virutas o pedazos de hojas de iris. Hecho esto, se fijan en el suelo dos horquillas, que sirvan de sostén, y anda la máquina.

Se la puede ver girar indefinidamente. Y como a fuerza de dar vueltas se descompone, o se desmonta con bastante frecuencia, nos da trabajo para horas enteras. Evidentemente, en esto, como en todo, hay que observar reglas; de otra suerte, las cosas no van bien. En primer lugar, si no sabéis manejar un cuchillo, no tratéis de mezclarlos en este juego. Porque, si no,

desde el principio os cortaríais los dedos. Luego si no queréis que lo que es diversión para vosotros signifique pena y disgusto para vuestros padres, mirad dónde ponéis los pies. No os mojéis, no os metáis en el lodo. Atendido esto, si no sois torpes y no servís para nada, conseguiréis vuestro objeto. Pero, naturalmente, hay que abrir el ojo y tener cuidado de elegir bien la varita y de calcularlo bien todo. Si escogéis por árbol una vara encorvada, la rueda andará mal o no podrá dar vueltas en absoluto. Si la vara tiene un nudo en medio, pasaréis mil trabajos y no llegaréis a abrir las hendiduras. Si elegís una horquilla demasiado cerrada, el árbol rozará y no podrá dar vueltas. Si no ponéis las horquillas a la misma altura, la rueda se caerá a cada dos vueltas.

Pero mirad a Roberto, que levanta el dedo para hacer una pregunta. ¿Qué tenéis que decir, Roberto?—Señor, he hecho una rueda exactamente como decís y he tomado las precauciones que indicáis, pero no ha funcionado. Federico, Enrique y Jorge, aquí presentes, pueden decíroslo. No obstante, el estanque estaba lleno de agua y por él andaban los gansos más grandes y hasta un tonel. ¿Por qué nuestro molino no funcionaba?

Muy sencillo: el agua no tiene fuerza sino cuando se mueve. Para que la rueda dé vueltas, es preciso que el agua se mueva y corra con cierta fuerza. Un estanque, un agua tranquila, no pueden hacer andar los pequeños molinos, y hay que buscar las aguas

corrientes. Los canalillos que corren por los prados, para regarlos, sirven muy bien para el caso. O también el estanque que hay a la salida de la aldea y cuyas aguas salen por una especie de playita arenosa. Si el agua no lleva bastante fuerza, hay que empezar por hacer una presa que la obligue a elevarse, aprisionándola. Se ponen las horquillas en la misma presa, y, una vez que el agua ha subido lo bastante, se practica una brecha, por la que sale con fuerza, haciendo funcionar admirablemente el molino.

Ahora, si observáis bien todo lo que pasa, podréis instruíros, no sólo en lo que se refiere a la perfecta construcción de esos juguetes, sino también en lo que toca a nuestra propia conducta. Maravilla pensar todo lo que puede lograrse con el agua si está encauzada, si se la ha hecho dócil y obediente. Disponéis de agua tendida en un estanque o derramada por tierra, y no os sirve para ningún trabajo; pero en cuanto la encauzáis se torna fuerza útil que puede utilizarse en multitud de aplicaciones.

También vosotros, hijos míos, sois fuerzas. Si os disipáis a vuestro capricho en ocupaciones varias e incoherentes, nada bueno podréis hacer. Pero si sabéis guardar orden, someteros a una regla y respetar la disciplina, haréis cosas notables, verdaderamente prodigiosas.

No os gusta obedecer por lo general; creéis que obedeciendo no sois libres, que sois menos dichosos; pero os equivocáis. Ved con qué gracia y soltura

gira la rueda de los pequeños molinos cuando se observan todas las reglas y cuando el agua, aprisionada y luego suelta, se lanza con fuerza a las paletas. Palmoteáis todos de gusto; pero, si no se observan las reglas, el molino se detiene o se tuerce y cae lamentablemente.

Observad los molinos de verdad y veréis que ocurre lo mismo exactamente. Los ríos mayores, los más anchos, no pueden hacer andar un molino si antes no se les ha sometido a canalización. Se hace una presa en la corriente, unos cientos de metros más arriba del molino; se ahonda el fondo para dar entrada y almacenar el agua, que se eleva a nivel más alto. Al extremo de este canal hay una esclusa, y en ella una compuerta que puede abrirse y cerrarse. En cuanto se abre, el agua almacenada se precipita con fuerza sobre la rueda y la hace dar vueltas. La rueda comunica su movimiento a las pesadas muelas, a las máquinas de limpiar el trigo y de tamizar la harina, y por todo el molino corre el estrépito del trabajo, que regocija al molinero.

Todo el mundo ha visto surtidores. ¿Cómo se hacen? A cierta altura se recoge agua en un depósito. Desde allí se la conduce por tubos a un estanque más bajo, en medio del cual está el grifo. Se abre éste, y el agua se eleva en magnífico chorro a grandes alturas. Todo esto que se hace con el agua es imagen de la disciplina, de la educación de las voluntades y los caracteres.

¿Por qué tantos muchachos no adelantan, no aprenden nada y siguen sin servir para nada? Porque no han comprendido que para producir trabajo intenso hay que disciplinar y recoger las fuerzas como se aprisiona la del agua. Todos los molinos que dan vueltas en los ríos, en la falda de las colinas, en los saltos de los torrentes, os lo repiten con sus aguas agitadas. Prestad oídos a esta lección: Sin disciplina, sin orden, sin obediencia, no hay fuerza.

Por tanto, cuando se pongan barreras a vuestras juveniles voluntades, cuando se os detenga en firme y se os reduzca a una serie de reglas justas, no creáis que se os quiere contrariar, que se os impide divertirlos y ser dichosos. No; se quiere solamente que no perdáis vuestra fuerza como el agua que se derrama por tierra. Se quiere enseñaros a medirla, a economizarla, a recogerla para cuando haga falta. Y no os lamentéis cuando más tarde vuestra vida y vuestros asuntos caminen con orden, como un pequeño molinó bien hecho que mueve un hilillo de agua ingeniosamente recogido.

Tan sólo, como en todo, conviene no caer en el exceso, y es preciso que el agua, que tantas cosas nos ha enseñado, nos enseñe todavía la moderación en el gobierno de nuestra energía. Todos sabemos qué es una explosión. Una caldera explota cuando el vapor está demasiado comprimido y hay, por consiguiente, exceso de presión dentro de la caldera. Un globo encarnado de gas explota si le hincháis

demasiado. Y cuando hacéis pompas de jabón, tenéis que soplar a tiempo, sin lo cual estallan. Cuando la presión es excesiva en las cañerías que traen el agua a nuestras casas, las cañerías revientan, las cocinas se inundan y las habitaciones y las escaleras se transforman en cascadas.

Los hombres son como el agua. Si se les sujeta demasiado, hacen saltar lo que les sujeta. Luego no hemos de someternos ni someter a los demás a una disciplina tiránica, a esfuerzos exagerados. Es malo pecar por exceso. Demasiado comer, beber demasiado, trabajar con exceso, velar más de lo justo, correr más de la cuenta, todo eso es malo. Y, volviendo a nuestros molinos, podéis comprender perfectamente que, si hacéis llegar a uno de esos juguetes un caudal de agua demasiado grande, destruirá todo a su paso y arrastrará presa y molino.

De donde resulta que sin disciplina y reglas seguras no es posible hacer nada, y que en todo conviene observar prudencia y moderación ¡Hace ya tiempo que los molinos lo dicen!

En que el fuego y el agua se ponen de acuerdo.

Cuando se quiere hacer notar que dos personas son opuestas y se combaten con ensañamiento, se dice que son como el perro y el gato, o también como el fuego y el agua.

En cuanto se inicia un fuego, se acude al agua y se la echa sobre el fuego para apagarlo.

Por su parte, el fuego hace todo lo que puede para combatir al agua. Si hay humedad en una vivienda se enciende lumbre, estufas o braseros. Pronto se expulsa el agua y las paredes se secan. Los ardores del sol secan las tierras, absorbiendo toda el agua que contienen. El encuentro del fuego y el agua recuerda el de escuadrones enemigos que se precipitaran unos contra otros. Meted en agua una barra de hierro enrojecida, y veréis que silba como una serpiente. Meted agua en hornos enrojecidos, y veréis cómo ahuma, salta, hace un ruido que asusta.

Por tanto, si esos dos viejos enemigos, el agua y el fuego, hubieran de estar de acuerdo en algún punto, habría de ser por razones potentísimas. Efectivamente, hace falta una gran fuerza para que vayan de acuerdo semejantes poderes. A nadie admira que un pastor conduzca dos o más cabritas, dos o varios corderos; un niño podría hacerlo. Pero si tropezaseis en el camino con un carretero que llevase por caballerías un toro y un león y las hiciera tirar como docilísimos caballos, ¿qué pensaríais? Seguramente que el caso era admirable, que el conductor debía tener una mano tan firme, saber guiar de una manera... Por esto digo que lo que hace ir de acuerdo al agua y al fuego debe ser algo mucho más extraordinario todavía que el carretero de mejor mano, porque ningún toro tiene la fuerza que el agua, ni ningún león el poder del fuego.

Recordaréis que el agua nos ha hablado y dado lecciones muy buenas y sabios consejos. ¡Buen profesor, y que puede hablarnos de muy distintas maneras! Suave en el dulce murmullo del arroyo, espantosa en el bramido de la tempestad y en medio de las resonancias del trueno.

El fuego, por su parte, enseña también cosas extraordinarias. ¿Lo creéis? Por distinto que sea del agua, por grande que sea su antigua rivalidad, hay un punto en que el agua no dice *sí* cuando el fuego dice *no*. No les oís disputar en lo que concierne a los consejos que tienen que darnos, y gritar a voz en

cuello: ¡que sí, que no!—Es curioso. ¿Y en qué están de acuerdo el fuego y el agua? Lo están en mostrarnos, una y otra vez, en demostrarnos que una fuerza sin encauzar para nada sirve, si no es para destruir, para hacer daño, y que sólo las fuerzas disciplinadas son convenientes e industriales, maravillosas en sus resultados. El agua nos ha dicho lo que piensa respecto al particular, Ved lo que dice el fuego.

Estamos sentados sobre la fresca hierba, al lado de un pinar inmenso. Larga marcha nos ha llevado hasta allí y tenemos hambre de caníbales. Pero se nos han agotado las provisiones. Tenemos solamente patatas crudas, un poco de manteca y sal. ¿Quién se avendría a comer patatas crudas? ¡Manzanas, bueno; pero patatas! ¡Qué desgracia! ¡Y manteca sola, tampoco animal! Felizmente, nuestro amigo Juan tiene tres cerillas. Pronto, escoged un sitio a propósito y haced un hornillo con piedras. Encended fuego, y las patatas se asarán en la ceniza. No dejéis de hacer el hornillo. El fuego debe estar entre piedras. El calor se reconcentra de este modo, conserva reunidas las cenizas e impide que las llamas salgan del círculo que las hemos trazado. Una vez hecho el hornillo y dispuesta la leña, encendamos la hoguera. ¡Cuidado con las cerillas, que hay tres solamente! Trato de encender la primera, y no arde: está mojada. Hago la misma operación con la segunda, y se le cae la cabeza, que es ya imposible

utilizar. La ponemos entre dos piedras muy secas, frotamos, se inflama el fósforo y cae en la hierba seca que hemos colocado debajo de la leña. Una brizna prende, el fuego se comunica a la de al lado y luego a la hierba, y he aquí que ya chisporrotea la leña. ¡Qué alegría!

Pero poco ha faltado para que sólo nos quedase una cerilla. Todo ese fuego que alegre chisporrotea, lo debemos a una cabeza de cerilla pequeñísima, que no hemos despreciado.

¡Ved con cuán poca materia inflamable puede encenderse una hoguera! En cuanto arde el fuego, puede aumentar indefinidamente. No lo olvidemos. Aun no tenemos al fuego las patatas, y ya nos dice: «Cuidad de las cosas que empiezan por poco; no olvidéis, no echéis a perder nada; manejad y emplead juiciosamente lo que tenéis. Ved cuál es el resultado».

Pero el fuego arde y la leña se consume. ¡Traed más ramas! ¡Sostened la llama con piñas! Llama que no se alimenta, pronto se extingue. El fuego nos lo enseña así y no hay que olvidarlo. ¡Cuando seáis fuego y llama en alguna ocasión, tened cuidado! Vuestro ardor, para no acabarse, exige ser mantenido. ¡Y cuando vuestros amigos os quieran y ese cariño brille como hoguera de alegría, cuidado! Mantened su amistad con procedimientos adecuados; de otro modo disminuirá, languidecerá y se extinguirá por falta de alimento. Desconfiad también de las hogueras de paja, porque si nada arde mejor que ella,

nada se consume tan pronto. ¡No sean vuestros entusiasmos fuegos de paja!

«¡A qué traes patatas, Enrique? — Tengo hambre y deseo mucho asarlas. — Si tienes hambre, hay que saber esperar; de otro modo no tendrás que comer y voy a decirte lo que ocurrirá. En este momento el fuego está aún muy encendido; hay montones de brasas y poca ceniza. Si metes las patatas en ese horno se quemarán, y no encontrarás más que carbones, que no te gustará comer. Esperemos a que haya mucha ceniza y pocas brasas. Enterraremos entonces las patatas bajo la ceniza, se asarán poco a poco y resultarán exquisitas».

Media hora más tarde, Enrique, comiendo la primera patata con sal y manteca, la halló tan exquisita, que dijo no haberlas comido nunca mejores. La boca se le tizna, pero disfruta del mejor humor. Débelo a la labor del fuego bien cuidado, y, como él, todos, al gustar las patatas, piensan que el fuego es algo bueno. Sí, lo es, si se le vigila y se le obliga a obedecer. ¿Qué serían sin el fuego la cocina y el arte culinario, tan interesantes para los niños? ¡Adiós las buenas sopas, los asados suculentos, los *purés* exquisitos, el pan bien cocido y los pasteles divinos! ¿Qué sería la industria sin el fuego? ¿Qué fuerza haría andar las máquinas, movería las locomotoras? El fuego hace maravillas. Es la fuerza creadora por excelencia, si se la dirige, se la vigila, se la doma. Vamos a verlo...

Se comen las patatas, los camaradas se ponen en pie y siguen su camino. Una hora más tarde ven salir una gran humareda del sitio de donde vienen. Suben a una colina, y ¿qué ven? La pradera arde alrededor de la plazoleta en que hace un momento asaron las patatas. En vez de apagar el fuego, le hemos dejado arder, inconscientemente. Se ha levantado aire y han saltado chispas a la hierba seca, que se ha incendiado. El fuego, no atacado, se extiende y ya llega al bosque. ¡Qué desgracia! Los niños lloran y se lamentan. Ellos están en lugar seguro; pero allí abajo hay cabañas en que inofensivos rebaños van a verse cercados. Les será imposible huir, rodeados como se verán de llamas; sufrirán muerte horrorosa y las pérdidas serán grandes ¡Oh, el fuego, qué horror, qué azote! Es preciso haber visto los pinos incendiarse y arder como teas; a los moradores de los bosques, hombres y animales, huir ante el mar de llamas, cuyas olas avanzan y les siguen los pasos. Hay que haber visto arder manzanas de casas, a infelices desesperados tirarse por las ventanas, para formarse idea de esa fuerza devastadora.

¡Qué lección escrita en incendios, en resplandores nocturnos que se reflejan en el obscuro cielo! ¡Qué advertencia, comunicándose con gritos, clamores y escenas de angustia! El fuego está de acuerdo con el agua para decirnos que toda fuerza que no se somete a una regla, a un cuidado atento, a firme disciplina, se transforma en azote devastador.

Hijos míos, permitid que el agua que fertiliza la tierra y alimenta a los hombres, pero que, desencadenada, sumerge las casas, devasta los poblados y ahoga a sus moradores; que el fuego que nos calienta, nos da alimento, nos sirve dócil, pero que, descuidado, traga vorazmente ciudades, câmpos, bosques, os digan: obedecer, observar una regla, cumplir un mandato, gobernarse, sujetarse, es la más fundamental de todas las leyes.

Asociación de un saco vacío y un montón de arena.

¡Hace buen tiempo! Necesito varias cosas para las explicaciones que he de daros, y son cosas que difícilmente podemos tener en la clase. ¡Si saliéramos! Os propongo que vayamos a la orilla del pinar, donde hay tanta arena... Ya estamos.

¡Qué limpia y fina es la arena! Se la ve formando capas muy hondas. Vienen a buscarla para hacer casas, para enarenar los caminos, para echarla en los paseos. Su finura es extremada. Seca al sol corre como agua. Podíais mover con ella pequeños molinos, haciendo un depósito que se derramara sobre una rueda ligera. Pero hoy se trata de cosa distinta.

Mirad esta moneda de dos reales. Se la daré al primero que haga un montón de arena tan alto como él, en uno de los círculos que trazo en el suelo. Los círculos tienen cincuenta centímetros de diámetro. Aquí tenéis palas: remangaos, y a trabajar.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué, después de haber comenzado con tanto ardor, os paráis unos después de otros. ¿Os habéis cansado?

—No, señor; pero los montones no crecen. En cuanto tienen sesenta centímetros de altura, la arena rebosa por bajo los círculos. En vano recogemos la arena que se sale y la colocamos encima; resbala siempre.

—Es extraño; dadme una pala, trataré de hacerlo mejor que vosotros.

—¿Veis?, os ocurre exactamente igual. La arena resbala y vuelve a caer a medida que la amontonáis.

—Entonces, dejemos este ejercicio e intentemos otra cosa. He aquí grandes sacos que se han dejado olvidados. Supongo que cuando llueve sirven para tapar a los trabajadores. Les cubren las espaldas, y, al mismo tiempo, les sirven de capucha. Como podemos disponer de los sacos, os propongo lo siguiente: sostengámoslos en pie vacíos como están. Una peseta le doy al primero que lo logre.

—Imposible, señor.

—¿Por qué?

—Porque un saco vacío no puede tenerse de pie.

—Entonces, ¿ni siquiera queréis intentarlo?

—No, es inútil.

—Pues bien: yo lo intentaré. ¡Vamos, saco, sé formal un momento! ¡Te pongo derecho, quédate así! ¡Bueno! Otra vez se cae, y siempre lo mismo; pero vamos a ensayar otro procedimiento: A la arena, que

tampoco puede sostenerse, la diremos que sostenga el saco.

—Coged más bien un bastón. No es posible sostenerse en la arena; resbala y se va por todos lados.

—Intentémoslo, sostendré el saco, y vosotros, con las palas, echaréis arena.

Ya está lleno hasta la mitad; le sacudo bien para apretar la arena. ¡Vamos, seguid llenándole! ¡Ya está! ¡Mirad qué bien se tiene! Y ahora, respondedme: ¿quién sostiene a quién? ¿El saco a la arena o la arena al saco?

—Señor, el saco es quien sostiene a la arena, la aprieta, la mantiene junta, hace de ella una masa que se tiene de pie.

—Perfectamente, pero puede lo mismo decirse que la arena sostiene el saco, porque la arena llena, hincha, estira el saco. Ni un centímetro de éste deja de estar apoyado y sostenido por la arena. Sin la arena, el saco volvería a caer como un guiñapo.

—Sí; pero, sin el saco, la arena se derramaría como agua.

—Entonces, diremos que se sostienen el uno al otro. Cada cual, por sí solo, no puede tenerse de pie; pero juntos, lo logran.

«Y es lo que no hay que olvidar. Porque en este caso todos los granos de arena hablan y nos enseñan el poder de la asociación y todos los hilos del saco nos enseñan la cohesión. El saco nos dice: Hombres: si no os unís unos a otros, no tenéis fuerza y os

plegáis como sacos vacíos. La arena nos dice: hombres, si cada cual no vive más que para sí mismo, seréis como los granos de arena que el tiempo dispersa por todos lados.

»Es preciso que esta verdad tenga mucha fuerza para que, en un caso semejante al de ahora, dé por resultado una energía de dos debilidades. Porque, finalmente, cuando se trata de tenerse de pie, la fuerza de un saco vacío o de algunos granos de arena es tan escasa que bien puede llamarse debilidad. La asociación de esas dos debilidades constituyen una fuerza; ¡y qué fuerza! Para convencerse de ello basta repetir varias veces la operación que acabamos de hacer. Con cierto número de sacos bien colocados, podéis, si queréis, hacer una barricada, un parapeto, una torre, un dique; si se quiere, una barraca en que os pongáis al abrigo del calor y del frío.

»Nada más fácil que encontrar en la vida humana ejemplos que confirmen exactamente lo que el saco y la arena acaban de demostrarnos a su manera. Oid esta historia:

»Rosa y María son las dos huérfanas de madre. Sus padres van al trabajo. Cada una tiene una casita que dirigir, un hermanito que cuidar y una cabra que guardar. No hay contrariedad que las pobres criaturas no sufran en tanto se ve cada una reducida a sí misma. Cuando hay que sacar a la cabra por los verdes setos para que mordisquee y llene de leche sus tetas, el hermanito necesita dormir, hay ropa que la-

var o es necesario preparar al padre la comida. Habría que estar en todas partes a la vez. Muchas veces, con tantas cosas que hay que hacer, Rosa, lo mismo que María, pierden la cabeza. ¡Y no tienen más que catorce años! Pero un día, en tanto pacían sus cabras, las dos niñas se han encontrado y se han referido sus historias, sus tristes historias de huérfanas cuya madre descansa en el cementerio. Y en seguida la simpatía las ha unido. Y como no tienen tiempo que perder ni pueden dejarse llevar del desaliento, han pensado un medio de ser útiles la una para la otra. Y ved lo que han discurrido. Una sola puede guardar las dos cabras. Y, mientras tanto, la otra cuidará, por su parte, de los dos hermanitos y se enterará de si la cena cuece al fuego.

»Con este sencillo procedimiento, que tanto simplificaba su afanosa existencia, lograron también dar con un camarada para cada uno de sus hermanitos y con un amigo para cada uno de sus papás. Dos niñas, dos seres débiles, sosteniéndose mutuamente, han creado fuerza y hasta un poco de dicha. Y siempre y en todas partes ocurre lo mismo. Oid esta otra historia.

»En el mismo bosque, tres leñadores trabajaban durante el invierno. Hacía un frío horrible y se habían cuidado de llevar patatas crudas y tocino. Pero ocurrió que, al llegar la noche, ninguno encontró en el bolsillo cerillas para encender fuego. Como no se querían, a ninguno de ellos se le ocurrió siquiera

preguntar a los demás si tenían cerillas para hacer fuego. Y se hacía de noche sin que aquellas pobres gentes tuvieran otra perspectiva delante que la de volver a la choza oscura y fría, sin fuego, sin nada caliente que comer.

»Cuando se hubieron sentado los tres en la oscuridad de la triste vivienda, uno de ellos murmuró: «Tengo tabaco, pero no puedo encender la pipa »porque no hay fuego». Entonces el otro dijo: «Yo »tengo eslabón, pero no tengo yesca». El tercero rebuscó en los bolsillos y dijo: «Yo tengo yesca y »hasta pedernal, pero no tengo tabaco». A todos se les ocurrió entonces ofrecer lo que tenían. Pronto se vieron saltar chispas. Y cuando las pipas estuvieron encendidas, se dijeron: «Quizá con esta yesca podríamos encender un poco de madera podrida o de hierba». La labor fué larga, pero al fin la yesca logró prender la madera. No les quedaba más que soplar. La hierba seca ardió y pronto tuvieron fuego. Andando, se preparó la sartén, se pelaron las patatas y se cortó en lonjas el tocino. Los tres leñadores cenaron bien y hablaron largo tiempo ante la llama que alumbraba sus caras; habían comprendido la gran verdad, sin la que los hombres se pierden en la soledad y la angustia: «Ayudaos los unos a los otros».

Tres mundos en un bolsillo.

Si me presentase delante de vosotros en compañía de nuestro ilustre sabio el difunto Pasteur, de un rey o de un emperador famoso por sus grandes hechos, Napoleón I o Gustavo Adolfo, y de Cartouche, uno de los más terribles bandidos que han manchado sus manos con asesinatos y rapiñas, abriríais mucho los ojos. La presencia de esos célebres personajes excitaría en el más alto grado vuestra curiosidad. Y tendríais motivo para ello.

Tengo conmigo un papelito de seda que apenas siento en el bolsillo y que contiene tres objetos, más grandes por lo que significan, por su lugar en el mundo y para los intereses humanos, que lo serían tres de los personajes más famosos de la Historia.

¿Os sorprende? Voy a tratar de probaros lo que digo. Y sin más hablar, desenvuelvo. Un grano de trigo, y va uno; una semilla de cardo, y van dos;

un grano de arena, y son tres. Vamos a hablar de estos objetos y a inducir de ellos comparaciones para la vida de los hombres y de los niños.

El grano de trigo es amarillo como el oro. Tiene el aspecto de un minúsculo pan, elegantemente hendidado en toda su longitud por el panadero. En uno de los extremos se observa una especie de estampilla, muy semejante al contraste que el Estado pone en los productos de plateros y joyeros. Por ella, el grano estaba unido a la espiga, y podría muy bien considerarse esa estampilla como una marca de fábrica. Esa fábrica no sería otra que el inmenso universo cuyo mecanismo ha concebido y rige Dios mismo. No parece nada este grano de trigo. Y, sin embargo, nos representa el pan; el pan, que es principal alimento de los hombres; el pan, de que nadie puede prescindir un solo día. El gran Pasteur y sus trabajos fueron útiles, lo son todavía y lo serán durante mucho tiempo. Pero el grano de trigo fue antes que Pasteur, es todavía y será útil cuando haga ya mucho tiempo que se hayan hecho viejos los trabajos de Pasteur.

El grano de trigo no es grande, pero es un coloso en comparación de la semilla de cardo. ¡De ésta podríamos prescindir!, diréis. Seguramente nos pasaríamos sin ella: sean testigos los labradores. Esa semilla minúscula representa una fuerza enorme y fuerza enemiga. Es la imagen del horrendo ladrón. Infesta los campos, estorba los cultivos, obliga a los

campesinos a una serie de labores penosas. Y, a pesar de todo, no pueden verse libres de cardos. Por muchos que se arranquen, siempre quedan. ¡Ah, sí, se pasarían sin ellos! Pero contra el poder de esta semilla maldita se han alzado desde hace siglos millones de hombres armados de escardillos, y el enemigo no ha sido vencido. Sólo los burros se alegran, porque muerden con delicia los brotes del cardo, y quizá se quejarían en su lenguaje si se les privara de ese manjar exquisito. También a los lindos jilguerillos les gusta mucho picotear los cardos. Pero si pudiéramos hacer desaparecer del mundo esta mala hierba, no oiríamos a los burros ni a los jilguerillos. Esperemos, pues, que haya ocasión para ello.

El tercer grano que os presento es de arena. Es pequeño, pequeñísimo. Pero los grandes desiertos, las dunas de los mares, los arenales de los ríos, las playas de los océanos, están formadas de granos de arena. Procede de rocas finamente desmenuzadas. Se mezcla en todas partes a la tierra de labor. Ni el trigo ni el cardo crecerían sin el suelo en que la arena tiene tanto puesto. Proclamarla más grande que cualquier emperador o rey es, por tanto, muy justo.

Reconocido de esta suerte el inmenso valor de los tres objetos que desenvuelvo en vuestra presencia, comprenderéis y fijaréis mejor todo lo que puede decirse este trío de granos. Y, en primer lugar, he aquí una comparación que será preciso no olvidéis. Si hablamos de la calidad del grano de trigo y de la

de la semilla del cardo, ¿a cuál llamaremos *bueno* y a cuál *malo*? *Bueno* el grano de trigo, *mala* la semilla del cardo. Comparemos en seguida ambos con el grano de arena, y si os pregunto qué distingue a aquéllos de éste, ¿qué diréis? Cuales viven, ¿son susceptibles de germinar y reproducirse? Vive el grano de trigo, vive la semilla de cardo, porque al germinar producen plantas nuevas. Pero no podría decirse otro tanto del grano de arena. La arena no puede germinar ni reproducirse. Atención aquí, estamos en la medula del asunto. Las acciones de los hombres y sus palabras son comparables en bien o en mal al grano de trigo y a la semilla de cardo, pero no podrían compararse al grano de arena.

Pero, ¿los hay tan locos que comparan sus acciones a un grano de arena? ¿No quiere esto decir nada? Vais a ver que quiere decir mucho, por el contrario. Cuando un niño o un hombre hacen algo y dicen: «No es nada»; cuando un hombre o un niño hablan y dicen: «No es nada», comparan sus acciones y sus palabras a la arena. Podéis dejar caer diez mil granos de arena en un surco; no hacen nada, no crecerán; estad seguros. Pero el trigo crece y el cardo también, y las acciones de los hombres y sus palabras crecen como el trigo cuando son buenas, y como el cardo cuando son malas. Ni el hombre ni el niño pueden hacer ni decir nada sin sembrar el bien o el mal. Uno y otro germinan, se propagan, se desarrollan y hasta se observa que el mal se propaga más rápida-

mente que el bien, como hace el cardo. Tiene éste semillas aladas, y cada planta da miles de ellas. El viento las lleva a todas partes. Ni tapias, ni ríos, ni colinas las cortan el paso. Y a más el cardo crece enteramente solo, sin que nadie se tome el trabajo de cultivarle.

El trigo no tiene semilla alada y hay que cultivarle. El bien, como el trigo, exige cuidados, mientras que los malos ejemplos y los malos hábitos se propagan, diríase, enteramente solos. ¿Diremos que el bien no resulta verdaderamente favorecido? ¡Nada de eso! Es muy natural que lo bueno, hermoso, precioso, resulte más difícil que lo mediano, inferior, despreciable. Todo lo que algo vale cuesta trabajo. ¿A quién de vosotros no se le alcanza que es más difícil escribir bien que mal, cantar afinado que desentonado, ir siempre limpio y cuidado que descuidado y sucio, y que es muy natural que así suceda? Son cosas que se caen de su peso. Y, no obstante, si el mal se propaga, si el vicio cunde como la mala hierba, si las palabras feas tienen alas como la semilla de cardo, el bien, sin dejar de exigir esfuerzo, se propaga también. Tiene su energía propia y persevera en vivir. Ejemplo, el grano de trigo.

Si por alguna desgracia inaudita, por un cumulo de circunstancias verdaderamente tremendas, todo el trigo de la tierra llegase a desaparecer ahora, excepto una sola espiga, excepto un solo grano, llevando la hipótesis al último extremo, ¿sabéis qué podría ha-

cerse con ese grano, último superviviente de todas las cosechas del globo, esperanza final del pan del porvenir?

Sin duda habría hambres como jamás se han conocido. Pero, a condición de guardar cuidadosamente la semilla de año en año y no cosechar sino para sembrar de nuevo, se llegaría con un solo grano a reconstituir la riqueza de trigo y a renovar provisiones.

Hagamos un cálculo. Si un grano produce una espiga, y una espiga solamente diez granos, tendremos primeramente un grano, diez al año, ciento a los dos años, mil a los tres, diez mil a los cuatro, cien mil a los cinco, a los seis un millón, a los siete diez millones, lo que haría, poco más o menos, diez hectolitros. Pero no contemos más que uno. En diez años más tendríamos miles de hectolitros. Todo ello con un solo grano y con una espiga de diez, cuando las hay que dan veinte, treinta y más aun. Las acciones buenas y los buenos ejemplos son comparables a esta fecundidad del trigo. No lo olvidemos.

Pero recordemos sobre todo que si sembramos cardos no hemos de esperar cosecha de trigo. Si sois embusteros, holgazanes, poco sinceros, si decís palabras malsonantes, si manifestáis odio, malos sentimientos, no conseguireis otra cosa que envenenar vuestra vida y la del prójimo. Haced en la vida igual que los escardadores. Limpiaos del mal que en vosotros anida y de vuestros defectos, como el labrador

activo limpia la tierra de malas hierbas, trabajando para sí y para sus vecinos al cuidar de sus dominios. Pero el hombre o el niño que vive mal, que no sigue el camino recto, que es embustero, se deja llevar de la cólera, cede a sus apetitos, a sus inclinaciones perversas; no sólo se daña a sí mismo, sino que daña a los demás. Es un mal vecino, cuya tierra abandonada da semilla de cardo, que invade todas las tierras circundantes.

**Al campo, a echar cometas,
y lo que puede aprenderse divirtiéndose.**

Hoy es jueves y estamos en el mes de septiembre. El viento sopla del Oeste con bastante violencia. ¡Maravilloso tiempo para salir a echar cometas! Ved ahí media docena de alumnos que piensan esto mismo, inspeccionando el horizonte de una manera inteligente. El mayor, y al propio tiempo el jefe de la banda, es Roberto, que tiene trece años. Los otros son más pequeños: Enrique, Gustavo, Juan, Fritz y el pequeño Alberto, a quien llaman Bertí, que no cuenta más de siete.

Sólo los tres primeros tienen cometas.

Muchachos previsores, las han hecho de antemano. Haciéndolas se distraen en invierno, cuando la lluvia no les permite salir. Con papel, percalina, unos pedazos de aro de cubas y unas varitas delgadas, han construido sus máquinas, no sin gran cuidado,

para que la cola se sostenga bien y la cometa resulte perfectamente equilibrada.

Mientras se hacían todos estos preparativos, Fritz y Bertí habían mirado trabajar, pero encogiéndose de hombros. Hacer cometas cuando llueve, cuando la tierra está encharcada y ni un perro se atrevería a salir de casa; cometas en diciembre, para otro año, ¡qué capricho!—Se habían equivocado Fritz y Bertí al censurar a sus previsores camaradas. Para hacer los paraguas no hemos de esperar a que llueva, ni para sembrar trigo a tener ganas de comer pan. Ahora que el viento corre con cielo despejado, que las praderas están segadas y el viento es favorable, ¿quién querría tener una cometa?—Fritz.—Y ¿quién mira a Roberto y a Gustavo con ojos envidiosos?— Bertí. Piensan ambos: ¡Qué suerte tienen estos bribones, con sus cometas preparadas para volar, la cuerda arrollada en el carrete sin el menor enredijo!

Fritz y Bertí tienen cabeza de chorlito. La suerte no tiene nada que ver en esto. Ha habido prudencia, actividad, previsión, como siempre y en todas partes son necesarias.

¡En marcha! Ya salieron los muchachos. Juan, que tiene poca paciencia, se para en una pequeña pradera y grita: ¡Este sitio es bueno, paraos!—No, dice Roberto, hay árboles por este lado, por el otro está la carretera con los hilos del telégrafo, y todo alrededor hay multitud de huertos. Y, si se rompe la cuerda, el viento llevará las cometas a terrenos cer-

cados en que no conviene entrar a buscarlas. Se corre el riesgo de que le cojan a uno los dueños y de que le tomen por ladronzuelo que quiere ver si los melocotones están maduros. Vamos un poco más lejos, a las grandes praderas que bordean el río. Allí las cometas pueden echarse y recogerse sin dificultad. Y, si se rompe el bramante, se ve dónde cae la cometa.—Y siguen andando, con las cometas colgadas en bandolera. En una, un *clown* alegre muestra su ancho calzón y su sonrisa. En otra se ve una cabeza de loro, con enorme pico rojo y un ojo grande como un duro. Todo el frente de la tercera está ocupado por un gran lagarto verde y amarillo. Esas magnificencias brillan al sol, en tanto cantan las alondras y mugen a lo lejos las vacas que pastan en la pradera.

«Este sitio es bueno», dice Roberto, y la tropa se para. «Para hacer las cosas bien, dice, echaremos las cometas una después de otra y no todas juntas. Y nos mantendremos a distancia conveniente para que no se enreden las cuerdas.» Y el primero despliega la cola de la suya; ¡catorce metros tiene de largal! Para que suba bien, la cola ha de estar tendida en el suelo, detrás de la cometa. Fritz ha de sostener el ovillo en que va arrollado el bramante. ¡Una, dos, tres! Roberto suelta el lagarto, que corta los aires subiéndolo, en tanto Bertí bate las palmas. Después se echa el *clown*, y, por último, el loro, que empieza a dar cabezadas y no quiere subir. «Le hace falta peso»,

dicen Enrique y Gustavo. Cogen una rama de retama y la atan fuertemente a la cola. Esta vez el loro toma viento y va a reunirse allá arriba con sus compañeros que flotan en el cielo azul, balanceándose gentilmente. El viento del Oeste es constante, no sopla a bocanadas; los niños corren por la pradera, la cuerda en las manos, arrollándola y desarrollándola, aflojando y tirando. No piensan más que en sus cometas. La de Roberto tiene 500 metros de cuerda, una atrocidad. Las otras dos tienen cada una 300, lo que no está mal. Las cuerdas no están rectas, trazan una gran curva que va de las manos a la cometa que se cierne allá arriba. Si las cuerdas están curvadas, débese a su peso, así como a la fuerza del viento. La más ligera flexión en los puntos en que esté unida basta, por otra parte, para producir una gran curva si la cuerda es larga.

Sucesivamente, los dueños de las cometas permiten a sus camaradas tener las cuerdas, para que sientan directamente el placer del juego.

Hace un momento ya que Bertí, que aun no ha gozado este honor, arde en deseos de que le llegue la vez. Se le permite al fin, con grandes precauciones, coger en sus manos el palito a que va arrollada la cuerda. «¡Cuidado y sostén fuerte!», le dicen cuando va a cogerle. En efecto, no bien le ha cogido, siente un gran tirón que le lleva y por poco le tira al suelo. «¡Cáspita, dice, qué tirón! ¡Socorredme, que me lleva!» Roberto junta su mano fuerte a la del ni-

ño. Bertí, a su vez, hace consideraciones sin dejar de crispas las manos alrededor del palo. La fuerza que tiene la cometa le preocupa. Cree tonto que se quiera que suba y que no se deje de contenerla. En su interior se dice: «Cuando yo tenga una cometa, probaré a hacer una cosa. Cuando haga mucho viento y tire con más fuerza, la soltaré. ¡Seguramente se irá a pasear a las nubes!»

Como para responder a estas reflexiones del niño, pocos pasos más allá, la cuerda, que se ha desgastado por una u otra causa, se rompe de pronto. Pero el gran lagarto de Roberto, en lugar de atravesar las nubes, da tumbos en el aire y luego cae como una flecha allá lejos, en medio de un rebaño de corderos. Roberto corre velozmente, seguido de los que no tienen una cometa que sostener. El lagarto, que esta fuertemente hecho, no ha padecido nada. Bertí no comprende lo que ha ocurrido. El pensaba que la cometa, libre de la cuerda de que tiraba con tanta fuerza, habría debido irse más lejos, siempre más lejos, hasta las nubes, hasta la luna.

Pide explicaciones y Roberto se las da. La cuerda precisamente hace subir a la cometa. Sin duda, si el viento no tuviese fuerza, la cuerda de nada serviría. La fuerza del viento la aprovecha la cuerda. Hace que la cometa ejerza presión sobre el aire elástico, y, lentamente, por el extremo, la va elevando. Sosteniendo la cometa y conteniéndola, la cuerda la obliga a subir. Sin ella no pasaría del suelo.

El *clown* y el loro, mientras tanto, se cernían y seguían subiendo.

En esta diversión de las cometas, ¡cuántas cosas hay que aprender y observar! Fijémonos, sobre todo, en lo que nos enseña la cuerda, tan contrario a lo que Bertí pensaba con su cabecita de siete años, no obstante bien equilibrada y muy inteligente. Lo que sostiene a la cometa la hace subir. Lo que parece a Bertí obstáculo que retiene al aparato, y así es, en efecto, le lanza al propio tiempo a la soberbia altura en que fraterniza con las águilas.

Esa cuerda que sostiene y hace subir más alto, a la vida entera puede aplicarse. Es la imagen de la *obediencia*, de la obediencia que contiene, de la disciplina que sujeta y que hace, al mismo tiempo, crecer al hombre.

Los que nada contiene, no suben. Los que, después de haber seguido las buenas reglas, las abandonan, caen de lo alto como la cometa cuyo bramante se rompe. Cuando os cueste trabajo obedecer, niños, pensad en Bertí y en sus reflexiones sobre la cuerda...

Y, al atardecer, los niños fueron recogiendo sus cometas. Roberto les dijo: «¡Ahora, cuidado! ¡Atención a las cuerdas! Arrolladlas poco a poco, no hagáis nudos ni enredijos, y arrollad bien las colas. Porque si no habrá dificultades cuando queramos echar otra vez las cometas.»

Y he aquí cómo, después del juego como después

del trabajo, hay que colocar, hay que poner todo en su sitio, si queremos que nos sirva para otra vez. Después del juego, el niño cuida de su cometa, como al dejar el trabajo el obrero de la herramienta, y al acabar el ejercicio el soldado de sus armas.

El *clown*, el loro y el gran lagarto, una vez dentro de sus fundas, fueron a meditar lo dicho, y Bertí soñó con ello aquella noche.

En que los hilos se vuelven cables.

Ni el grano de trigo ni la semilla de cardo nos han dicho la última palabra. Entre tantas observaciones que nos sugieren sus modos de germinar y propagarse, he aquí una más digna de toda nuestra atención. *Hay que oponerse al mal cuando empieza por poco; no hay que menospreciar jamás ni descuidar el menor principio de algo bueno.*

Habéis visto claramente cuántas riquezas puede producir a la larga un solo grano de trigo, y cómo puede remediar multitud de privaciones, hambres y desdichas ese humilde engendro de los surcos. Si al ver todo comprometido se dejara perder esa última esperanza por juzgarla poco segura, el mal sería, por el contrario, irreparable. Cuidemos, estimemos, conservemos con todo esmero los gérmenes pequeños de las cosas buenas, los restos más insignificantes que tengan valor. Ellos contienen promesas para lo porvenir.

He aquí, para decíroslo, un viejo muy viejo. No tiene más que un pie, porque es un árbol.

Le conozco; vive en la Turena y es un castaño. Tres o cuatrocientos años de existencia le han hecho venerable. Sabéis, quizá, que es muy frecuente que los árboles estén huecos. Disminuye su resistencia a los huracanes y ocurre muchas veces que los temporales los maltratan grandemente. Una noche, uno de esos temporales se desencadenó en la comarca. No duró mucho, pero fué violento en extremo. Al día siguiente se vió que el viejo castaño había sido pelado completamente por la tempestad. Todas sus ramas, sin excepción, yacían por tierra. Era un espectáculo triste. Cuando se recogieron los restos, creyóse que la ruina era completa y que no había otro remedio que cortar, al invierno siguiente, el viejo tronco que levantaba al cielo sus muñones mutilados. Pero cuando llegó el invierno y vinieron un día con hachas, sierras y picos y todos los útiles del leñador y de los cavadores, se vió una rama pequeñita que la tempestad había perdonado. Una abuelita que allí estaba y unos cuantos niños que querían mucho al viejo castaño, pidieron que se le dejara en pie hasta el invierno siguiente. Tras de alguna resistencia, los hombres oyeron a la vieja y a los niños y, en vez de serrar el tronco, cortaron las grandes ramas caídas y hasta limpiaron el árbol por dentro y le rellenaron de tierra. A la primavera siguiente la rama echó hojas y creció. Nacieron otros brotes muy menuditos en la

base de las ramas de antaño. Podáronse muchas y sólo se dejaron en número conveniente, y, de año en año, las ramas nuevas crecieron más vigorosas. Y he visto otra vez el viejo castaño, ostentando orgulloso sus ramas nuevas, redondeando al sol su magnífica copa, toda estrellada de frutos. Seguramente ese árbol dará todavía bastantes años un montón de orondas castañas. Los niños jugarán a su sombra; la abuela vendrá a hilar con su rueca, y, en las noches de invierno, pequeños y mayores sacarán de entre la ceniza castañas calentitas. ¿Se ha hecho bien al no menospreciar la pequeña señal de vida y de esperanza?

Hay hombres a quienes se ha juzgado perdidos, enteramente igual que al viejo castaño. Enfermos desahuciados por los médicos, todos estaban dispuestos a dejarles morir, pensando que la muerte era el único remedio para su mal. Pero hubo alguien, un amigo, una madre quizá, que no se cansaba de cuidarles, de reanimar en ellos los últimos vestigios de la vida. Y han salido y han vuelto a ser útiles para, con el trabajo, sostener mucho tiempo todavía a sus familias.

Otros, jóvenes, estudiantes, niños como vosotros, pero de inteligencia poco despierta, han sido abandonados, se les ha declarado incapaces: *Jamás servirá para nada este pequeño; será un sér inútil.* Y se les abandonó, como no valiendo para maldita la cosa. Pero un maestro paciente y bueno, un compañero que

sufría al verles de esta suerte juzgados y condenados, se ocupó de ellos. Cultivó los ligeros destellos de su inteligencia, les dió valor, despertóles la confianza en sí mismos. Esos seres inútiles se han mostrado más tarde buenos obreros, sólidas inteligencias, hombres honrados.

Hay niños y personas mayores que no aprovechan las ocasiones pequeñas, los comienzos modestos, los trabajos oscuros. Por mi parte, he conocido muchos que, cuando se les confiaba un cargo que les parecía indigno de ellos, inferior a su categoría, sólo con disgusto y flojedad le desempeñaban. *¡Yo hacer esto; yo rebajarme así!* ¿Sabéis a lo que se llegaba entonces? Al ver que no eran capaces de realizar aquella labor sencilla y modesta, las gentes se guardaban bien de confiarles tareas más difíciles y honrosas. Habían juzgado mal su situación. Notadlo bien, niños. Cuando se os contie un cargo, una labor cualquiera, cuando se os dé un trabajo, una comisión, por pequeña que sea, cumplidla a la perfección. Admitamos, Pablo que sois quién para guiar dos caballos, y que se os confía un borriquillo. Guiadle bien. Mostraos atento y hábil, firme y bondadoso con el animal; tened el carrito limpio y colgad los arneses del clavo, después de cuidadosamente limpios. No se tardará en ver que sois buen cochero. Pero si guiáis mal el borrico si dejáis que el carro se llene de roña y los aparejos se enmohezcan, so pretexto de que servís para más se dirá: *Este muchacho es orgulloso como un pavo real*

pero es más torpe que un burro, y, si se necesita un cochero para guiar un burro, seguramente no seréis el elegido.

Y en todas partes ocurre lo mismo: en la fábrica como en el almacén, en la cocina como en el mercado, en las labores agrícolas como en el ejército, la marina, la escuela, las artes y las ciencias.

Si tocáis bien con un violín malo, estad seguros de que un día u otro tendréis otro mejor. Alguien habrá que al escucharos diga: «¡Lástima que un músico tan bueno tenga tan detestable instrumento! Si con éste toca bien, ¿qué no haría con un violín de marca?» Ese día, cuando se hayan conocido vuestras dotes, estaréis cercanos al triunfo. ¡Ay, qué interesantes son los modestos principios de las cosas buenas! ¡Los genios más grandes de la Humanidad han comenzado con frecuencia de manera tan pobre! Pero han hecho honor a su pobreza. Para hacerse capaz de grandes cosas y digno de algo elevado, hay que ser constante en las pequeñas.

Pero, por iguales razones, desconfiad de los pequeños comienzos en las cosas malas, porque pueden llevarnos lejos. Ejemplo: la huerta de Nicolás.

El padre de Nicolás tenía su huerta como una sala. Ni una oruga en los manzanos. Nicolás es hoy dueño de la finca y su padre descansa en el cementerio. En primavera ve en uno de los manzanos un nido pequeñísimo, nido de orugas, que en un momento podría quitar. Pero está en lo alto del árbol y la es-

calera está lejos, y además no hay prisa; quitará las orugas mañana. Pero ocurren quehaceres que impiden a Nicolás volver a la huerta, y las orugas se propagan. Al año siguiente las hay en todas partes y representa ímprobo trabajo el extirparlas. Hubiera sido necesario hacerlo en el nido primero.

Vuestro espíritu, niños, es como la huerta de Nicolás: necesita ser cuidado y guardado de las orugas, que significan las malas costumbres. Nada es un hábito cuando empieza, una ligera equivocación en que incurrimos, una acción mala que principia, grosera, indecorosa, una falta, al fin, en que muchas veces hemos incurrido sin pensarlo. Pero guardémonos de decir que no es nada si de ello hemos de decidir que podemos mirar las cosas descuidadamente. Digamos más bien: no es nada, es poca cosa, para animarnos a corregir la falta, para decidírnos a no cometerla de nuevo. Pero si no cuidamos del principio, la cosa es gravísima; es nido de orugas que van a propagarse. Pronto las habrá en todas partes y vuestra vida resultará perturbada. Nunca se prestará demasiada atención a los comienzos del mal, como tampoco a los modestos comienzos del bien.

Acabemos con una historia edificante, en que un hilo se torna maroma. Un caballero francés había caído prisionero de los sarracenos y estaba encerrado en alta torre, cuya base azotaban las olas. Estaba hacía años, cuando oyó un día cantar en su idioma nativo, y desde lo alto de la torre divisó una

barquilla y un hombre que le hacía señas. ¡Ay, la torre era tan alta que era imposible bajar! Entonces el prisionero se quitó el chaleco, que antaño su madre hizo con lana de buena calidad. Deshízolo hilo por hilo, y dejó que el hilo descendiera a lo largo del muro. El hombre de la barca ató a la punta una cuerda delgada, de esas que sirven para hacer redes. El prisionero tiró del hilo de lana y cogió la cuerda. De la cuerda se ató otra más gruesa, que tomó el mismo camino, y de ésta una maroma. El prisionero la amarró a las almenas de la torre y se dejó caer hasta la barca. Le había salvado un hilo convertido en cable.

Si sabéis aprovecharos de la circunstancia más insignificante, la ocasión más ligera, como el hilo, agarrándoos a ella, llegaréis a la cuerda y de ella a la maroma. Y como el prisionero de la torre, deberéis quizá vuestra vida a una circunstancia en apariencia insignificante como un hilo, pero del que habréis sabido obtener buen partido.

El cántaro que habla.

Que hay cántaros que hablan...; alguno de vosotros pensará que hayan de ser de carne y hueso, que sepan además andar, reír, beber, muchas cosas, en fin, salvo pensar y prestar atención. Pero al pensarlo se equivoca. El cántaro de que se trata en este caso no tiene brazos ni piernas; no es, por consiguiente, una persona natural. Es un verdadero cántaro, lo que se llama un cántaro.

Está destinado a mostrarnos que saber reflexionar, observar, indagar es una de las cosas mejores que puedan aprenderse; que, para los que saben mirar y escuchar, todas las cosas hablan. Y cuando en el curso de esta lección, que es una historia, y de esta historia, que es una lección, aparezca el cántaro, se verá bien que habla, pero sólo para el que sabe escucharle.

Derramaba junio sobre las verdes colinas sus claros rayos, y el sol cantaba por los cielos sus sober-

bias baladas, que empiezan ya a las tres de la mañana y acaban apenas a las nueve de la noche. Es que el sol tiene bastante que hacer y no tendría bastante con la jornada de ocho horas.

Ya se mostraban los resultados de su trabajo. Las praderas en que cantaba la hoz y reían los aldeanos, estaban cubiertas de flores; las cerezas empezaban a colorear en los árboles y las fresas igualmente a lo largo de los senderos del bosque.

Aquel tiempo eligió una tropa de niños para ir a coger las fresas silvestres.

Eran cinco, tres muchachas, y llevaban diferentes utensilios, hasta una de esas regaderas de dos agujeros que sirven para humedecer el suelo antes de barrerlo. Sus ojos brillaban de alegría, y todos querían ser el primero que descubriera una fresa madura. Pero no las coge el que quiere, ni siquiera en su tiempo. Porque no las hay en todos los lugares, y para dar con ellas hay que saber buscar, buscar en los rincones visitados por el sol. Sólo algunos de los niños sabían buscarlas. Seguro estoy de que la pequeña Ernestina, lo mismo que el grueso Luis, habrían corrido lo mismo al Norte, a la sombra de las grandes rocas o al pinar nuevo tan espeso que el sol no deja crecer en él ni siquiera hierba. Pero allí estaba Pedro, el hijo del leñador, que llevaba muchas veces comida a su padre a lo más intrincado del bosque, y que conocía los buenos sitios. Veía en abril las plantas de fresa echar nuevas hojas; en mayo con-

templaba las flores, y sabía que, cuando el hacha ha pasado por el bosque, echando por tierra encinas y hayas, el aire y la luz, al penetrar de nuevo hasta el suelo, favorecen la cría de los fresales. Entre las gruesas raíces de los viejos troncos, ¡cuántas veces había visto crecer vegeles en que sonreían las fresas rojas, como ríen los niños gordinflones en los brazos de sus abuelas! Pedro amaba el bosque y sabía que, si dice cosas tan lindas a los que le escuchan, tiene también mesa franca para sus favoritos. Con semejante guía se estaba seguro de dar con ellas. Pasaron cerca de una antigua cantera abandonada. «¡Alto, dijo Pedro; entrad, niños, *buscad y encontrareis!*... Luego sentóse sobre una piedra musgosa y miró cómo sus camaradas corrían en todas direcciones.

Lucía fué la primera en gritar: «¡Ya tengo una, gorda y colorada!» Un poco más lejos, entre escombros iluminados por el sol, encontró toda una colección. Por su parte, el pequeño Francisco apartaba las hierbas con la mano y descubría fresas soberbias. Ernestina no las encontraba, y el gordo Luis pasaba por encima sin verlas. Pedro les cogió de la mano y les dijo: «Venid conmigo, tontuelos; yo os las enseñaré». Y con la punta del dedo se las señalaba, con gran admiración de los niños, en los lugares mismos que habían recorrido ya. El gordo Luis se comía tres de cada cuatro que cogía.

Después de la cantera encontraron un sendero

bordead de anchas fajas de césped. En algunos sitios la fresa abundaba. Cestos y cacharros empezaban a llenarse. Luego, por algún tiempo, no encontraron nada. Pero dieron con grandes plazoletas claras, recientemente taladas, en que del bosque sólo quedaban algunos árboles muy grandes y carrascas nuevas. Los niños corrieron y se dispersaron, hasta el punto de que Pedro hubo de tocar el pito de alarma, a que todos acudieron, diciendo: «¿Qué ocurre?» «Ocurre, dijo Pedro, que nos dispersamos demasiado y corremos el riesgo de perdernos de vista unos a otros.» «¡Oh!, dijo Luis, ¿no sabemos dónde estamos?» Y los niños siguieron internándose en el bosque, pero esta vez muy juntos. En cuanto uno u otro desaparecía, sonaba el silbato de Pedro. Andando, andando, sin embargo, llegaron a nuevos parajes. De una fresa a otra, de uno a otro sitio, iban haciendo zig-zags, con frecuencia lejos de todo camino: Pedro se decía en su interior: «Ya no sé dónde estamos», pero contaba con orientarse y no alarmaba a los compañeros. A las cuatro próximamente, Lucía dijo que *ya era hora de volverse*. Entonces Pedro se encogió de hombros y dijo: «Cierto, pero habría que saber por dónde; estoy, como si dijéramos, algo desorientado, pero daremos con el camino». Y los niños, algo inquietos, empezaron a seguir a Pedro. Zanjas, carrascas, zarzas, malezas inextricables; hubo de todo un poco. Volvieron a encontrar buenos sitios de fresas; pero ya no estaban los ánimos para cogerlas.

De pronto cruzaron un sendero. Pedro miró a ambos lados y preguntóse con ansiedad qué dirección tomaría, cuando a lo lejos, a doscientos pasos, vió una cosa que parecía un cántaro y se acercó con rapidez. Era un cántaro, efectivamente, y Pedro dijo con alegría: «Estamos salvados». «¿Cómo?», dijeron los compañeros. «Vais a ver, respondió Pedro, que este cántaro va a sacarnos del apuro; voy a interrogarle y él respondera.»

—¡Un cántaro que habla—dijo el gordo Luis; quería ver cómo!

—Vas a verlo—dijo Pedro.

Púsose de cuclillas junto al cántaro, miró el interior y aplicó el oído a la boca.

Era un hermoso cántaro de barro amarillento, panzudo, de ancha base y estaba lleno de sidra. Pedro tenía una mano puesta en el asa y pasaba la otra por la panza como para animarle a revelar todo lo que sabía. Hecho esto se levantó y dijo con cara inteligente: «He aquí lo que el cántaro me ha revelado: No he venido aquí solo. La huella impresa en el sendero, de un zapato con grandes tachuelas, es la pista del que me traía. Seguramente no está lejos, pues que me esperan. Traigo buena sidra fresquita a los segadores y a las labradoras. No los dejarán morir de sed. El encargado de llevarme va a venir y os enseñará el camino».

Apenas Pedro había concluido de hablar, cuando un hombre en mangas de camisa salió del bosque.

Bien, muchachos, custodiáis mi cántaro. ¿Es que tenéis sed?» «No, señor; hemos comido muchas fresas y no tenemos sed; pero nos hemos extraviado. ¿Por dónde se va a Fuenteclara?» Y el hombre, en pocas palabras, les mostró el camino. «¡En marcha!», dijo la tropa, alegre y reanimada.

«¿Y qué idioma te ha hablado el cántaro?», dijo a Pedro el gordo Luis, otra vez con buen ánimo. «Me ha hablado un idioma muy especial que se llama el lenguaje del buen sentido. Pero lo que me decía muy bajito al oído, con su boca discreta, no todos lo comprenden. Hay quien tiene oídos y no oye, ojos y no ve. A esos, ni el cántaro ni nada les habla. No observan, no distinguen, no comprenden ninguna cosa. Para ellos la naturaleza entera permanece muda; no se instruyen; se dan de narices contra los obstáculos, y ni siquiera se preguntan por qué han tropezado».

Paréceme que Pedro, el hijo del leñador, vería sencillamente en esas palabras cosas muy grandes. ¿Nos reiremos del cántaro que habla? En la vida. Trataremos más bien de aprender ese lenguaje de las cosas, lenguaje del buen sentido, cuyos signos están esparcidos por doquiera.

He aquí una prueba más. Por haber mirado al cielo esta mañana, Rosa ha cogido un paraguas y su capa impermeable. Y lo ha entendido. El día comenzó con sol y acaba con tormenta. La muchacha podrá aguantar el chaparrón que cae sin que se estropee su traje nuevecito. ¿Cómo sabía, por la mañana,

que iba a llover por la tarde? El humo de la vecina se lo ha dicho. Observándole, Rosa ha comprendido que el viento venía de mal sitio. El humo decía: *Tomad precauciones, señorita Rosa, que la tarde no se parecerá a la mañana.*

Si tenemos ojos, es para mirar; si oídos, para escuchar. De otra suerte, ¡cuidado!, andaremos sordos y ciegos y nos sucederá todo lo peor.

Diálogo entre unos pantalones y un par de tirantes.

Por la noche, cuando dormís, vuestros vestidos hablan de vosotros y cuentan lo que sois. No os sorprenda. Natural es, y hasta inevitable. Toda palabra es un signo. Vuestros vestidos llevan las huellas de vuestros actos y del trato que les dais. Esas huellas son los signos por los cuales hablan de vosotros.

Era el caso que Rodrigo se había acostado, y ya dormía, porque el sueño no tarda en apoderarse de él, cosa de que podemos felicitarle. Penoso es no dormir. Bastante es que a los mayores les ocurra con demasiada frecuencia. ¡Duerman los niños profundamente!

Parece, no obstante, que su sueño sería todavía más dulce, y sobre todo más agradable su contemplación, si antes de acostarse se preocupara un tanto de su ropa.

La ropa es en algo nuestra propia persona. Hemos de quitárnosla con cuidado, colocarla y doblarla

como conviene. No se os pide que la tratéis mejor que a vuestra propia persona, como hizo aquel viejo sabio distraído que puso en la cama el gabán y se echó en el banco donde acostumbraba a colocarlo. Pero lo que se quiere es que, cuando os hayáis acostado, vuestro cuarto esté en orden y las ropas en lugar adecuado.

No era esto lo que se observaba en la habitación de Rodrigo, y por eso las ropas se hacían entre sí, y hacían a los que las miraban signos varios y fastidiosos para su dueño. Los tirantes estaban colgados. Colgados, es verdad, unos tirantes pueden estarlo de un clavo o puestos en el respaldo de una silla. Pero estar colgados como los de Rodrigo, al aire y de un mechero viejo de gas que ya no se usaba, y colgados malamente, torcidos y de cualquier modo, no es posición ni siquiera para unos tirantes. Era evidente: la mano que de ellos se desembarazó los había lanzado lejos, sin preocuparse de dónde irían a parar.

Los pantalones yacían en tierra, hechos un guiñapo. Antes debía haberse pisado sobre ellos en los últimos momentos; tan arrugados estaban. En lugar de hebilla tenían una cuerda y les faltaban botones. Un gran siete se dejaba ver en la pernera izquierda, y por la parte baja podían estudiarse los diversos terrenos, en el barro cogido en los sitios por donde el muchacho anduvo. Notad que aquella misma mañana le habían cosido y limpiado los pantalones.

¿Qué de extrañar tiene que en su lastimoso aspec-

to los pantalones miraran a los tirantes, compañeros suyos de desgracia, y que, recíprocamente, se contarán sus lástimas?

Decía el pantalón: «¡Qué desgracia, mi pobre amigo, tener que servir a semejante amo! Todo el día fatigado de trepar a los árboles, saltar vallados, traspasar charcos y arroyuelos, y por la noche nos trata como si fuéramos guiñapos!»

Y respondían los tirantes: «Me ha colgado como si fuese un malvado; pero es para ver mejor sus arreglos. ¡Qué desorden, Dios mío, qué desorden! Un zapato está junto a la puerta, como si quisiera escapar; otro, junto a la chimenea. Los calcetines han desaparecido. ¡Verás cómo los busca mañana cuando se levante! Revolverá hasta la paja del jergón para dar con ellos!»

Mientras tanto, Rodrigo duerme. Pero mañana, cuando abra los ojos, ¿creéis que le gustará todo ese desorden? Seguramente, no. Desde la gorra, tirada encima de la mesa, hasta los zapatos, todos sus vestidos parecerán quejarse de él y le echarán en cara su falta de cuidado. Ello le pondrá de mal humor. Y cuando haya perdido el tiempo buscando las prendas perdidas, su cara se mostrará malhumorada y empezará mal el día, sobre todo si a los reproches, después de todo discretos, de su ropa en desorden, viene a unirse el regaño, mucho más expresivo, de su madre o de su hermana, cansadas de limpiar y recoser a un destrozón semejante.

Veamos: ¿Es conveniente, puede explicarse, el modo de obrar de ese ganapán de Rodrigo?

En la vida. Todos en el mundo y las cosas todas tienen razón al quejarse de él. Es un acusado que se sienta en el banquillo. Su pantalón y sus tirantes le acusan y hablan en contra suya. ¿Hay alguien aquí que quiera defenderle, decir que obra bien, que lo que él hace hay que hacer al acostarse?

No; no habrá quien se levante a defenderle. Entonces, ¿cómo los hay que hacen lo mismo? ¿No tienen ninguna excusa? ¡Que se corrijan! ¡Que esta noche no se suban a la cama sino después de haber colocado lindamente su ropa en la silla! No es cosa sin importancia, sino asunto grave, porque concierne al orden y el orden es ley del universo. Tened orden y él os salvará. Sed desordenados y el desorden os perderá. Para advertiros y haceros aborrecible el desorden, os servirá de ayuda el lenguaje del pantalón y de los tirantes. Muchas otras cosas le hablan también.

Atravieso un bosque de pinos, una delicia. El aire que allí se respira vivifica y reanima. ¿Por qué, pues, veo en algunos sitios restos de latas, papeles esparcidos, cáscaras de huevo, que ensucian lugar tan agradable?

Es que los excursionistas que por allí pasaron eran gentes desordenadas; de los que no dejan las cosas como las hallan. Todos esos papeles son otras tantas notas desfavorables que ellos mismos se han echado encima.

«No se sabe quiénes son», diréis. No importa; el hombre o el niño que guarda orden, que se respeta, no quiere dejar tras de sí una huella indigna, aun cuando nadie pueda censurárle. Cuando ha estado en un sitio, desea que ese sitio no resulte afeado, por la sola razón de que en él estuvo. Y ¿quién querría que bastara su paso por algún lugar, habitación, escalera, sendero o paseo, para que fueran marcando su huella objetos desagradables? Todos deben más bien desear dejar tras de sí un buen recuerdo, desearlo por sí mismos y por los demás. ¿A qué ensuciar-nos mutuamente los lugares en que hemos de posar y permanecer?

Cuando os haya agradado estar en un sitio, dejadlo todo en orden al partir. Quitad lo que pudiera ensuciar un lugar que os ha agradado encontrar limpio. Y si no hay quien se cuide de hacerlo, hacedlo vosotros. Cuantas más gentes haya galochas y despreocupadas, más necesario será sostener el orden, ofreciendo el mejor ejemplo.

La mesa en que trabajamos, el banco en que se sierra, la fragua del herrero, la cocina en que se guisa, todos los sitios en que el hombre trabaja y descansa, hablan de él y le elogian o censuran.

¡Qué gusto ver una mesa bien ordenada! Diez veces más objetos ocupan diez veces menos sitio que en una mesa desordenada, en que hay que ir quitando cuaderno por cuaderno, carta por carta, y sacar cada nota de debajo de un montón de papeles.

Todas las cosas bien colocadas hablan de orden, de armonía, de trabajo pacífico y de esmero. El orden es inteligencia, claridad y belleza. Sea la habitación todo lo pequeña y pobre que queráis, el orden introducirá en ella algo bueno y atractivo que descansa el ánimo y que atrae.

Los surcos bien trazados, los campos bien atendidos, proclaman las alabanzas del labrador; mientras que en las parcelas aradas al descuido e invadidas por las malas hierbas, la cizaña y el cardo se le burlan a cuál más.

Cuando el herrero trabaja en la forja negra, pero bien ordenada, el fuego brillante proclama la actividad del obrero. Pero si, perezoso y descuidado, deja que el fuego se apague y que las herramientas anden por el suelo, entonces por los espacios sombríos en que la araña teje su tela cruza un algo que desalienta y desmoraliza.

Junto al trabajador ardoroso se respira amor al trabajo y admiración por su generoso esfuerzo; del taller abandonado, en que reinan el desorden y la holganza, se sale con el corazón oprimido.

Niños, cuando veis venir de lejos un perro malo, empuñáis más fuerte el bastón, que os servirá para darle en las patas si parece que va a acometeros. Cuando veáis, aun de lejos, la cara de ese mal perro que se llama desorden, tened cuidado, porque es el enemigo. El pone todo boca arriba, lo de la derecha a la izquierda, lo de la izquierda a la derecha; se lleva

lo que no devuelve, desorganiza y no arregla, ensucia y no limpia, come y no friega los platos, guisa y no lava las cacerolas, toma prestado y no paga. Contra él hablan en la cuadra los caballos mal cuidados, en las carteras los libros rotos y en todas las cabezas mal peinadas los pelos enredados. Artífice de desventura, de miseria y de ruina, no le acojáis, no favorezcáis su labor. ¡Sed arreglados, dad ejemplo de orden, haced que el orden reine por doquiera! Entonces, cuando durmáis a pierna suelta, si vuestro pantalón y vuestros tirantes hablan de vosotros, no dirán más que bien.

Castañas de mentirijillas y gatos con dos patas.

En mi juventud se llamaba castañas de mentirijillas a las de Indias.

Todos los estudiantes conocen el árbol que las produce, y que constituye el adorno de nuestros paseos y de nuestros jardines públicos. A todos gusta cuando florece en primavera. En otoño sus gordos frutos oscuros sirven de diversión a los niños.

El castaño de Indias es de importación reciente. Aun cuando hoy esté extendido por toda Europa, a fines del siglo xvi se trajeron los primeros ejemplares. Nadie ignora que la castaña de Indias no se come, y a nadie le sorprende hoy este pormenor. Pero al principio fué un desencanto para los niños tener en la mano frutos tan hermosos que no se podían asar ni cocer. Algunos, habiéndoles mordido, a pesar de eso, para cerciorarse, hicieron horribles muecas y dijeron que aquel fruto era amargo y les

crispaba la boca. Se dijo de él que parecía cosa exquisita, y era malísimo. Y, como si lo hiciera a propósito, se le llamo castaña de mentirijillas, falsa, de engañifa.

Y no era justo, porque la castaña de Indias no quiere engañar. Pero los hombres y los niños saben muy bien que se pueden adoptar apariencias falsas y traidoras para engañar a otro, y atribuyen a la castaña sus propias y malas intenciones. ¿Es justo? ¿Es razonable? No; ni lo uno ni lo otro. Pero se obra así comúnmente, se juzga a los demás, incluso animales y plantas, como es uno. Se oye en ocasiones a algunos insultar a un tronco de árbol con el que han tropezado en el monte, o a una piedra con que dieron un encontrón en el camino, y esto con la mayor facilidad, como si la piedra o el tronco tuvieran la menor culpa. Felizmente ni el uno ni la otra oyen lo malo que se les dice, y no se incomodan ni un ápice.

En las praderas del Oeste abunda una planta verde, de lindas y grandes hojas colocadas en tallo alto. La flor es un hermoso cáliz blanco. El fruto se parece por el color y tamaño a una castaña, provista también de su verde erizo. También se la llama *castaña de mentirijillas*. El aspecto es gracioso, la apariencia elegante; pero la planta es muy peligrosa. Aquí tenéis un ejemplar. Miradle bien y no hagáis ramos con esta planta. En algunos países se llama manzana espinosa, y los botánicos la designan con

el nombre de *Datura stramonium*. Tiene, sin embargo, una buena cualidad. Sus hojas, secas con cuidado, proporcionan alivio a los asmáticos que las fuman. Lo cual no impide que se la menosprecie llamándola *castaña falsa*, como si tuviera la pretensión de que la tomasen por verdadera. Evidentemente, nunca lo ha pensado.

Aprovechemos, sin embargo, la ocasión que nos ofrecen esas dos plantas y sus nombres para hablaros de la verdadera falsedad, de aquella de que vosotros y yo podemos hacernos culpables, queriendo aparentar lo que no somos.

Ser *falso*, ¿qué quiere decir? Quiere decir primeramente carecer de sinceridad, mostrarse distinto de lo que se es.

¿Os gusta? ¿Os agrada que alguien sea falso con vosotros? Seguro estoy de que no. Si me dijerais: «Me gusta que me acaricien con una mano y que me arañen con la otra», pensaría que os burlabais de mí. Ahora bien: esto hacen los que son falsos. Nos acarician para inspirarnos confianza y luego nos hacen daño. La falsía es condición abominable, de que no puede resultar más que daño. Nos hace sufrir de suerte que, al darnos cuenta, nos sentimos muy apenados.

Queremos que nuestros compañeros y amigos sean con nosotros francos, abiertos, sin malicia y sin perfidia. ¿Es agradable la vida entre criaturas que la lealtad inspira, que no ocultan malevolencia, sino

que se dicen unos a otros lo que piensan? ¿Cómo entonces los hay que son falsos con sus camaradas, sin dejar de querer que con ellos se sea sincero? Examinemos esta cuestión.

El que es falso no vale nada; nadie puede fiarse de él. Semeja al fruto de buena apariencia que, cuando se muérde, os crispa la boca u os envenena.

¿Por qué son falsos algunos? Pueden hallarse para ello abundantes razones, pero todas son malas. Aparentáis seguir un camino y, dando un rodeo, volvéis al mismo que se os ha prohibido tomar. La razón que tenéis es que no queréis que se os pueda impedir seguir por donde ibais. Pero de esta suerte hacéis dos cosas malas en lugar de una. Vais, aunque se os haya prohibido, y vais a escondidas. Engañáis a vuestros padres o a vuestro maestro, y os engañáis a vosotros mismos, porque obrar mal es siempre obrar contra sí. Todas las razones que se puedan tener para hacer esto no pueden ser menos de ser malas. Será preciso que así lo comprendáis.

¡Ay!, algunos no pueden menos de obrar de esta manera. Siempre están *aparentando*. ¿Creéis que duermen? No, aparentan dormir. ¿Creéis que trabajan? No, fingen trabajar. ¿Creéis que han tomado la medicina que les estaba prescrita? No, hicieron que la tomaban y la tiraron al cubo. No comen, fingen comer. No lloran, parece que lloran. Aparentan escuchar, estar atentos, serios, como si se arrepintieran de sus culpas. Y es una desgracia, la mayor que

puede ocurrir a criatura humana, desgracia para él y para los que con él viven. Vivir con gente falsa es como meter en la boca castañas de Indias.

Para concluir, oid este cuento: *El gato de dos patas.*

Un lechero llevaba la leche a una familia, y una parte de ella había de consumirse en cuajada. Pero, una vez hecha esta operación, se vió que la leche no tenía nata. Primero se le advirtió al lechero, y luego, como no variaban las cosas, se mudó de proveedor. El mismo resultado: la leche no tenía nata una vez cuajada. Como las vasijas estaban en la cueva para conservarse frescas, se desconfió de los gatos, a los que la nata gusta mucho, y se taparon todas las gateras con gran cuidado. Gustavo, un niño que iba a la escuela y era el mayor de sus hermanos, ayudó a hacer rejillas de madera para impedir que los gatos entrasen en la cueva.

Pero, sin dejar de ayudar a su padre, sabía muy bien que el gato era bípedo y que el gato era él. Le gustaba la nata fresca. Para chuparla sin tocar siquiera al puchero, se servía de un tubito de vidrio.

Naturalmente, a pesar de todas las precauciones tomadas, la leche siguió estando falta de nata. Después de los gatos, de cuya entrada ya no se podía sospechar, acabóse por tener desconfianza de toda clase de personas. Se compró un pesaleches, que reveló que la leche venía con la densidad debida.

Por último, el padre se escondió en un tonel en la

cueva, y pensó morir de pena al coger a su pobre hijo con las manos en la masa. A nadie le gusta saber que sus hijos cometen una falta, y sobre todo en circunstancias graves, como ocurría entonces. Cayó como un velo de tristeza sobre aquella familia honrada y sencilla. Días y días no se habló casi. Todos estaban avergonzados, y el padre sobre todo mostraba en el rostro señales de honda pena. Ni siquiera se privó a Gustavo del postre y, cuando la crema apareció en la mesa, se le dió su parte lo mismo que a los demás.

Pero ni siquiera la tocaba; tanto sufría a la vista de aquella golosina que le había hecho cometer bajezas. Porque, en el fondo, el muchacho no era malo. Había olvidado solamente que hemos de dominar nuestros apetitos. No es razón que una cosa sea buena, para que nos la proporcionemos faltando al deber. La nata es demasiado cara si se adquiere a costa de engaños, de malas acciones, de hacer que recaigan sospechas sobre inocentes. Ahora, el que tan aficionado era a ella no podía siquiera ver la puerta de la cueva sin experimentar remordimientos. Felizmente, su culpa le sirvió de enseñanza, y también las consecuencias de ella. Para lograr que su padre y todos los suyos la olvidaran, fué duro consigo mismo; se corrigió y se empeñó en tornarse sincero y franco en cuanto hacía.

Y he aquí lo que no hemos de olvidar: *Falso y niño* son dos cosas que no concuerdan. Se puede oír

decir: Llave falsa, cuello postizo (1). Pero, ¿no os quemaría la boca al oír decir: niño falso, camarada falso, señorita falsa? Y ¿por qué? Porque la primera de todas las cualidades en un niño es la lealtad, la atractiva expresión de franqueza en la mirada y en el corazón. No lo olvidéis; de otra suerte no valdréis siquiera lo que una castaña de Indias.

(1) *Falso*, a la letra en francés.

Las cerillas que no se encienden.

No es grande una cerilla, pero vais a ver las cosas que puede enseñarnos. Y, ante todo, la cerilla es testigo que nos dice que el hábito embota la curiosidad de las gentes y adormece su espíritu.

¿Interesa a alguien una cerilla? ¿Se quedará alguien con la boca abierta delante de una cerilla como ante la torre Eiffel, un aeroplano que levanta el vuelo o un animal raro? ¡Nunca! Seriais los primeros en burlaros del que, poniéndoos delante una cerilla, os dijera: «Tengo la honra de presentaros a la hermana menor de la *antorcha de Prometeo*». Pero os engañaríais todos los que aquí estáis, y en vano seriais veinticinco o aun treinta y seis; no importaría nada que fueseis los que quisierais. A lo sumo me permitiría deciros que todos sois unos simples, mas unos que otros.

¡Una cerilla! Sin duda la primera cerilla fosfórica que se inventó fué un suceso más grande, de más

general influjo que el primer automóvil o aun el primer globo. La cerilla es una de las muestras más acabadas del dominio del hombre sobre la Naturaleza. En la cerilla, el fuego, poder colosal, se ha escondido humildemente y puesto al servicio del hombre. En ella se oculta el día dispuesto a romper la obscuridad de la noche: es rayo cautivo en una astillita de madera.

Las tinieblas os circundan; buscáis en vano un objeto en la obscuridad opaca. Ignoráis dónde estáis, dónde está colocado el objeto que buscáis; la luz os sacará de apuros, dándoos la claridad. *¡Y la luz fue hecha!*

Pero con una condición: que se trate de una cerilla verdadera, que se encienda y arda. Porque las hay que se llaman cerillas y no lo son. Falsamente, y abusando de la palabra, se las ha dado este nombre. Cerilla significa cosa que se enciende. Sólo merece el nombre de tal la que se enciende y puede comunicar fuego y luz. La que no se enciende no es cerilla. Es un engaño, una impostura, una impertinencia metida en una caja, algo inventado para que la gente rabie; pero no una cerilla.

¡Que no se enciende una cerilla! ¡A cuántas cosas da esto lugar, cuántos disgustos y a veces desgracias!

Estamos en tiempo de guerra. Un soldado va guiando un automóvil por la carretera, y lleva órdenes. Llega la noche y se para para encender los faros.

les. Estos se hallan preparados y no hay más que encenderlos. Pero el *chauffeur* ha estado todo el día encendiendo la pipa y le quedan pocas cerillas, tres solamente. No hay cerca ninguna habitación humana, y en el camino solitario hay que contar con tres cerillas solamente.

Enciende una y el viento la apaga. Enciende la segunda, y se parte, cayendo al suelo la cabeza, que no puede encontrar porque la noche va cayendo. Queda la tercera y última. Preciso es que se encienda; de otro modo no sería posible seguir adelante.

Comprende el *chauffeur* todo el interés que ha de poner en esa última esperanza de luz. Si se enciende la cerilla, está salvado; llegará adonde tiene que ir aquella noche y entregará las órdenes que lleva. Si no se enciende, no podrá distinguir el camino, ni señalar su presencia a los coches que pasen; habrá de acortar la marcha, detenerse quizá, y todo será inquietud en la ciudad a que debe llegar; se recibirán demasiado tarde para que sean útiles todavía las noticias de que pueda depender el triunfo o la derrota. Tal es el temor del soldado, que tiembla casi de frotar la cerilla. Es preciso, sin embargo. Felizmente se enciende, los faroles alumbran y el auto parte por el camino ruidosamente. Cartas y despachos llegarán a tiempo. ¡Bien por la cerilla!

De las que no se encienden no me habléis. No obstante, hay que saber sacar partido hasta de lo malo. La cerilla que sale mala es la imagen de lo que no

cumple lo que promete, incluso los hombres y, naturalmente, también los estudiantes. Con tal motivo puede advertirnos de varias cosas, y, si aprovechamos la lección, nos dejamos corregir, ilustrar, habremos hecho realmente algo extraordinario. Y ¿qué es eso extraordinario? Muy sencillo: habremos hecho luz con una cerilla que se descabeza. El que juzgara esto sin importancia no se acreditaría de perspicaz.

Luego la cerilla que no se enciende es la imagen de todo lo que falta a lo que promete; la imagen, por ejemplo, de los malos cuchillos que no cortan, de las puertas que no cierran, de los tiradores que se salen al tirar, de los relojes que no andan, de los perros que no ladran, de los manjares que no alimentan, de las cubas que se vierten, de las cuerdas que se rompen, de los centinelas que se duermen, de los clavos sin punta, de los ríos sin agua, de los soldados cobardes, de los estudiantes holgazanes, de los inviernos sin nieve, de las primaveras sin flores, de los jueces inicuos, de los cajeros infieles, de los cobardes, embusteros, desertores del deber, y de todos cuantos no cumplen sus funciones, desconocen su oficio, no llegan cuando se les espera y defraudan las esperanzas de los que cuentan con ellos.

La madre de Enrique está muy ocupada en el huerto. Es primavera y todo brota; hay que sembrar los guisantes, cavar las lechugas, limpiar los paseos. Enrique está de asueto porque es jueves. Su madre le ha rogado, por tanto, que cuide en la coci-

na de la cacerola en que hierve la cena. «Si ves que queda poco caldo, le dice, añade en seguida un poco de agua.»—«Sí, mamá.»

Pero pronto Enrique, distraído por los ruidos de la calle, se pone a la ventana y toma parte desde lejos en los juegos de sus camaradas. Cambia con ellos palabras regocijadas, juega a la pelota por la ventana y da consejos a los que abajo se divierten. Arrastrado por el ardor de su curiosidad, acaba por saltar desde la ventana a la calle. Una partida de bolos le vuelve loco y le hace olvidar su promesa de cuidar de la comida. Mientras tanto, el guiso sigue cociendo; la salsa, cada vez en menor cantidad, acaba por consumirse y se esparce el olor a agarrado por toda la casa y llega hasta el huerto. La madre de Enrique se alarma, entra en la casa, encuentra la carne quemada y alseudopinche dispuesto a gritar y acalorarse con el juego en la plaza del pueblo... ¡Señor Enrique, no valéis gran cosa; sois como cerilla que no se enciende, bribonzuelo!

«No os preocupéis, dice Juana a su madre (a punto de partir para un viaje de ocho días); cuidaré de Gastón durante vuestra ausencia. Gastón es el hermano de nueve años, y Juana, la mayor, de dieciséis. Velar por Gastón había de consistir en hacer que fuera limpio, hiciera sus trabajos para la clase, se mantuviera en buena salud. Veréis cómo Juana ha cumplido estas diversas obligaciones.

Todas las mañanas ha hecho a su hermano la

misma pregunta: «¿Te has lavado?» Y Gastón ha respondido: «Sí.» En efecto: se había lavado, y muy bien... la víspera del día que marchó su madre. Basándose en este hecho cierto, decía todas las mañanas, sin vacilar: «Sí, me he lavado.» Y era verdad, pero hacía mucho tiempo; y las cosas que son verdaderas hace mucho tiempo, acaban a veces por no serlo. Juana decía también: ¿*Has hecho tus trabajos?* Y Gastón respondía imperturbable: *Están hechos.* Y era verdad. Pero, ¿cómo estaban hechos? De esto ya no se ocupaba Juana, y se equivocaba de medio a medio. La que está al cuidado debe vigilar y ver si son ciertas las cosas. La que no lo hace es como cerilla que no se enciende.

«¿Tienes los pies mojados, muchacho?» — «No, Juana», responde el hermanito, que vuelve cuando ha caído un gran chaparrón. Pero se engañaba el muchacho; tenía los pies mojados, y al día siguiente estaba en la cama con anginas. A la noche la madre volvió y hallóle con fiebre de cuarenta grados.

Si el día del chaparrón Juana le hubiera mirado los pies, habría visto que los tenía mojados, habría dado al aturdido muchacho medias secas, y evitado una enfermedad. Pero Juana es de la clase de las cerillas que no se encienden.

Y por eso demasiadas gentes de todas edades y posiciones son de ese modo de ser; por eso se abandonan tantos quehaceres, se defraudan tantas esperanzas, se ven engañados muchos que confían, se

producen tantos daños. ¡Ay! ¡Las cerillas que no se encienden y los hombres que se les parecen, cuántas contrariedades causan! Si se tratara de enumerarlas, esta lección duraría hasta el año próximo.

Informes. ⁽¹⁾

¡Atención! He aquí un tema que parece no ser nada, pero que va justamente a advertirnos que no nos dejemos guiar por las apariencias.

Renseignement. ¿De dónde puede venir esta palabra? Es verdaderamente larga. Hace en una frase el efecto de un señor gordo en una acera. *Renseignement.* ¡Qué largo es eso! *Renseignement* viene de *renseigner*, cuya palabra viene de *enseigner*. Esta tiene la misma raíz que *enseigne*, la cual procede de *enseigne* o *signe*. Luego la raíz de la primera palabra es muy corta.

¿Qué es un signo? Un gesto o una señal que quiere decir algo. Si os enseño el puño, señal es de que estoy enfadado. Si lloro, señal es de que estoy triste.

(1) La palabra francesa que el autor pone, y cuyo significado sirve de título a este capítulo, es *renseignement*. La reproducimos en el párrafo segundo, que sin esto no sería posible traducir.—(N. del T.)

Una línea debajo de una palabra puede querer indicar que en ella hay una falta. La huella de un dedo en la página de un libro indica suciedad. Y si encuentro un botón de pantalón en un sitio que creo ser el primero en visitar, me prueba que me equivoco. Así, si nuestro conciudadano Charcot, que ha partido al descubrimiento del Polo Sur, llegara a él efectivamente, y una vez allí descubriera en aquellos parajes una botella flotando en las aguas, o un pedazo de tela, o una vulgar lata de sardinas, sería señal cierta de que no era el primer viajero que había llegado al Polo Sur. Por todos estos ejemplos vemos que las señales advierten e instruyen. Una rama seca colgada de la entrada de una casa indica que se trata de una posada. La rama seca sirve de insignia que advierte a los que pasan. Una cabeza dorada de buey, ¿qué indica? Una carnicería. ¿Y una gran pipa? Un estanco. ¿Y un pez de hoja de lata, colgando de un anzuelo? La tienda donde se venden útiles de pesca. Las insignias enseñan. Hay en todas partes en el mundo signos que son insignias e indicios a los que se debe prestar atención.

Una vez que nos hemos instruído bien por los signos que hemos observado, podemos instruir a los demás.

Al abuelo le gustaría mucho salir a dar un paseo; pero no ve bien y, antes de aventurarse a salir, querría saber si los caminos están secos, y os envía a ver si es así. ¿Qué debéis hacer? Debéis abrir el ojo,

no contentaros con mirar la acera delante de vuestra casa, porque el sol la ha secado rápidamente, sino llevar vuestras averiguaciones más lejos, ir a ver el camino a cierta distancia. Después de esto, habiendo observado bien las señales que, en forma de charcos, de roderas y de barro, ha dejado la lluvia aquí y allá; pero que el camino, bien construído y expuesto al sol de medio día, está admirablemente seco, iréis a decirle al abuelo que puede salir sin temor, y le indicaréis el lado a que debe dirigirse.

Podríamos creer que es fácil dar y recibir informes seguros. Bastaría para ello, parece, mirar bien, oír, olfatear, observar. Pero nada hay, por el contrario, más difícil que obtener buenos informes. He aquí una prueba.

Estamos de excursión por la montaña y queremos saber a qué distancia nos hallamos del glacial que constituye nuestro objetivo. He aquí una pastora de cabras que va a informarnos. Le hacemos la pregunta y nos responde: «Está a tres cuartos de hora de aquí». Después de media hora de camino encontramos un cazador, al que también interrogamos. «El glacial, señores, está a una hora escasa de donde nos encontramos.» Nos quedamos muy sorprendidos. Si el cazador tiene razón, la pastora habría debido decirnos que el glacial estaba a hora y media. Uno de los dos se equivoca.

Otra prueba de la dificultad de informarse. En un cruce de caminos, en el Loira inferior, se ven dos in-

dicaciones colocadas a muy poca distancia una de otra. La dirección de las aldeas vecinas está indicada por flechas. En una se indica el pueblo de Saint-Brévin, apuntando la flecha al Oeste. En la indicación de al lado, la misma aldea, según la flecha, está al Este. He aquí señales que dejarán muy confusos a los que por allí pasen.

Por aturdimiento, por ignorancia, se dan equivocados informes. A cada momento oís decir a las gentes: «Me han informado mal». La malevolencia, la maldad, influyen de manera perturbadora en los informes. Los embusteros, los maliciosos, informan mal para inducir a error a las gentes.

Por haberles indicado mal el camino se han extraviado viajeros, han ocurrido desgracias, han perdido el tren otros y no han encontrado rastro de sus compañeros. Por haberle informado mal acerca de su vecino, el señor Antonio ha cobrado odio atroz al desgraciado Robin. Porque cree, fiado en esos informes, que Robin ha regado, con la peor intención, de vitriolo el lindo rosal trepador que era la gloria de su casa. Era completamente falso. Una malvada vieja fué la inventora de la patraña.

El sargento Bourdillat, enviado a la descubierta, en tiempo de guerra, vuelve diciendo que el enemigo está a tres kilómetros en dirección Norte. Error, ha visto mal. Es un refuerzo que llega a marchas forzadas. Entre el polvo que levanta la tropa, Bourdillat ha creído ver cascos enemigos. Su equivocada

noticia cae como un rayo entre los suyos. La fortaleza cierra las puertas, la noche se echa encima y, cuando llegan los refuerzos, se les recibe a tiros.

A cada instante los niños asustan a sus padres con noticias exageradas.

Las criaturas aturcidas, las nerviosas, los cobardes y las niñas miedosas, refieren historias que ponen los pelos de punta. Hay uno que echa sangre por las narices. León entra como loco y dice que nada en un mar de sangre.

Han caído por casualidad tres gotas de agua en la habitación. A mamá se acude diciendo: «Ven pronto; la habitación está inundada».

A cada momento, por informes exagerados, se inspira miedo loco a las gentes.

Se ha hecho un roto en un traje, y se dice que el traje está hecho pedazos.

Un perro os ha despertado por la noche, y os ha hecho perder media hora de sueño. Es un fastidio. Sin embargo, si por la mañana decís: «El perro ha estado aullando toda la noche, no he podido cerrar los ojos», es un dato enteramente exagerado.

Cuidemos mucho de los informes que damos y de los que recibimos. Examinemos bien lo que hemos visto y, si somos llamados a hablar como testigos de un hecho que ha pasado a nuestra vista, no digamos más que cosas ciertas. No dejemos que tome parte la fantasía en lo que testificamos. «He creído oír», «he creído ver»; no hablemos de esta suerte, no es

serio. Lo que se cree ver y oír es, a veces, todo lo contrario de lo que tiene lugar. Mirad: yo que os hablo, he visto con mis propios ojos una mañana de septiembre salir el sol en el vasto estuario del Loira. Eramos cien pasajeros en el barco, y todos han visto como yo la misma cosa. *El sol parecía exactamente un hongo*. La combinación de las brumas le daba esta forma: un hongo dorado con bandas rojas. Nunca volveré a ver cosa semejante. Pero si tomase nota de lo presenciado, para ir diciendo por todas partes: «¡Sabéis, el sol es un hongo!», a pesar de mis cien testigos, que conmigo lo presenciaron, el dato sería falso.

He aquí ahora una aventura fantástica.

Una tarde, una docena de muchachos paseaban por el bosque. Se hacía de noche y ya las espesuras se llenaban de sombras. De pronto, al cruzar por un claro, se detuvieron estupefactos. Allá lejos llameaban en la obscuridad ojos de fuego, y no sé qué resplandor horrendo salía de la garganta de un monstruo.

«¿Qué es aquello?», se dijeron. «¡Nada bueno!», exclamaron varios cobardes de la tropa, e inmediatamente pusieron pies en polvorosa. Corrieron a decir en el pueblo que en el monte había un animal horrible, león o dragón. A fuerza de tener miedo habían creído oír mugidos a sus espaldas cuando huían.

Entre los que habían quedado atrás diferían las opiniones acerca de la extraña aparición. «¡Es un espantajo», decían unos; «¡Es una pega!», exclamaban

otros; «¡Es un animal!» Pero juzgaban prudente no ir a verlo.

Sólo a uno se le ocurrió hacerlo así, y tuvo valor para ello. Aun cuando los compañeros le decían: «¡No vayas!», dijo: «¡Tendré valor para ir!»; y se aproximó a lo que tanto asustaba, dando rodeos por entre las matas. De pronto se le oyó a lo lejos lanzar una tremenda carcajada. Y cuando volvió dijo esto, que era verdad. *Es una calabaza grande, a que se ha dado la forma de cabeza de león y dentro han puesto una bujía encendida.*

Algo más lejos encontraron una tropa de aldeanos armados de hoces y fusiles. Por lo que los niños habían dicho, venían a dar una batida y a acabar con el monstruo... Es lo suficiente para que digamos:

«¡Cuidado, mirad bien lo que contáis!»

¿Hay algo que componer?

¿Habéis oído por las calles de ciudades y aldeas a un hombre que va gritando: *A componer?*

Lleva una caja pequeña, donde encierra sus útiles. Su paso, en general, es lento; su pregón no ofende nada los oídos. Es más bien un canto. Según la voz que pregoná, ese canto tiene algo de dulce y agradable.

El hombre, atento a ver de dónde le llaman, mira a las ventanas de las casas desde las cuales las mujeres acostumbran a hacerle seña de que suba. ¡Porque en las cocinas y en las habitaciones se rompe tanta vajilla y tantos jarros! Es cosa que ocurre a diario. Soperas, ensaladeras, jarrones, figuritas, platos, palanganas, todo se hace pedazos. Por mucho cuidado que se tenga, llega un momento en que la desgracia ocurre, rápida, desconcertadora, irreparable muchas veces.

Recordad la cara de espanto de los que acaban de

dejar caer una jarra. Hace un momento era linda y transparente, llena de agua límpida en que se veían juegos de luz; ahora yace en el suelo rota en mil pedazos, y el agua se esparce por la habitación como loquilla que no respeta nada.

No se rompe solamente el plato común, las piezas de vajilla que es fácil sustituir; se rompe todo, hasta objetos de arte y objetos preciosos, que son orgullo de las colecciones. ¡Oh, recuerdos dolorosos de catástrofes domésticas, gritos arrancados del corazón por la brutal desgracia, lágrimas con que se riegan los tristes pedazos y los mutilados restos! ¿Qué hombre, qué niño no ha roto algo en su vida? En esos momentos dolorosos, felices si, pasado el primer susto, se observa que el daño no es quizá irreparable. Reconfortante, consoladora sube entonces de la calle la melopea del individuo que va cantando: «¡A componer hierro, vidrio, hueso, marfil, ágata, loza y porcelana!»

Se le hacen señas discretamente; no tiene la vecindad por qué saber que ha habido cacharros en casa de uno. Llega, coge en sus manos lo que se ha roto, y permanece pensativo. Diríase que era un cirujano examinando al enfermo. Luego se sienta encima de su caja y empieza las operaciones. Lañas, puntas, cola; con arte y cuidado combina todos esos medios, y al cabo os devuelve, recompuesto, lo que le habéis entregado en pedazos.

No sé si habéis observado la cara inteligente y

digna que tienen esos buenos obreros. Al mirarlos se comprende que están enteramente poseídos de la utilidad de su arte. ¿No tienen mil veces razón? Romper es fácil, componer, difícil. Cualquiera tonto, cualquier persona torpe, puede romper una cosa, cualquier bruto puede hacer pedazos una obra delicada... ¡Pero reparar el daño exige buena vista y habilidad! Pensaremos así que el que por su habilidad y paciencia llega a devolvernos en forma debida un objeto cuya destrucción nos producía disgusto, ha empleado realmente bien el tiempo y merece que le apreciemos.

Por mi parte, experimento gran simpatía por el que va cantando: ¡*A componer!* Me hace pensar que, no sólo hay que componer en el mundo cosas estropeadas por caídas o golpes, sino que accidentes mucho más graves ocurren a diario en la sociedad humana, y que en ella también hay heridas que curar, roturas que reparar, ruinas que reconstruir.

Uno de nuestros mejores poetas franceses, muerto recientemente, se llamaba Sully Prudhomme. Al principio enteramente de su carrera, adquirió celebridad con una composición titulada *El vaso roto*. Aquel vaso en que se secaba una verbena se nos describe con tanta animación, que lástima nos da de la flor y del vaso en que se seca, como si fueran seres vivos, y presenciásemos ansiosos la agonía de la planta. Escuchad la poesía:

El vaso en que se seca la verbena,
 Fué rajado de un abanicazo,
 El golpe le rozó apenas
 Y no se sintió ruido alguno.

Pero la rajita
 Fué agrandándose día por día:
 De manera imperceptible y continua
 Fué dando la vuelta al vaso.

El agua fresca se derramó gota a gota;
 La savia de las flores se acabó.
 Y nadie se ha dado cuenta del daño.
 ¡No toquéis el vaso! Está roto.

Ese vaso simboliza los corazones lastimados.

Llegar al dolor humano, con mano delicada y tan suavemente como si no nos acercáramos, tratemos de adquirir tan preciosa habilidad. No creáis que está reservada a las personas mayores, y a algunas de ellas solamente, a las mejor dotadas. ¿Es que no sufren los niños? ¿Les preserva su edad de la pena? Sabéis perfectamente que no. ¿Son desconocidos a vuestra edad los sufrimientos? No, en absoluto.

Todos han sufrido alguna desgracia. No tenéis más que interrogar a vuestra memoria y os las recordará. «Así tú, Gustavo, recuerdas el día en que por tocar el tornillo de tu padre, en la cerrajería, te magullaste el dedo meñique, hasta el punto de que toda la primera falange resultó lesionada. ¿Quién ha venido a auxiliarte?»

—Margarita, la hija del vecino, que sabe curar las heridas.

—Eso es. Y ¿qué ha hecho Margarita?

—Ha lavado y desinfectado la herida; luego ha sacado de su pequeño botiquín vendas limpias. La sangre ha dejado de correr.

—Y cuando ha venido el médico, ¿qué ha dicho?

—Ha dicho que el dedo estaba admirablemente curado y que sanaría pronto.

—De suerte que ese día Margarita, la hija del vecino, te ha arreglado. Pero, mientras te curaba, ¿no te ha dicho nada?

—Sí, señor; me ha consolado, porque yo lloraba. Me ha hecho unas cuantas caricias y me ha dicho:

No llores, mi querido Gustavo; ten valor, no será nada.»

Segurísimo estoy de que nunca Gustavo olvidará lo ocurrido. Pero cuando tanto se le ha animado y cuidado, ¿qué debe desear a su vez? ¿No ha de desear, si se presenta ocasión, poder prestar a otros servicios análogos? ¿No constituye una desgracia ser incapaz de acudir en auxilio del que se ha hecho daño? A todos los niños pueden ocurrir percances. Todos deberían saber lo que hay que hacer en casos semejantes.

No sólo ha prestado Margarita un gran servicio a Gustavo, vendándolo pronto y bien, sino que le ha consolado, atestiguándole simpatía e inspirándole valor. Parece una cosa sin importancia. Pero cuando

se es desgraciado, es, por el contrario, lo que más valor tiene.

Hay que aprender a consolar a los que tienen penas. Los malos muchachos saben muy bien causárselas a sus camaradas. Nada les importa molestarles con palabras malintencionadas, insultarles o burlarse de ellos. Pero no son capaces de animar a un amigo que está desolado. Si me creéis, atenderéis las penas de vuestros compañeros y trataréis de aliviarlas. *¡A componer!*

Otro caso del mismo género. Tu, Enrique, has oído decir ayer: «Parece que Víctor y Juan están enfadados». Y has podido responder: «No, no lo están; los he reconciliado yo». He aquí una acción que merece que te felicitemos. ¡Unos compañeros enfadados; cuán de lamentar es!... El juego, la viveza de espíritu, circunstancias de nosotros independientes, pueden hacer surgir causas de disgusto entre amigos. ¿Iremos a aumentar las dificultades, a dar pábulo a los malos sentimientos? Claro está que no. Hasta hay niños que gozan viendo enfadados a los compañeros. ¡Fuera, que eso está mal! Hay que hacer todo lo contrario. Hay que poner de acuerdo a los que no lo están; hay que intervenir en sus diferencias; hay que decirles palabras de amistad. Cultivemos en nosotros el espíritu pacificador, que pone a partir un piñón a los que están a punto de disputar.

He aquí muchas cosas que nos recordará en ade-

ante, cuando le encontremos en la calle, el que va pregonando: ¡A componer!

Haced lo que él, componed. Cuando en alguna parte ocurra un mal, reparadle lo mejor que podáis. Si un delantal se rasga, sin dejar estirarle con rapidez, cantad: «¡Yo compongo!» Y vosotros, muchachos, arregláosla para hacer otro tanto. Si los pantalones están muy rotos, remendarlos con todo cuidado. En vuestras casas, componed las sillas rotas, las mesas cojas, clavad las tablas que se mueven, pegad los papeles que cuelgan, arreglad lo que está desordenado. Si veis niños que lloran, consoladles.... Si encontráis camaradas que regañan, reconciliadles. Igual que pasa por las calles el hombre que pregonaba: ¡A componer!, pasad por la vida, pregonad y trabajad como él trabaja.

Teme el calor y la humedad.

Si os ocurre viajar, veréis en las estaciones cómo expiden los paquetes. Cajas, bultos, cestos, toneles, se amontonan en el muelle. A veces se tiran desde los furgones con precipitación para ganar tiempo, y los espectadores se preguntan qué ocurrirá al contenido de esos paquetes, algunos de los cuales llevan escrita la palabra *frágil*, o *alto*, *bajo*. Porque, en el ardor del momento, son tratados como si fueran todos irrompibles, y nadie presta atención a colocar lo de abajo abajo, y lo de arriba arriba.

Veis todo eso y hacéis en vuestro interior algunas reflexiones. Sin dejar de considerar el amontonamiento creciente de los paquetes, veis que varios de ellos contienen indicaciones que empiezan por la palabra *teme*. *Teme* el frío: *teme* la luz; *teme* el calor y la humedad.

¿Qué quiere decir esto? ¿Puede una mercancía tener miedo, como un animal o un niño? No. Pero una

mercancía puede correr algún riesgo. *Teme* el calor, quiere decir: corre el riesgo de estropearse con el calor.

El vino blanco, por ejemplo, transportado en el estio, corre el riesgo de hacerse vinagre si se le deja que se caliente a pleno sol en los muelles. Labores de madera, expuestas al calor excesivo, se abren. Ahora bien, si se quiere que los niños trabajen en la escuela, no es de desear, en absoluto, que las puertas, los cajones y los muebles en general sufran, porque se abren, se alabean y se rompen. También los huevos temen el calor. Ponedlos al sol y se ocupará activamente de incubarlos, como si fuera una gallina, y ya no servirán para comer. Comprendéis muy bien todos estas cosas y no hay que insistir.

Pero vais a ver las curiosas consecuencias que hemos de deducir de lo observado con motivo de los paquetes que se expiden en los ferrocarriles. Admitid por un momento, lo cual no es del todo absurdo ni imposible, que a los hombres o a los niños se les puedan poner etiquetas, indicando sus buenas o malas cualidades, y mencionando, por ejemplo, *lo que temen*. ¡Sería muy divertido!

En la espalda de algunos se leería: *Teme el agua*. Es grave. Expresado en griego, esto es, ni más ni menos que hidrófobo. Pero un perro hidrófobo es un perro rabioso. ¿Habría, pues, que deducir que los niños que temen el agua están rabiosos? ¡Felizmente, no! *Teme el agua*, podría ponerse en la espalda a los

miedosos que, asustados, retroceden a la vista del baño. Algunos conocéis quizá. Si habéis ido a bañaros al río o al mar, deberéis recordar escenas graciosas de este género. Cuando meten los pies en el agua algunos exclaman: «¡Qué fría está!», y no quieren entrar. Se les habla, se les anima; pero no siempre con resultado. A veces hay que meterles a viva fuerza. Entonces son los gritos: «¡Tengo miedo, tengo miedo!» A fuerza de gritar, las criaturitas parecen realmente estar algo rabiosas, e infunden lástima. El médico había aconsejado los baños; pero, ¿cómo administrarlos, si por lo que gritan los bañistas parece enteramente que se les asesina?... Y el joven *teme-el-agua* corre a vestirse.

Sería también esa una buena designación para los estudiantes a quienes espanta, no el río, no el mar con sus olas, sino el baño más pequeño, una esponja si se quiere. Esperemos que, entre los que aquí están no haya más que aficionados al agua, y que todos los que os quieren puedan besaros con satisfacción porque el agua os puso la cara fresca y agradable.

Etiqueta todavía mucho más grave sería: *Teme luz*. Serviría para designar a todos los que, teniendo algo que ocultar, buscan las sombras. Sabéis lo que es una persona misteriosa. No indica nada bueno. ¿qué ocultarse? Para tratar de hacer algo malo. teme ser visto, descubierto, cogido con las manos en la masa, mintiendo, robando, haciendo otras cosas feas, que al saberlas resultan deshonorosas. Haced

suerte que no tengáis que temer la claridad. Pueda verse sin inconveniente todo lo que hacéis, y poded, en caso necesario, referírselo a vuestros padres, a vuestros compañeros, sin tener que bajar la vista ni ruborizaros.

Los hay también que temen el esfuerzo y el trabajo. Siempre temen hacer demasiado. Se les ve tomar mil precauciones para evitarse un esfuerzo. Y aun se les ve hacer verdaderos prodigios para ahorrarse un sencillo trabajo. El otro día he presenciado un caso de éstos: un individuo estaba echado en un sofá, y necesitaba un libro colocado sobre una mesa cerca de él. Como no llegaba con el brazo y no quería levantarse tampoco, hizo toda clase de combinaciones con un bastón para acercar el libro. Pero sólo consiguió tirarle al suelo y tirar un tintero además. Por ahorrarse un esfuerzo, había dado lugar a varios inconvenientes.

Teme las censuras. Muchos niños se pasearían con este cartel, si se hubiera introducido la costumbre de poner a cada uno el que le corresponde. En verdad, no hay que mirar con indiferencia las censuras de que podemos ser objeto. Seríais muy malos hijos si no sintierais las observaciones que vuestros padres puedan formular acerca de vuestra conducta. Pero no exageremos las cosas. Hay entre vosotros algunos que son realmente demasiado sentidos. No puede decirseles nada sin ofenderles o hacerles llorar. Eso es muy malo. A vuestra edad se necesita ser reprendido en ocasiones. ¡No considerarlo como una

desgracia! De otro modo, podría ocurrir que vaciláramos antes de daros los consejos necesarios.

Se han conocido muchachos que, por temor a ser engañados, ocultaban cosas ocurridas, sufrían en secreto y llegaban a apartarse de las gentes. ¡Pobres criaturas, tengámosles lástima, pero no les imitemos! No exageremos la importancia de los regaños y aun de los castigos. Sobre todo, jamás ocultemos la verdad para librarnos de un regaño. Seamos francos, aun cuando hayamos de incurrir en graves contradicciones. En muchos casos cabe esperar, por otra parte, que la franqueza honrada predisponga en nuestro favor a los padres y maestros que tienen que reprendernos.

Teme obrar mal. De desear que se colgara con entera justicia de vuestra espalda algún letrero, sería éste. Hay miedos estúpidos, como el de la obscuridad; miedos que indican flojedad, como el temor al esfuerzo; miedos ridículos, como el de ser visto haciendo una labor humilde, pero honrada; miedos cómicos, como el de asustarse de un ratón; miedos malos, como el temor a la verdad; pero hay miedos buenos. El de obrar mal es uno. Las gentes honradas tratan de dominar en sí los bajos temores, aquellos que nos hacen perder en parte nuestra dignidad. Pero conservan y alimentan en su corazón el temor saludable a obrar mal. Se dice que los que no temen nada no tienen siempre el mérito de la audacia y el valor. Se hace observar que no es difícil no temer nada, cuan-

do nada se arriesga. En efecto: los que no tienen nada que arriesgar, no tienen nada que perder. Cuando os llueve encima estando bañándoos, os es indiferente, siempre que tengáis la ropa donde no se moje. No podéis mojaros, puesto que mojados estáis. Así los muertos no corren el riesgo de que los maten, ni las gentes envilecidas de que las corrompan.

La linda tela clara *teme* la lluvia, las grasas y las manchas de todo género. Si vuestra falda o vuestro delantal están hechos de ella, sabéis lo que tenéis que hacer. Pero si vuestra ropa está llena de grasa, ya no hay que temer nada.

El niño bueno se encuentra en el caso de una linda falda limpia: *teme* los malos contactos. ¿Le llamaremos cobarde? No; en este caso indica valor, temer, y verdadero valor, porque el miedo de esta clase obliga a enérgicos esfuerzos, para librarse de los consejos y de los ejemplos perniciosos. Triste valor es, por el contrario, el que nos hace afrontar el peligro de perder la honra y el título precioso de buena persona. Podría decirse casi: «Dime lo que temes y te diré quién eres». Si teméis los buenos consejos, y la vigilancia de que sois objeto, el trabajo, las compañías en que uno se divierte buenamente, no valéis mucho. Pero si teméis la holganza, la bajeza, la mentira, las malas artes, os tendré por muchachos muy semejantes al quinto que volvió de la primera batalla diciendo: ¡Carape, me daba miedo *tener miedo*, pero no lo he tenido!»

En el país del «sobre poco más o menos».

Si no a todos gustan los viajes, por razón de las molestias que ocasionan, hay, sin embargo, pocas personas que no oigan con agrado relatos de los mismos. En particular, los niños escuchan y leen con afición esos relatos en que se ven al vivo las aventuras ocurridas a los exploradores en comarcas lejanas y curiosas. Por mi parte, acabo de hacer una excursión bastante larga por un territorio que habitan gentes singulares. Os contaré lo que he visto.

Había oído hablar muchas veces del país del *Sobre poco más o menos*. La mejor manera de formarme idea de sus pobladores, de sus costumbres, era visitarle. Hice, pues, mi maletà, cogí un poco de dinero, un buen bastón con contera de hierro, el reloj y una caja de pastillas de buen humor. Esas pastillas se toman con gusto cuando, en el curso de un viaje, se presentan motivos de desagrado. Cuando no se lle-

van consigo, se corre el riesgo de que no agraden los viajes.

A través del país en que dos y dos son cuatro, en que las perpendiculares cortan las horizontales en ángulo recto, en que medio día es la mitad del día, en que sí es sí, y no es no, llego al fin a una frontera.

A decir verdad, no se trataba de una frontera real. En efecto, jamás ha sido posible a nadie limitar bien el país del *poco más o menos*. No se sabe justamente ni dónde empieza ni dónde acaba. Es un inconveniente, porque, no teniendo los habitantes de este país fronteras precisas, están en perpetua discusión con sus vecinos. Viven con ellos en un pie que no se puede llamar pie de guerra; porque raro es que haya verdadera guerra, y hay motivo para ello, puesto que el ejército de nuestro país no existe sino sobre poco más o menos. Sus jefes militares son, si queréis, generales. Pero no son, después de todo, más que a manera de generales que saben mandar sobre poco más o menos, y que, por compensación, desconocen casi la estrategia, la geografía y todo lo que se relaciona con el arte de la guerra. Han aprendido ese arte, bien o mal, en las academias. Pero en ellas se enseña todo a medias o los tres cuartos. De suerte que los jóvenes oficiales que de ellas salen infunden risa. Los soldados que mandan son soldados de la misma clase. Son evidentemente soldados, o así se les llama. Pero saben hacer el ejercicio, sobre poco

más o menos; sus sables cortan o cosa así; sus fusiles dan, aproximadamente, en el blanco, y su pólvora ni está del todo seca ni enteramente mojada. Así, cuando han preparado sus cañones y hecho la puntería, no puede decirse que el cañón dispare jamás, ni que falle siempre, ni que dispare o no dispare. Todo es aproximado. Lo único que puede afirmarse en redondo es que, siempre que esta apariencia de ejército se ha encontrado con el enemigo, ha experimentado derrotas; por ejemplo: se fusilaban unos a otros sus soldados.

En el país del *Sobre poco más o menos*, los niños obedecen a sus padres o cosa así. Cuando se ponen a la mesa tienen las manos limpias o lo parece. Comen la sopa, pero jamás limpian el plato: siempre queda algo en él. Luego van a la escuela y llegan, aproximadamente, a la hora. Sus carteras van medio abiertas, medio cerradas; sus trabajos empezados, pero sin concluir. Cuando escriben, ponen solamente las tres cuartas partes de los puntos sobre las íes. La mayor parte de las páginas de sus cuadernos están limpias, pero no todas. Saben sus lecciones, pero no hasta el final. Cuando habla el maestro, abren un ojo y escuchan con un oído. El otro ojo y el otro oído se ocupan vagamente en menesteres diversos. Cuando el inspector visita la escuela, pone la nota siguiente: «Alumnos aproximadamente buenos, a menos que no sean aproximadamente malos; no podría decidirme ni en un sentido ni en otro».

Al marchar, dirige al maestro frases halagüeñas que podrían ser también censuras, si se quiere; pero listo será el que lo diga.

Los carpinteros del país del *Sobre poco más o menos* hacen entarimados, puertas y ventanas, como todos los de su oficio. Tan sólo cuando se les ve trabajar se observa que sierran casi derecho, que cepillan, diríase, a capricho. Luego, cuando ajustan las piezas, todo resulta mal. Las puertas tienen vanos, las ventanas no están abiertas ni cerradas. Los marcos se tuercen porque las esquinas no ajustan; los suelos tienen altos y bajos, y las mesas bailan.

Sus toneleros hacen toneles, cubas, pipas y artesas, pero todo se sale. Cuando se mira uno en un espejo del dichoso país no está seguro de que lo que ve es su cara. Quizá es uno, pero podría ser también su hermano o su primo. Los retratos hechos por los pintores de allí tienen toda vaga semejanza con el original.

Los albañiles de ese país disponen, como los nuestros, de la plomada y la escuadra. Pero ningún ángulo resulta recto ni ninguna pared perpendicular. ¿Están torcidas? No podría decirse sin exagerar.

Asimismo las casas, las iglesias, los mercados, ofrecen relativa seguridad. Si el techo de un teatro de *Sobre poco más o menos* se ha derrumbado últimamente, preciso es reconocer que sólo en parte se cayó, y que las víctimas sólo lo fueron a medias. Los médicos que acudieron a auxiliarlas las han curado.

aproximadamente, y aproximadamente reducido cierto número de fracturas. Los vendedores de esta comarca original se sirven de balanzas, de pesas, de medidas que puedan pasar por justas. No obstante, si pesáis el género al llegar a casa, siempre falta, aunque sea poco. Si os devuelven calderilla, seguramente hay piezas buenas; pero raras veces lo son todas. En los ultramarinos, los géneros son de calidad intermedia. Sería injuriar a esas buenas gentes decir que venden productos de mala calidad; pero, a su vez, se engañarían si los calificaran de superiores. Los hueveros tienen huevos casi frescos; la carne, el pescado, las aves, son frescas también, pero de frescura dudosa. Y este adjetivo, que no dice lo bastante y que dice demasiado, es aplicable a la honradez de todos sus comerciantes, lo mismo que a la limpieza de sus establecimientos.

Ocurre un suceso cualquiera, desgracia, riña, asesinato, y los guardias aparecen, ni bastante pronto ni demasiado tarde.

Empiezan las averiguaciones y hacen el atestado; pero en éste falta siempre algo. Parece un caballo que camina con tres patas. En el tribunal se cita a los testigos, y no declaran muy seguros de lo que han visto y oído; pero se guardarían bien de decir que no han visto ni oído nada. ¿Dicen la verdad? Seguramente, pero ocultan una parte. Una vez terminada la información, los jueces dictan una sentencia que nada determina. Así, casi siempre, las causas no

concluyen jamás. No se consigue determinar los hechos ni declarar quién tiene o no razón.

Me he dedicado a observar las mujeres de la comarca. Pero, si me preguntaseis si son guapas o feas, me pondríais en grave aprieto. Al decir que son feas, las calumniaría; diciendo que son guapas, las halagaría de modo indigno. Y si quisierais saber por mí si son simpáticas, trabajadoras, mujeres de su casa, inteligentes, virtuosas, no sabría realmente responder. Hacen todo como barren y como zurcen. Y ¿cómo barren y zurcen? Pues mirad: barren el medio de las habitaciones, pero no los rincones. Al zurcir, dejan siempre flecos. De donde resulta que en sus casas los rincones que no se ven están sucios y sus medias tienen agujeros.

¿Cómo he comido durante mi viaje?—Ni bien ni mal.—¿He bebido agua fresca?—No tengo la satisfacción de decirlo.—¿Entonces la he bebido caliente?—No, no tengo derecho a afirmarlo ni a quejarme, por consiguiente, porque el agua, el vino, la cerveza, no se beben allí calientes ni fríos.

Y ni ellos mismos son calientes ni fríos. Desde el gobierno y las oficinas hasta las familias y los particulares, en el país de *Sobre poco más o menos* nada hay franco, claro, rotundamente afirmado.—Y ¿qué debe pensarse de semejante país?—Nada malo ni nada bueno, lo cual, precisamente, no es bueno. ¿Qué es un saber a medias, una semi-habilidad, una medio-verdad, una medio-honradez? Es a veces peor que

la falta de saber, de habilidad y de honradez. Dadme bribones declarados, embusteros que tengan el valor de decirlo, es preferible. Por lo menos, se sabe a qué atenerse. Seamos enteramente lo que somos. Hagamos completamente bien lo que tenemos que hacer; no nos contentemos nunca con cosas aproximadas. En todo caso, nada tan molesto como ellas. De eso he aprendido algo en el país de que vengo, y ya era tiempo de que volviera. Tanta indecisión, ligereza y equívoco me ponía fuera de mí y mis pastillas de buen humor iban acabándoseme.

Las fuentecitas.

En mi querido país de Alsacia, que habitaba cuando tenía vuestra edad, hay muchas fuentes, sobre todo en las comarcas próximas a los Vosgos. Al pie de las rocas, en las praderas, a la orilla de los bosques, se descubren en gran cantidad. Con frecuencia están enteramente al lado de los pueblos; en ocasiones, hasta en el campo de juego de la escuela. Cuidadosamente arreglada, la fuente da un agua excelente y fresca que beben todos los muchachos. En todas partes se desearía tener una igual.

¡Qué lindas son las fuentes! Para contemplarlas en toda su belleza vamos a visitarlas un poco lejos de los lugares habitados, allí donde nadie las ensucia. Ofrecense entonces como naturalmente son. Al pie de la colina, bajo la roca tapizada de hiedra y de musgo, la fuente se ha formado su pilón. Algunos guijarros relucientes y arena fina cubren el fondo. Mirando con atención, se ve que esa arena se mueve

ligeramente empujada por el agua que brota del suelo. En las orillas cuelgan festones de hierba muy verde, anchas hojas y minúsculos helechos. A veces el escaramujo pasa por encima de todo ello sus arcos graciosos y sus flores matinales se contemplan en las aguas. A través de las ramas se ve aparecer el cielo. Cuando los niños se inclinan sobre las fuentes ven su rostro sobre fondo azul y rodeado de ramajes.

La fuente nos gusta, ante todo por su limpidez. Sus aguas puras son imagen de las almas sin mancha y sin falsía. Tal como son las cosas, la fuente las refleja sin variarlas en lo más mínimo. Al gorrioncito que asoma la cabeza a la orilla, devuelve su imagen; a la golondrina, la suya. No desfigura a nadie, ni embellece, ni afea. Si tenéis la cara lavada y el pelo todo lo bien cuidado que debéis, os devuelve su sonrisa con la vuestra. Y si la obligáis a reflejar una cara sucia y unos pelos alborotados, vuestro rostro ingrato marca en la onda límpida una imagen desagradable.

Las fuentes son transparentes. En ellas nada se pierde ni se oculta. Su cristal permite a los ojos mirar hasta el fondo. ¡Qué hermosa imagen nos ofrece de la sinceridad de las palabras y de las intenciones! La palabra que brota del corazón, sencilla y firme, pronta y leal, recuerda el agua que brota de la fuente. Tratad de tomar ejemplo de esa limpidez tan hermosa y clara.

En las tierras corrompidas en que se forman las

charcas pantanosas se encuentran arroyuelos impuros. Su agua turbia cubre fondos de lodo. Burbujas de gases deletéreos llegan a la superficie. No bebáis nunca de esas aguas. Muertas, producen la muerte. Los gérmenes de las fiebres y de las pestilencias pululan en su seno. Huid de ellas. Malsano como el agua pantanosa es el trato con las almas corrompidas. Para conservar vuestra salud moral habéis de estar vigilantes. No busquéis las malas compañías y huid todo contagio que contamine vuestro sér, como se contaminan las fuentes por las filtraciones.

Las fuentes son tranquilas. Si, cansados del ruido y de los miasmas de las grandes ciudades, habéis llegado por senderos apartados a esos retiros en que murmuran las fuentes, dejad que os canten la calma, el reposo; dejaos mecer por su murmullo. Sentid su dulzura y comunicadlo a los que os tratan, como las fuentes os la han comunicado. Si sois buenos, sensibles a los dolores ajenos, si os inclináis a sentimientos de amor, seréis entre vuestros camaradas como fuente de paz. Se acudirá a vosotros para calmar la sed de cariño y de tranquilidad, como se acude a las fuentes para estar reposado a su orilla.

Si se bebe en determinadas fuentes, se restauran las fuerzas, se curan las enfermedades. De las profundidades misteriosas de donde suben a la superficie traen una virtud curativa. Los enfermos acuden de muy lejos a beber en ellas. Si un poco de agua pura puede producir curas maravillosas, purificar la

sangre, hacer recobrar las fuerzas, ¿qué no podrá hacer una fuente de saludables y buenos pensamientos, de sentimientos animadores, como puede haberla en el corazón de un niño bueno y tranquilo, de ánimo a un tiempo alegre y entusiasta, alegre con esa alegría bienhechora que brota de fuente, ahuyenta la tristeza y consuela la desgracia?

¡Fuentecillas de los bosques y de las colinas, hijas alegres de las montañas severas, enseñadnos vuestras virtudes, comunicadnos vuestra frescura, infundidnos vuestra salubridad; en el lenguaje discreto que usáis cuando murmurais entre los juncos, decidnos vuestro secreto!

Las fuentes son sitios adonde todos acuden. En el bosque lejano y solitario en que, frecuentemente, durante una marcha muy larga, no habéis encontrado ningún arroyo, si tropezais con una fuente, sentaos silenciosos a su orilla. Veréis cosas muy interesantes. A cada instante, de aquí y de allá, veréis venir animales, sobre todo si es a las horas en que van a buscar su alimento, como ocurre por la mañana temprano o al atardecer. Si el bosque es grande, veréis que acuden animales de diferentes clases. Con gran precaución el corzo pasará la cabeza por entre las ramas, y, si cree que no corre ningún riesgo, vendrá a beber y se marchará luego. Veréis ardillas que saltan de un árbol a otro, que bajan y se acercan. Las grandes palomas torcaces, siempre sedientas, las tórtolas, multitud de aves de todos tamaños, se posarán en las

copas de los árboles próximos. Y cuando se hayan cerciorado de que ningún cazador se ha escondido para darlas muerte, allí donde vienen a buscar la vida con un vuelo final se posarán cerca de la fuente.

¡Qué lugar de cita, qué centro de atracción! Es que todos necesitan beber, animales grandes y pequeños, aves malvadas de rapiña y palomas inocentes. Por todos los senderos del bosque, por todos los caminos del aire, acuden a comulgar juntos en la misma copa. En los grandes desiertos africanos, si una fuente brota en algún sitio, da lugar a un oasis. Por ella fecundado, el suelo de alrededor produce árboles y frutos, las caravanas se detienen allí, y hombres de comarcas alejadas unas de otras traban conocimiento al hacer un alto.

En las ciudades del antiguo Oriente se veía que, a ciertas horas, todas las mujeres salían a buscar agua a la fuente. Los hombres acudían a ellas para oír las nuevas del día. Y en todas partes, en la aldea como en las poblaciones, en cuanto murmura el chorro límpido de la fuente, no hay necesidad de esperar mucho para ver acudir la gente.

Sed buenos y útiles como las fuentes, y vuestros semejantes acudirán a vosotros, y por vuestra mediación se acercarán unos a otros. La maldad divide, la bondad une. Todos los animales, buenos y malos, necesitan un poco de agua fresca y pura. Todos los hombres, malvados y virtuosos, ansían un poco de bondad, un poco de amor.

Las fuentes desconocen el bien que hacen. No pueden regocijarse de haber calmado la sed del pasajero, curado al enfermo. No oyen el canto que el ave entona bajo las ramas para dar las gracias. Vosotros, niños, sois de otra manera. Si vuestros corazones son fuente de paz, de cariño, de compasión, podéis gozar de la dicha que habéis proporcionado a los demás. Si por vosotros se han unido los que antes se separaron, si los enemigos se han reconciliado, sentiréis íntima satisfacción.

Hay fuentes envenenadas. Su agua, que fué salu-
tífera, ha sido mancillada por una mano criminal.
¡Desgraciado del que ahora la beba! Encontraréis a
veces hombres que fueron buenos en otro tiempo, de
trato amable. Han sido maltratados, atormentados;
su carácter se agrió y se tornó malo. Ahora hacen
daño a los que se les acercan. Se huye de ellos y en
ocasiones se les odia. Y, no obstante, son todavía
más desgraciados que malos. ¡Envenenar una fuen-
te, qué crimen! Y ¡qué crimen mayor envenenar un
alma, fuente de vida, y transformarla en semillero de
muerte!

Ejércitos enemigos.

Todos los países temen las invasiones. Para prevenirlas y alejarlas mantenemos ejércitos dispuestos a defender el territorio, levantamos fortalezas, armamos flotas de guerra. Los pueblos vecinos hacen otro tanto, y las naciones cuya historia se nos refiere han tomado en todo tiempo iguales precauciones. Es muy prudente. Una vez que los ejércitos enemigos han invadido el suelo patrio, los ciudadanos no son ya dueños en él. La fuerza está en manos de los extranjeros y la emplean en imponer su voluntad, y a veces llegan a concluir con la existencia de la nación vencida.

Quiero hablaros hoy de ejércitos enemigos que no amenazan solamente una frontera y un pueblo, sino todas las fronteras y todos los pueblos. Siempre han existido; siempre existirán. Cuando los hombres, conocedores al fin de sus verdaderos intereses, hayan renunciado a matarse unos a otros en los campos de

batalla, los ejércitos de que hablo no serán licenciados ni disueltos, y continuarán inquietando al universo entero.

Con ellos no puede concertarse ningún tratado de paz. Esos ejércitos son tanto más terribles, cuanto que a la vez se hallan ser innumerables e invisibles. Su marcha es lenta, pero de una regularidad absoluta. Su poder destructor es terrible, sin que por esto se oigan detonaciones ni lamentos. Propagan la muerte en silencio. No obstante, a pesar de su fuerza invasora, podemos resistirlos. Y aun la necesidad de estar alerta, de mantenernos preparados, de adoptar en todo momento precauciones, no es ventajosa. Así, luchando contra esas fuerzas enemigas, adquirimos varias cualidades de primer orden.

Como la batalla que la Humanidad debe dar a estos ejércitos enemigos prosigue sin cesar, y mucho antes de tener edad de ser soldados, todos, hombres, mujeres, niños y viejos, toman parte en ella, nunca será anticipado el momento de hablar a todos del particular, porque a todos importa, sin excepción. Si algunos, por graves razones, están exentos del servicio militar, aquí no se concede exención a nadie. En cuanto podemos tenernos de pie hemos de entrar en la pelea y hemos de saber defendernos.

Pero, ¿qué ejércitos enemigos son esos? Ha llegado el momento de descubrirlos, de nombrarlos, de señalarlos con el dedo y decirlos: «¡Tened cuidado, he ahí el enemigo!» Esos ejércitos son los del polvo, la car-

coma y todo lo que se les parece en el mundo material y en el espiritual.

Sí; entre los grandes poderes mundiales esté el polvo. Las legiones romanas, los ejércitos franceses y alemanes, las flotas británicas, todos los ejércitos de tierra y de mar, representan un poder menos formidable que el señor polvo. Su túnica gris encubre un conquistador mucho más terrible que el gran Napoleón con su capote gris y su pequeño sombrero.

Observemos su manera de proceder y la extensión de su imperio. Nada está al abrigo del polvo. Las ciudades y las campiñas, las calles y las casas, los muebles y los cajones le pagan tributo. En todas partes domina. Se introduce tanto en la alcoba de las reinas como en el gallinero en cuyos palos duermen las gallinas. Ningún carpintero puede hacer una puerta por la que no pase el polvo. Por los intersticios más pequeños se introduce hasta en los cofrecillos donde se guardan las alhajas. Para él, el agujero de una cerradura es puerta cochera, y la ranura que separa dos tablas, *Avenida de los Campos Elíseos* por la que pasa en coche con todo su cortejo. En cuanto se edifica una casa el polvo entra en ella como primer inquilino. Y cuando las casas son ya tan viejas que nadie quiere habitarlas, el polvo las ocupa aún.

Como en esos átomos pequeñísimos hay elementos de todas partes; como todo al gastarse, piedra, madera, papel, tela, hasta nuestra misma piel, produce polvo; como puede contener los gérmenes de

muchas enfermedades, y como, en cualquier caso, estorba y lo afea todo, hay que luchar contra el polvo. Todos sabemos algo acerca del particular.

¿Qué cubre vuestros sombreros y vuestros vestidos si no los limpiáis con cuidado? — El polvo.

¿Qué se encuentra debajo de las sillas, de las esteras, de las cómodas por las que no se pasa un paño y en los sitios donde no se barre? — Polvo.

En los libros abandonados, ¿qué cogen los dedos al tocarlos? — Polvo.

En los armarios, cuyo contenido no se revisa frecuentemente, en las fuentes y los platos que no se limpian a menudo, en los vasos que hace tiempo están tras los cristales del repostero, ¿qué descubris? — Polvo.

Salís limpios por la mañana y volvéis por la noche cubiertos de polvo. Tomáis el tren, bien relimpios, y os bajáis negros del polvo y del humo. El polvo no quiere que le olvidemos. Por todos los medios se nos aparece, recordándonos su existencia, aun cuando para ello tenga que introducirsenos en los ojos. ¡Desgraciado del que no le combate! Lentamente le entierra.

Ved las armas que le oponemos. ¿Contra quién las terribles escobas que enarbolan los ejércitos de barrenderos? — Contra el polvo.

¿A quién se acomete con todos esos plumeros, zorros, cepillos y máquinas de limpiar? — Al polvo.

«¡Guerra al polvo!», dice la buena ama de casa, el

comerciante que tiene su tienda como es debido, el maestro que cuida su clase, la criada que tiene limpia la cocina, el soldado que cuida el uniforme.

Y de igual modo el que tiene una máquina que cuidar dice: «¡Guerra a la carcoma, hermana del polvo!» Porque la carcoma, de manto rojo, verde o negro, según los momentos, se apodera de todos los metales. En cuanto no se les frota, pierden el brillo y la carcoma les ataca. Los maquinistas, los fogoneros, los bomberos, los artilleros, todo el que tiene un cuchillo, un fusil, un coche, una bicicleta, ha de tener incesante cuidado. ¡Cuánto tiempo hay que emplear frotando, limpiando, bruñendo el cobre, los agarradores de las puertas, los arneses, las cacerolas, los sables!

Pero no es tiempo perdido. Ciertamente, sería más cómodo hacerlo de una vez para siempre. ¡Cuánto más grato fuera no tener que cepillarse más que una vez en la vida, barrer la habitación para no tenerlo que hacer más, encerar los suelos, pulir las armas y decir que ya no tendremos que preocuparnos de estas cosas en toda la vida! Pero es imposible. Bien lo sabéis; nadie puede cepillarse ni lavarse de una manera definitiva. Cuando venís a clase, de nada os sirve haberos lavado la cara y las manos el primero de año. Si no habéis repetido la operación todos los días y, si llega el caso, varias veces al día, no habéis hecho nada. Tendréis la cara sucia y las manos pegajosas.

¿Diremos que es fastidiosa esta obligación de luchar contra el polvo y la carcoma? ¿No nos lavaremos tampoco porque no es posible hacerlo de una vez para siempre? ¿Dejaremos nuestra vajilla, nuestras casas, nuestros caminos, nuestros armarios libres al enemigo, porque éste, sin cesar rechazado, vuelve a la carga? No. Precisamente esta obstinación nos es útil y saludable, nos obliga a estar vigilantes y desarrolla nuestras energías.

En la lucha contra el polvo y la carcoma adquieren los que combaten condiciones preciosas. El orden, la puntualidad, la habilidad, la limpieza son hijas de ella. ¡Sin ella acabaríamos por dormir en una existencia demasiado libre y exenta de cuidados!

Polvo y carcoma, esas pestes terribles y que tantas veces se maldicen, se transforman en medios educadores del género humano. Son cosas malas que acaban por volverse buenas a fuerza de buen deseo, de actividad, de perseverancia. ¡Qué lección nos dan! Y esa lección no se cuenta sólo en el mundo material, en que hacen estragos polvo y carcoma, sino en el mundo espiritual, que también tiene sus carcomas, sus óxidos roedores, sus polvos de muerte. Hablaremos de ellos inmediatamente.

¡Tened cuidado!

Luego, como os hemos anunciado, transportaremos hoy a lo espiritual nuestras enseñanzas sobre los ejércitos enemigos del polvo, carcoma y óxidos de toda especie.

Transportar es un término musical. Se transporta de un tono a otro. Las enseñanzas y las verdades pueden también transportarse, y así se hace constantemente. Sin saberlo realizáis esta operación siempre que empleáis una imagen material para expresar algo intelectual. Cuando decís de alguien que desvaría: «Ha perdido el seso», transportáis también. Y ¿por qué? Figurémonos que decís: «Ha perdido el seso». Queréis decir que ha perdido el espíritu, el juicio, el buen sentido. Pero, ¿por qué decís seso? Porque está dentro de la cabeza. Pero, ¿cabeza o seso, el hombre o el niño de quien habláis, los ha perdido real y materialmente? Seguro que no, puesto que no está decapitado. La cabeza la tiene en su sitio. Pero habéis

transportado. Cabeza o seso, cosa material, os han servido para designar el juicio, la razón, cosas espirituales.

Los hechos materiales corresponden frecuentemente a otros espirituales. De un individuo a quien han engañado decís: «Ha caído en un lazo». Sin embargo, no había ratonera, ni cepo, ni red tendida, ni el individuo ha caído. Pero se ha visto rodeado, engañado, inducido a error, víctima de la astucia, como el ratón cae preso en la ratonera.

Todos los días oiréis decir: «Se le ha *agriado* el genio». ¿Qué significan estas palabras? ¿Es el genio del hombre un líquido como la leche, el caldo, el vino, que puede volverse agrio? No; en absoluto. Pero del mismo modo que la leche, el caldo y el vino, atacados por los fermentos, se descomponen y toman mal sabor, el genio que fué afable, encantador, suave en el trato, puede, influido por determinadas circunstancias, cambiar, hacerse desagradable, molesto, muy semejante, en una palabra, al vinagre que os crispa la boca.

Por lo que concierne a la carcoma y al polvo, nadie pensará que el polvo más fino pueda penetrar hasta el cerebro o el corazón del hombre, ni que su energía pueda oxidarse o su humor ser comido por el orín. Pero ocurren en el espíritu de los hombres cosas que recuerdan tanto el daño causado por la mugre, el cardenillo y otras funestas oxidaciones que oís decir comúnmente: *Su espíritu está completamente embota-*

do. ¿Qué quiere decir esto y cómo ocurre? Quiere decir que una inteligencia que antes funcionaba bien, ya no funciona. El niño que la poseía la ha descuidado, como el mecánico negligente deja de atender su máquina. Sin esfuerzo, sin aplicación, falta de ejercicio regular, esa inteligencia, antes pronta y firme, es ahora lenta. Buenos conocimientos logrados, pero no mantenidos, se disiparon. Están en la memoria como objetos abandonados en la trastera, donde acaban por cubrirse de polvo y de telas de araña. Para describir el estado intelectual de un individuo semejante, se le compara a un reloj que la oxidación ha echado a perder, a una espada o a un cuchillo que ya no cortan porque el orín los ha carcomido. Seguramente que ninguno de vosotros querría que le ocurriese nada semejante. Y no más que querríais ser comparados a un cacharro roto, os agradecería que os comparara al instrumento inútil que, carcomido, ha de venderse como hierro viejo. Si así es, tenéis razón. ¡Pero entonces cuidado! Cualquiera olvido os expone a la invasión de los ejércitos enemigos. Hay que tener nuestro espíritu sano, como la buena ama de casa tiene sus muebles, sus cacerolas, los pisos limpios; como el buen soldado su uniforme.

Las malas costumbres son a manera de lenta ocupación de nuestra persona por potencias enemigas. Al principio no parece atendible esa ocupación, y hasta creemos que hemos de desecharla cuando nos plazca. Si quisiéramos nos sacudiríamos, y esos pe-

queños principios de hábitos, todavía poco arraigados, caerían como caen los copos de nieve cuando sacudimos la capa en que nos llovieron. Pero sabéis bien lo que ocurre cuando la nieve cae mucho tiempo. Cubre todo con su blanco manto, entierra los caminos, tapa los surcos y hasta cubre a los caminantes a quienes el sueño ha sorprendido en el camino. Al final, la capa es tan espesa que ya no pueden desenterrarse.

¿Dónde paran las buenas facultades de tantas gentes? ¿Lo que prometía su infancia? Enterradas vivas bajo los hábitos funestos que poco a poco han invadido y recubierto todo. ¡Cuidado! El que no está vigilante pierde su libertad de acción; se aniquila aun antes de que haya podido pedir auxilio.

Sabéis a qué se llama un abuso. Es una irregularidad, una infracción del orden, el empleo malo de una cosa buena. Abuso es no colocar de nuevo un libro en el estante de donde os han permitido cogerlo; lo es servirse de los útiles de los compañeros y devolverlos sin limpiar; aceptar una pluma, papel, una moneda de cinco céntimos, y no devolver estos objetos. Al principio los abusos son pequeños, se contentan con poco y ocupan poco lugar. ¡Cuidado! En cuanto se han introducido, se tornan arrogantes, desvergonzados y no quieren desalojar. Son mugre, grasa, de que no podemos desembarazarnos. Dadles la punta de un dedo y se apoderarán de todo el cuerpo. Constantemente tendemos a menospreciar esos

abusos imperceptibles que parecen, como inocentes pajarillos, no reclamar más que las migajas que caen de la mesa. Pero, si les dais las migajas, crecen y con ellos crece su apetito. Al final observaréis, ya demasiado tarde, que habéis alimentado buitres que devoran toda la comida y además a los convidados. Resistamos a los abusos. Cuando se instala en una casa, en un comercio, en una escuela, en una oficina, es como cuando los gusanos se introducen en la madera, la carcoma en la cala de los navíos, la langosta en los campos.

La vida es lucha perpetua contra los abusos, los malos hábitos, el abandono, la rutina, el descuido. A algunos no les agrada la lucha; pero no es posible cambiar las cosas. Siempre tendremos que cuidar de nuestro carácter, de nuestro espíritu y de nuestra conducta, para mantenerlos en buen estado, limpios y dispuestos, como siempre habrá que frotar, bruñir, cepillar, encerar, quitar el polvo. Pero esos mismos cuidados y esa misma lucha nos harán adquirir cualidades excelentes, saludables energías. Los ejércitos enemigos, al obligarnos a vivir siempre alerta, nos prestan un gran servicio. No nos quejemos. Lo esencial es lograr ventajas. Si para ello hemos de ser estimulados, impulsados y aun a veces empujados, sacudidos, aguijoneados, digamos: «Bueno es todo lo que en bien acaba».

Las gallinas blancas del carbonero.

No basta que una cosa sea linda o buena de por sí. Si no se tiene cuidado de colocarla en lugar conveniente, pierde su encanto y sus excelencias. Hay en todo un gran arte, que demasiado pocos conocen y que consiste en hacer valer hombres y cosas por el modo como las distribuimos.

Amontonad confusamente las flores más bonitas, atadlas en ramos reunidos a la ventura, y a nadie le parecerán lindas. A lo sumo habrá quien padezca al ver que de su belleza se ha sacado tan poco partido, que sus corolas delicadas se han magullado tan bárbaramente. Pero que una florista que sepa hacerlo, o cualquiera que tenga afición a las flores y sepa arreglarlas, os haga un ramo, sacando las más lindas del montón en que se marchitan sus encantos y os admirará. Toda la habitación la llenará su hermosura.

Un carbonero de una gran ciudad sintió un día la curiosidad de ir a visitar la montaña de donde le ve-

nía la leña y el carbón. Al hacerlo, obraba como persona inteligente. Nada más tonto que manejar a diario productos cuyo origen se desconoce, como también quién nos los proporciona. ¡Cuántos vendedores de pescado no han visto nunca un barco de pescal ¡Cuántos vinateros ignoran todo lo que se refiere a la vida!

¡Bravo, carbonero; aprobamos que hayáis decidido esa excursión al monte!

Púsose un traje de pana, cuello muy limpio, corbata encarnada, y el tren jadeante le llevó durante toda la noche hacia las montañas de la Saboya. Vió montes y leñadores, vió preparar las pilas en que la leña, amontonada con arte y sometida a lenta combustión, se transforma en carbón de buena calidad.

Bebió el agua de las fuentes, comió madroños y fresas silvestres, oyó cantar al cuco y renovó su sangre aspirando ansioso el aire puro. Un día un campesino alegre le convidó a almorzar. Hecha la oferta con buen ánimo, fué aceptada de igual suerte. Después de la comida le invitó a ver la casa, el corral y la huerta. El campesino era un buen labrador, cuya casa rebosaba vida. Cinco niños habitaban su tranquila y espaciosa morada. La huerta le daba frutos y legumbres. Las cerezas llegaban al alcance de la boca en las ramas más bajas de los cerezos. Por el corral andaban conejos, en los tejados había palomas. Pero todos, palomas, conejos y gallinas, eran blancos. ¿Habría tomado el leñador la afición a este

color de contemplar las altas cimas cubiertas de nieves eternas? Lo cierto es que no había un animalito negro en su casa y que el color blanco cuadraba admirablemente con el medio.

El carbonero estaba maravillado. En general, no se sabe el motivo, pero los carboneros tienen afición a las aves. Casi siempre entre los montones de leña de delante de su tienda canta un tordo, salta una marica, arrulla una tórtola. Muchas veces tienen gallinas, aun en las grandes ciudades, si la calle en que habitan no es muy pasajera. En resumen, las gallinas le hipnotizaban aquel día al carbonero. ¿Era que las atraía su corbata encarnada, recordándolas la cresta roja del gallo?; no lo sé; pero se le acercaban, confiadas, comían en su mano, y hasta, ¡cosa rara en las gallinas!, se dejaban acariciar. El campesino, viendo a su huésped encantado con los animalitos, le ofreció dos.

«Os las pagaré como queráis», dijo el carbonero. «Aceptadlas como recuerdo», le fué respondido.

Al día siguiente, con sus gallinas metidas en un cesto, el carbonero regresó a la ciudad, la mente llena de recuerdos, el corazón lleno de esperanzas.

La carbonera y los carboneritos acogieron con entusiasmo las lindas gallinas. Jamás las habían visto más bonitas. Las patas amarillas, las crestas rojas, las plumas de inmaculada blancura. Los transeuntes se paraban delante de la tienda y el barrio entero acudió a admirarlas, comparando hiperbólicamente

su color. Cien bocas decían que eran blancas como la nieve. Se las decía, casi en los términos de que se sirve en algún sitio el gran Shakespeare, «blancas y finas como el plumaje de las palomas, como el marfil, como la nieve matutina que el Septentrión ha tamizado diez veces».

Mientras tanto, el carbonero cantaba, y muy cerca de las gallinas de níveo manto cribaba su carbón de encina. Los carbonerillos cogían las lindas aves con sus negras manos y las arrimaban a sus negrísimos delantales. Cuidadosas de su tocado, en vano las gallinas dedicaban considerable tiempo a limpiarse con el pico, peinándose las plumas el día entero; poco a poco perdieron su brillo.

Sobrevino una niebla muy prolongada, que durante una serie de días arrastró por la ciudad los jirones de sus brumas, humedeciendo cuanto tocaba. Las plumas blancas se tornaron grises. Huellas de dedos y de sudor, manchas oscuras de todo género, todo esto sustituyó a la anterior blancura. Y las gallinas se miraban tristemente, mientras el carbonero decía a su mujer: «O tengo carbón en los ojos o mis gallinas lo tienen en las plumas».

Los transeuntes seguían parándose delante de la tienda, pero ya no decían lo mismo que antes. Unos hablaban con pena de la suciedad de las pobres gallinas. Otros se burlaban. Algunos llegaron a decir: «¡Qué animales tan sucios; necesitarían un buen fregado!» Otros se encaraban con el carbonero y su mu-

jer, y les decían: «¿Vale la pena mantener animales para tenerlos tan sucios?»

Llegó a ser origen de fastidio y malhumor la presencia de las inocentes aves. Echarlas a la cazuela un día de fiesta hubiera sido un medio breve para que cesaran todas las habladurías. Pero, ¿quién de nosotros podría aprobarlo? ¿Es posible comer animalitos a los que se tiene cariño? El carbonero tenía buen corazón. Coger las gallinas que tan confiadas se le acercaban, que eran buenas, a pesar de su sucio plumaje, cortarlas bárbaramente el pescuezo... hubiera sido cometer un crimen. Y ¿qué habrían dicho la mujer y los hijos?

¿Qué hacer entonces? El carbonero comprendió que había cometido una falta, sin pensar en ello, el día en que arrancó a sus blancas gallinas del medio en que nacieron, para traerlas a su tienda, obscura como la noche. Cuervos, mirlos, gallinas de pluma negra, bueno estaba, pero gallinas blancas no venían bien, en absoluto. Tanto valía meter cisnes en un estanque de tinta china, bueyes en un tocador color de rosa, un elefante en la barquilla de un globo.

Un vecino a quien el carbonero refirió sus penas, se le ofreció para llevar las gallinas a Normandía, a una hermosa granja donde tenía otras muchas. Y así se hizo. Puedo daros noticia de ellas, porque acabo de verlas en casa del Sr. Madeleine, el individuo que en Francia sabe cuidar mejor las gallinas. Han mu-

dado la pluma en otoño, y de nuevo están lindas, pimpantes y alegres.

No olvidemos este sucedido. Jamas pongamos juntas cosas que puedan dañarse mutuamente. No aspiremos por nuestra parte, á figurar en donde no debamos, en un medio que no sea el nuestro. Hay aldeana fresca y graciosa en su aldea, que, transportada a la ciudad, no sólo se afea cambiando su cofia ligera por el sombrero de moda, sino que pierde los sonrosados colores de sus mejillas encerrada en un cuarto, su buen humor y la sencillez de su carácter en el trato con las gentes ciudadanas.

Sepamos también que no podemos tener una posición y proporcionarnos goces incompatibles con lo que nos corresponde. Si sois navegante, no podréis gozar de lo que disfruta el que vive tierra adentro. Y si sois labrador en el llano, habréis de renunciar al cultivo de plantas que sólo se logran a cierta altura. Pongamos juntas las cosas que concuerdan, y tendrá éxito lo que emprendamos, serán prósperos nuestros ensayos.

Noel Luls, mandadero.

En cuanto alguna aldea crece un tanto, se ve aparecer en ella un mandadero. Las ciudades, grandes y pequeñas, no podrían prescindir de sus servicios. Pero, aun cuando todos los niños hayan conocido a algún mandadero, imposible les sería definir las labores de este útil trabajador.

Designándole con las palabras latinas: *Fac totum*, el que todo lo hace, se marcaría claramente lo ilimitadas que son las tareas que pueden confiársele. Provisto de su chapa y en la cabeza la gorra de piel, se está al pie de una farola o apoyado en un árbol, del que cuelga su insignia. Cuando está en funciones, la descuelga. A veces añade un cartelito que dice: «El mandadero está en la tabernà». Si está cansado, se sienta en su caja, al lado de la que descansa su cuerda. Horas enteras se le ve allí, sentado o de pie, esperando trabajo, y dispuesto, a la primer señal, a

partir en cualquier dirección, a cumplir cualquier cometido.

He aquí que llegan viajeros del ferrocarril. Sus vestidos están sucios de polvo; sus zapatos muestran las huellas del terreno que pisaron la víspera. El mandadero no espera más que una señal suya para darles una cepillada general. Les limpia el calzado con esmero. De rodillas delante de su parroquiano, que tiene el pie puesto sobre la caja, el mandadero está como un adorador celoso que sirve a su Dios con actos y no con palabras. No se levanta sino cuando los zapatos resplandecen como espejos. Y cuando el cepillo ha pasado por todo, llega su turno al sombrero. Hecho esto, habiendo cumplido su deber honradamente, si no le dais una buena propina, no os mirará con buenos ojos. Tanta diligencia y buena voluntad merecen todo vuestro agradecimiento y un apretón de manos al despediros.

Cuando los estudiantes de las grandes ciudades se mudan de casa, acuden al mandadero. Pronto trasladada de una casa a otra la cama de hierro, la silla, la mesa y los escasos libros.

Llevará a la estación una maleta y sacos de viaje, y hasta os servirá para repartir cartas si queréis.

Pero si habéis de sacar a paseo niños o perros, si necesitáis que se tenga cuidado de vuestro coche, que se lleve un caballo a herrar o un mueble estropeado a componer, desempeñará todos esos encargos con la misma exactitud.

He visto mandaderos que conducían personas ciegas o enfermas, que limpiaban los escritorios cuando no estaba el mozo encargado, que cuidaban de unos niños mientras venía su madre, que repentinamente había tenido que dejarlos.

El mandadero tiene casi siempre excelente carácter. La multiplicidad de las funciones que realiza agudiza su inteligencia y aumenta su habilidad. Es fino, previsor, despejado y afable. A todas estas buenas cualidades añade la honradez, lo cual para nada estorba. De él puede tomarse ejemplo en varios respectos si se desea no quedar mal en puesto alguno adonde nos llame el deber, vario y muchas veces imprevisto.

He visto, sin embargo, el otro día una muestra de mandadero que me ha hecho pensar mucho. He aquí todo lo que decía: *Noel Luis, mandadero. Se encarga de escribir cartas particulares.* — Veamos, jóvenes estudiantes. ¿a quién podría dirigirse semejante ofrecimiento?—Supongo sería a los que no saben escribir. Si eso se lee en una plaza pública, significa, por tanto, que por ella pasan gentes que no saben escribir. Seguramente puede uno ser viejo y temblarle la mano, o puede no ver ya lo suficiente para escribir. En este caso, si no se dispone de otra persona que sirva para el caso, el mandadero es el indicado. Si se ofrece, es que sabe escribir. Noel Luis ha ido a la escuela, ha aprendido a escribir y quizá a redactar. Se encarga, luego quiere decirse que se cree

capaz. Expresará bien vuestros pensamientos, y el el que reciba la carta la leerá sin trabajo. Noel Luis puede estar justamente orgulloso de su aptitud para escribir cartas. Pero lo que me choca grandemente es que ciudadanos o ciudadanas de esta hermosa nación francesa hayan de recurrir a él para escribir sus cartas. Quizá obedece, y no puede ser otra cosa, a que no saben escribir. Y como en la escuela se aprende a hacerlo, querría obligaros a tener cuidado, a fin de no veros nunca en tan grave aprieto.

Es muy humillante, muy molesto y peligroso necesitar de otra persona, aun del más honrado mandadero, para escribir las cartas particulares. ¿Qué ponemos en ellas? Nuestros sentimientos íntimos, nuestros personales asuntos, nuestros secretos quizá. Ir a contar todo eso a un desconocido, aun cuando tenga una placa de metal, es cosa fastidiosa. No os pongáis a ello. Tomaos el trabajo de aprender a escribir para poder hacerlo sin ayuda de nadie.

Y he aquí que Noel Luis me hace pensar en varias cosas. Me hace pensar en los que encargan a otros que les hagan su trabajo, en vez de hacerlo ellos.

Muchas personas mayores, y hasta muchos niños, tienen esta mala costumbre. Obligan a otros a trabajar por ellos, a cumplir lo que es deber suyo; envían a otros a que por ellos se rompan la cabeza. Vé, es su última palabra

Hay un deber patriótico que satisfacer allá lejos,

muy honroso, pero arriesgado. «Vecino, si tú fueras, la patria te lo agradecería».

Hay que dar cima a un trabajo, trabajo penoso, pues no es cosa suya. Si otro lo toma a su cargo, ellos se verán libres; buscan, pues, a ese otro, y muchas veces le encuentran. El mundo está lleno de personas complacientes que no piden otra cosa que sacrificarse. Tomándolo con empeño, se consigue que nos sirvan. Hacen el trabajo de todos, y, una vez que se ha acabado lo difícil, los pillos que les han enviado se atribuyen todo el mérito.

Pero he aquí otro aspecto de la cuestión, al que necesariamente habéis de atender. Noel Luis es el tipo del hombre de confianza. Le encargamos de nuestros intereses y de nuestros asuntos, y hasta de escribir nuestras cartas particulares. Es decir, que le hacemos cargo de todo y descansamos absolutamente en él — ¿Qué mal hay en ello? ¿Qué inconveniente? — Todos.

Sí; hay los mayores inconvenientes de no ocuparse personalmente de sus asuntos, en tanto sea posible hacerlo. El hombre debe sentir y cumplir él mismo sus deberes. Hay cosas que no tienen valor si no las hace uno.

¿Puede otro respirar por vosotros, comer o dormir, aprender vuestras lecciones? ¿Puede otro preparar por vosotros un examen? Y si os duelen las muelas, ¿puede otro ir al dentista y que se las saquen en vuestro lugar? No. He aquí, pues, una razón para hacer en

persona lo que nos compete, aun cuando los que se ofrecieran a sustituirnos fueran absolutamente buenos.

Pero hay otra. De tanto confiar en los demás acabamos por volvernos inútiles. A la larga, dependemos del que nos sustituye. Después de haberlo hecho honradamente, puede llegar a engañarnos, a suplantarnos. ¡Desgraciados de los individuos y de los pueblos que duermen y dejan que por ellos velen personas de su confianza!

Un país vive libremente. Los ciudadanos se ocupan personalmente de sus asuntos. Velan, vigilan, se interesan por la república. Pero he aquí que se cansan y juzgan penoso el cuidado de la hacienda, del ejército, de la justicia, de las obras públicas, de la educación de la juventud. Son cosas que ocupan tiempo, que significan trabajo, que ocasionan gastos, estudios, discusiones. El pueblo se cansa de gobernarse y de cuidar de sus asuntos. Llega un individuo que hace exactamente lo que Noel Luis, y ofrece encargarse de todas las comisiones de la nación. Y la nación le confía todo. Al principio las cosas van bien. ¡Siempre que dure! Pero nunca dura mucho. Noel Luis, el mandadero general del pueblo, llega a ser cónsul, emperador, autócrata, y al cabo de algún tiempo viene la servidumbre del pueblo.

Conclusión. En tanto se pueda, ha de hacer uno mismo lo que le toca hacer, sobre todo escribir sus cartas.

Atornillados y desatornillados.

Esta historia de encargos y mandaderos me hace pensar en otro orden de ideas, de que quiero hablaros.

El título del presente capítulo se debe a una vieja amiga, una de esas abuelas alegres que son un tesoro para los que las conocen. Se la llamaba simplemente Memé. La rodeaban muchos niños pequeños, y, como los niños tienen generalmente compañeros, veía correr y vivir junto a ella criaturas rubias, morenas y pelirrojas, de todos los genios.

Memé se había dedicado a observarlas, porque quería a todos los niños. Pero estaban lejos de parecerse unos a otros. Había un punto, sobre todo, en el que eran distintos: en la prontitud con que prestaban un servicio que se les pidiera. Habiéndolos estudiado mucho tiempo en este interesantísimo respecto, acabó por dividirlos en dos clases: los *atornillados* y los *desatornillados*. Vais a ver a qué respon-

den estas denominaciones que parecen motes, y pienso que la descripción de estas dos clases, de estos dos tipos de niños, influira mucho en vuestra buena conducta.

Atornillada, una tabla pudo estarlo y eso la hace sostenerse mucho mejor que si estuviera clavada. Él que inventó los tornillos era un buen obrero, hizo el clavo fijo, y tan bien metido en la madera o en el hierro que hay que arrancarlo todo para sacarle, a menos de que no se opere ayudándose de un destornillador.

No obstante, dudo mucho que el que inventó los tornillos haya pensado un solo instante en servirse de ellos para atornillar gente. Clavar las manos contra un árbol con unos cuantos martillazos, debe hacer un daño horrible. ¡Bien lo experimentaron los pobres crucificados de otros tiempos! Pero me parece que debe hacer mucho más daño todavía que le afornillan a uno que no que le claven. Porque el martirio es lento. A cada vuelta de tornillo deberá el paciente lanzar un grito.

Tranquilizaos, sin embargo. En vano buscáis en los atornillados de que os hablo la más ligera huella de clavo o tornillo, o la más pequeña herida; no la encontraréis.

Se les llama atornillados porque obran como si lo estuvieran. De un muchacho poco fino habréis podido oír decir que lleva el sombrero atornillado en la cabeza. ¿Lo lleva realmente? No, con seguridad. Pero

no saluda a nadie, siempre y en todas partes permanece cubierto, y por eso se dice maliciosamente que lleva el sombrero sujeto a tornillo. No están más atornillados en realidad los niños a quienes se da este nombre que los sombreros. Pero como no se molestan cuando se les llama o alguien les necesita, parece que están sujetos con tornillos.

Alejandro va sentado en el pescante y guía sus caballos tranquilamente. De pronto, *Bayardo*, el caballo de la derecha, tropieza y cae. Acuden los que pasan a prestar ayuda, porque el caballo se ha enredado en las guarniciones y también entre las patas de su compañero. Todos acuden solícitos, y hacen lo que pueden para levantar al animal. Por su parte, Alejandro, majestuoso, no se mueve del pescante ni suelta las riendas. De repente, uno de los que contemplan la escena le dice: «Eh, tú, que pareces clavado en el pescante, ¿no te resuelves a bajar a ayudarnos?»

La familia está sentada a la mesa. Cuando van a servirse, notan que falta una cuchara. Lolita se ha levantado ya una vez para traer el sacacorchos. Ahora le corresponde a Luciano. Pero no se levanta, y Lolita prefiere hacerlo de nuevo. Es que Lolita está desatornillada y Luciano atornillado.

Gustan los que así son de tropezar con personas serviciales. ¿Hay algo más cómodo, cuando no quiere uno molestar, que verse rodeado de gentes que muevan para servirnos? Por eso los atornillados

llegan a pensar que los que no son de su clase han venido al mundo para que ellos vivan con más tranquilidad. A veces ni siquiera les dan las gracias. Cuando se trata de decir una palabra amable a los compañeros complacientes que lo han hecho todo para servirles, diríase que tienen las mandíbulas atornilladas.

¡Qué tontos son los que así obran! Repartidos en todas las clases sociales, en la civil y en la militar, entre el clero y los seglares, todos se parecen. Perfectos bajáes, llevan impresa en el rostro la tranquilidad que distingue al que por nada se conmueve. Están acostados, tocan a rebato, pasan los bomberos y toda la ciudad se pone en movimiento. Pero si no se les quema el colchón de la cama, no se dan por entendidos.

Si el que así es por naturaleza está empleado en una oficina, jamás tiene prisa. Llamareis al ventanillo que ocupa una, dos veces. El señor lee el periódico, y no os responderá hasta que haya terminado su lectura.

Si es comerciante, permanecerá muy tranquilo enfrente del parroquiano, que le censura su tardanza o la falta de cuidado en la entrega de lo pedido. Todo le es lo mismo, excepto su tranquilidad.

Muy distinto es el temperamento de los serviciales.

Siempre están vigilantes. En cuanto se acude a su buen deseo, responden: «¡Aquí estoy!» No andan, co-

ren, vuelan. Diríase que, al pedirles un favor, les hacéis algo que agradecen. No esperéis que aguarden a que se les ruegue; adivinan y se anticipan a vuestros deseos. No ahorran esfuerzo. Con tal de que alguien salga ganancioso, su recompensa es perfecta. Ayudar, que les estén agradecidos, es su placer. La ingratitud no les desalienta. Hoy les devolvéis mal por el bien que ayer os hicieron; pero mañana les ocurrirá lo mismo con otros. Siempre están bien dispuestos, y no pueden menos de manifestarlo así.

En familia, nada tan agradable como las personas de esta condición. Es un placer verles moverse, correr, volver pronto. «Papá, ¿me necesitas?» «Mamá, ¿en qué puedo servirte?» Cuando entráis en casa cansado, los hermanos mayores os cogen de la mano lo que traéis, los pequeños os buscan las zapatillas y la hermana saca la sopa a la mesa. Si estáis enfermos, andan de puntillas, os hacen caricias y os traen flores. Si está próximo vuestro santo, conspiran juntos para prepararos sorpresas. Si se trata de deciros que os quieren, multiplican sus muestras de afecto. No tenéis necesidad de preguntarles: «¿Me quieres?» Pero si, por casualidad, os gustase hacerlo, estad seguros de que no os responderán, como lo harían los otros: *Ya te lo he dicho.*

No me habléis de los atornillados. No son dignos de imitación.

Pero hay un excelente recurso para tratarlos, que

es, al mismo tiempo, magnífica lección: aparentar que sois como ellos. Nada tan bonito como uno de esos individuos que se sorprende al ver que no le atiende el que antes le atendía. Se queda atónito. Le han robado su secreto, han copiado sus procedimientos, le han adivinado el juego. ¡Qué audacia! ¡Se acaba el mundo! En efecto, se acabaría el mundo si un día, mirando a los hombres, hubiéramos de reconocer que no había ninguno complaciente. Si nadie se molestase por otro, si no se esforzara por el prójimo, si no se preocupase del bienestar ajeno, del placer, del dolor de los que con nosotros viven, camaradas, vecinos, compatriotas, ¿qué sería de nosotros? Los mismos que son poco afectos sólo pueden vivir merced a los que lo son. Privados de su buen deseo, son como fuente sin agua, como lámpara sin aceite, como plato sin comida. ¡Vivan los complacientes, los niños dispuestos a servir a los demás! ¡Vivan ellos y tratemos de imitarles todos!

Cosas pequeñas y cosas grandes.

A propósito de las inundaciones.

No hay quizá un solo niño francés que en estos últimos tiempos no haya oído hablar de las inundaciones. ¡Y cuántos hay que figuran entre las víctimas de la corriente invasora! La atención del país entero se ha visto absorbida por ese azote, que al desencadenarse nos ofrece enorme enseñanza. ¿Hay algo mejor para haceros pensar que esas aguas que a la vez se extienden por todos lados, en el campo y en la ciudad, por los prados, los campos, los caminos, los túneles, que se infiltran en las cuevas, que brotan de la tierra como fuentes? Aquí se precipitan como un torrente, allí se introducen suavemente hasta llegar a los sótanos y las cocinas, los patios y las estaciones de ferrocarril, los ministerios, las escuelas, los establos, las tiendas, las habitaciones, las fábricas.

El espectáculo es a la vez aterrador y atractivo. Ya no se deslizan tranquilos los barcos por el agua. La navegación entera está interrumpida, y, en cambio, pasan a nuestra vista multitud de objetos que las aguas arrastran como una fiera arrastra su presa. Toneles, botellas, bombonas, tablas, troncos de árbol, árboles enteros, paja, animales muertos, muebles, todo baja por el río, todo se detiene en las pilas de los puentes. Y el agua sube siempre, y hemos de preguntarnos si no acabará por sumergirlo todo. ¡En verdad, es cosa terrible y grande una inundación!

Pero, ¿de dónde procede? Todas esas ondas que dominan como dueñas son hijas de pequeños arroyos, de los hilillos de agua que constituyen la distracción de los niños, de las gotas que caen de los tejados, de las aguas que corren por las cunetas de los caminos y, últimamente, de las gotitas de agua que se desprenden de las nubes una a una, y ciento de las cuales cabrían en la mano de un niño de pecho.

Muchas gentes llegan a pensar que si no se talaran tanto los montes, y los cerros, y las llanuras en que todavía hay grandes bosques, las aguas del cielo, al caer, serían recogidas, conservadas por las hojas, las raíces, la tierra movediza y esponjosa, y no correrían después sino muy lentamente, fecundando todo lo que tocan, perpetuando en las épocas en que no cae agua el beneficio de la lluvia. A fuerza de cortar árboles y árboles, de talar seto tras seto, de dejar que las cabras acaben con los brotes; a fuerza de acu-

mular esas pequeñas causas, acabamos por obtener un resultado tristísimo: la tala completa de los montes. El interés general es gran cosa, pero el interés particular, que se compone de millares y de millones de pequeñas cosas, vence al fin sin que nadie sepa bien en qué momento habría habido que detenerse. Cuando el daño ha llegado a ser enorme, ¿quién puede repararlo?

Cosa grande, desmesurada, es también la Naturaleza cuando despliega sus energías. Lo comprendemos cuando el viento sopla tempestuoso, cuando el fuego se propaga rápido por las ciudades o por los montes, cuando la avalancha rueda hacia el valle, cuando las peñas se desprenden de las montañas, cuando el suelo se mueve en los terremotos. En esos momentos el hombre se ve ante la Naturaleza como el ratón delante del gato, o aun como un ratoncito muy pequeño ante uno de esos gatos de grandísima talla que se llaman tigres y leones. La Naturaleza se burla del hombre. Levantamos diques, hacemos esclusas, puentes y muelles; llega un momento en que la Naturaleza, que nos alabamos de haber dominado, se despierta, y con una sacudida destroza todas nuestras obras. ¿Se burla de nosotros? ¿Quiere demostrarnos que entre su grandeza y nuestra pequeñez no hay comparación? Desengañémonos. Ni siquiera nos hace el honor de conocernos. Nos desconoce en conjunto y en detalle.

El embajador de una gran potencia europea pre-

paraba fiestas espléndidas para conmemorar el natalicio de su emperador. Pero, la víspera, el agua le apagó los hornos e invadió su palacio. El caso era muy grave; la irreverencia, completa. Pero, ¿quién castigaría al agua? Sabéis que en otro tiempo un rey de Persia mandó azotarla por haberle tragado su flota. Castigo ejemplar y sonado. Pero, ¿se dió cuenta de él el mar?

¿Qué vale, no obstante, el agua de los ríos y de los mares con sus furores, si la comparáis con las inmensidades que nos rodean, con el espacio infinito del cielo, en que tantos y tan grandes astros no se señalan más que por un punto? Entonces, a su vez, lo que nos parece grande será pequeño, y toda esa agua que nos embaraza, nos aterra, nos fastidia, nos invade, no pesará más en la balanza que la minúscula gota caída en un cubo.

Y, en medio de todo esto, ¿qué es el hombre? ¿Le incluiremos entre las cosas grandes, o entre las pequeñas? Si es orgulloso, arrogante y poseído de sí mismo habrá que rebajarle los humos. Encontrará quien le domine y se verá reducido a lo que realmente significa. Aprenderá que no es más que un niño en presencia del universo gigantesco.

Pero, ¡cuidado que no se desprecie a sí mismo! Precisamente en el momento en que las fuerzas desencadenadas de la Naturaleza le imponen crueles humillaciones, algo surge en él que nos le hace aparecer grande, por pequeño que sea.

Bajo el peso de las fuerzas que le abruman y en un principio le desconciertan, se ríen de su dolor y de su espanto, se recobra y organiza la lucha. Apenas ha ocurrido una catástrofe cuando aparecen las buenas voluntades e inician la labor reparadora. El hombre es pequeño en estatura y en fuerza, os lo concedo. Pero cuando, sorprendido por un azote como es la inundación de que hablamos, ese hombre tan pequeño, tan rápidamente arrollado, empieza a ayudar al desgraciado, se sacrifica por sus semejantes, algo aparece que le hace interesante y simpático. Entre el río que corre en ondas amenazadoras y el hombre que en él se embarca y aventura para salvar a un semejante, ¿cuál es más grande? No vacilo en decir que el hombre. El río, por su parte, sigue ciego su corriente, no conoce riesgo ni esfuerzo. Pero el hombre por amor a sus hermanos, desafía el peligro, se expone, pena y despliega todas sus energías. Hay realmente más grandeza en su valor y espíritu fraternal que en las brutales manifestaciones de la fuerza de las ondas.

También el hombre es grande por la paciencia. Basta, cuando ha pasado el desbordamiento de las aguas por un territorio, contemplar el aspecto de las ciudades, de las líneas del ferrocarril, de los caminos, de todo lo que el hombre ha construído y organizado, para ver que el desastre es inmenso y que serán necesarios años enteros para reparar lo que en unos cuantos días se ha destruído. Pero, ¿creéis que

la magnitud de las pérdidas, que la extensión de los daños, que el mucho tiempo que exigirá el remedio de ellos detenga a los hombres? No. Al igual de las pacientes hormigas, pequeñas también por su tamaño, grandes por su habilidad y ardor, los hombres emprenden el trabajo, y, a pesar de las dificultades, que parecen muchas veces insuperables, se dedican a reedificar las casas destruídas, a reconstruir los caminos, a reponer los puentes, a rehacer las líneas férreas, a renovar las comunicaciones telegráficas. Y se demuestra una vez más que, si el hombre parece pequeño ante las grandes fuerzas del universo, es grande por el valor, la paciencia, el sacrificio de sí propio, la esperanza invencible.

Mercaderes de «Inconvenientes»

¿Apostamos a que ninguno de vosotros conoce a esos mercaderes? ¿Qué mercancía es la que ofrecen? ¿Es pescado, caza, legumbres? ¿Artículo colonial quizá? Habréis de dedicaros un momento a buscar y adivinar. ¿No os dice nada la palabra «inconveniente»? Examinad vuestros recuerdos. Tratad de recordar a los que por las calles van con sus carritos. Recordar sus pregones: ¡*Almejas, almejas frescas y buenas!*—¡*Sardinas de Nantes, sardinas frescas!*—¡*Pampolina para los canarios!*—¡*Verdura para el puchero!*

¿No lo oís pregonar? Pero, ¿es quizá el *Inconveniente* un condimento como el ajo, la cebolleta, el tomillo o el laurel? Buscad, revolved en el cajón de vuestros recuerdos; escarbad en vuestras nociones de Botánica... ¿No encontráis nada? Es preciso, pues, que os ayude.

El *Inconveniente* es un producto del mismo género que las pastillas de buen humor, el aceite de brazo,

la substancia de pepino, el olor de santidad, la sal ática, la inspiración y tantas otras cosas que son del dominio de las imágenes, de las comparaciones y de los símbolos.

Se dice que ciertas gentes tienen buen humor y animación para todos. Y es cierto. Pero si vais a rogarles que os vendan valor de dos pesetas de buen humor, o de cuatro perrillas de ingenio, o de cincuenta céntimos de paciencia, aun cuando no se os burlarían, no podrían daros satisfacción. En efecto: hay cosas que no pueden venderse ni comprarse. Decir que se tiene para vender, significa que se tiene mucho. Si tenéis en gran cantidad buen humor y paciencia, cualidades que no se compran con dinero, pueden pasar de vosotros a otros. Pasan, no como resultado de un trato, sino por contagio, por ejemplo, por enseñanza. El buen y el mal humor nuestros se comunican. Un individuo puede hacer reír a otro, y hasta los hay que hacen reír a diez a la par y comunican su alegría a toda una reunión. ¿No habéis visto nunca entrar una sola persona malhumorada y regañona, y comunicar su mal humor a todos los reunidos? Podría comparárseles a los vendedores de pescado en malas condiciones, que han conseguido vender su mercancía y envenenado con ella todo un barrio.

Y aquí os presentaré el mercader de *Inconveniente*. No tiene fábrica, ni tienda, ni carrito, ni siquiera uévano, espuerta o caja. Su mercancía es espiritual.

De ella tiene abarrotado el espíritu. Todos los estantes, cajones y departamentos, todos los rincones interiores de su alma están provistos de ella. Trata de colocarla por doquiera.

Cuando uno se dispone a edificar una casa y la cosa se sabe, acuden las gentes del oficio, ofreciendo cada cual lo que produce. Uno alaba sus piedras labradas; otro, las piedras sin labrar; un tercero, sus ladrillos. Los almacenistas de maderas preconizan las vigas; los ferreteros pretenden que nada iguala al hierro para edificar. Luego vienen los pizarreros, ebanistas, carpinteros, tapiceros, fumistas...

Pero el mercader de *Inconveniente* se anticipa a todos y muestra su género. ¿Qué, queréis edificar? Permitidme que os exponga los inconvenientes de tal empresa. Estáis tranquilo; pagáis puntualmente a vuestro casero, que siempre os ha atendido para este menester. Y ¿queréis cambiar situación tan dichosa por la del desgraciado que levanta su propia casa? No volveréis a dormir tranquilo. Por la noche, en vez de descansar como hacen los buenos inquilinos, haréis planos. Cada uno tiene sus inconvenientes; os lo prevengo. Fiarse de los arquitectos es otro inconveniente. No fiarse, es caer en las garras de los contratistas. Y si queréis ser vos mismo arquitecto y contratista, tened cuidado con los inconvenientes que surgirán por parte de los obreros. Todo en la construcción son dificultades, desde que compráis el terreno hasta que os mudáis a la casa. La elección de

papeles, del sistema de calefacción, de las maderas para los pisos, de los marcos para las ventanas, la forma y el número de las puertas; todo se complica con multitud de inconvenientes.

Suponed que este primer mercader de inconvenientes logra colocaros su artículo y que resulta que renunciáis a edificar. Entonces vendrá otro de su género y os expondrá los inconvenientes de no habitar en casa propia: pájaro en jaula ajena, sometido a la voluntad de otro que, porque es dueño de la casa en que vivís, cree poder dominaros. Os encontraréis en situaciones humillantes, como cuando oís que os dicen: *¡Limpiaos los pies! ¡No volváis a casa después de las diez! ¡No fumeis en la escalera!* Si este segundo mercader de inconvenientes consigue haceros impresión, os separaréis de él pensando resueltamente: *¡Edificaré!*

¿Edificará? ¿No edificará? Entonces empezara la serie de las tergiversaciones y de las incertidumbres. Sorprendido por la realidad, la evidencia, la gravedad de los inconvenientes, se verá presa de ellos. Si no se vuelve loco, probable será que se vuelva.

Los mercaderes de inconvenientes realizan en todas partes la misma labor. Despachan al por mayor y al menudeo, para la importación y para la exportación. Proveedores de Sus Majestades los reyes y las reinas, los emperadores y las emperatrices, lo son también de los duques, marqueses, burgueses, mercaderes y trabajadores, de los obreros de toda especie

Ningún comercio está tan extendido. Queréis comprar calzado. Tomad puesto, quitaos las botas y empezad a probaros. He aquí excelentes zapatones con tachuelas, inmejorables para la montaña y la llanura, sí, pero tienen inconvenientes. Cuando se pasa por una sala, se marcan las huellas de las tachuelas en el piso. Escojamos entonces calzado sin clavos. Sí, pero resbalaremos en las cuestas en que crecen los pinos. Nuestras suelas, pulidas por la pinaza, resbalarán como en el hielo y tocaremos muchos inconvenientes. La zapatería está llena de género. Botas, botinas, zapatos, brodequines, calzado fuerte y calzado fino, ancho y estrecho. ¡Todo tiene sus inconvenientes! ¡Cuidado! ¡Si lo escogéis demasiado ancho, os rozará el pie; si demasiado estrecho, os hará callos.

Elegir un sombrero os expondrá a las mismas alternativas. ¡No hay sombrero que no ofrezca varios inconvenientes!

Peor todavía es elegir carrera. Todas están llenas de dificultades, de tristezas, de tropiezos. Medicina, Derecho, Letras, Ciencias, dondequiera que se mire, al ingreso de cada carrera, los mercaderes de inconvenientes venden sus productos. ¿Y los oficios, pues? Sed carnicero, panadero, cerrajero, carpintero, peón caminero; ¿hay algún oficio que no abunde en inconvenientes?

Pero no tener oficio los ofrece también. Si, descorazonado por todo lo que hacen ver los que prego-

nan inconvenientes, tomáis el partido de no elegir carrera ni oficio de ninguna especie, estad seguros de que veréis llegar al vendedor, que os hará ver los inconvenientes que hay en no ser ni hacer nada. Lo mismo que algunos se hacen el pan, la sidra y los zapatos con las propias manos, hay quienes no toman nada al vendedor de inconvenientes. Fabrican ellos mismos esta droga y para su uso personal. Razón de más para que no les falte. Cuando se abre fábrica de inconvenientes para uso propio, es muy raro que quede tiempo para otra cosa que para la maldita elaboración. Si salgo me constipo, si no salgo me aburro. El invierno tiene sus inconvenientes, el verano no carece de ellos. La montaña y la llanura tienen también los suyos. Casarse puede resultar mal, no hacerlo puede producir perjuicios. Si cojo el paraguas y no llueve resulta ridículo; si saco el bastón resultará aún más ridículo, caso de que llueva. Decididamente, doquiera se vuelva la vista, se tropieza con inconvenientes. La vida es un tejido de ellos si se cree a los que reparten este veneno.

¿Renunciáis entonces a vivir? Morir tiene también inconvenientes. ¿Qué hacer?... Hay que desconfiar de los que los pregonan, no oírlos. Ni siquiera hay que oírse uno mismo si se tiene la desgracia de sentirlos. Decidíos por lo que os parezca más honrado y mejor. Después, si los inconvenientes aparecen, tened el valor de aguantarlos.

¡No me agrada!

Me he levantado esta mañana con una niebla espesísima. A las nueve no se veía bien. El pavimento estaba resbaladizo, el ruido de los coches y las voces de las gentes llegaban a mis oídos como si los tuviera taponados. Nada estaba claro. Se respiraba, en cada bocanada de aire, enorme cantidad de vapor de agua cargado de polvo de carbón. Lo peor es que esas brumas en que nos vemos envueltos parecen llegar al espíritu, y nos sentimos malhumorados. Si se dejara uno llevar de la corriente, no haría nada y se contentaría con decir: ¡A mí qué!

Pero, ¿hemos de obrar así? ¡No me agrada! ¡Es manera razonable de hablar?

Responderemos primero: *sí*. Y después responderemos: *no*.

Y ¿por qué? ¿Cabe responder a una misma pregunta de dos maneras contradictorias! Perfectamente

cuando pueda tratarse de circunstancias sucesivas que exijan de nosotros una conducta diferente.

Mirad, he aquí un caso. ¿Hay que beber agua fresca? Respuesta: sí. El agua fresca es sana y buena, sobre todo por la mañana, en ayunas. Pero si venís de correr y estáis sofocados, y me preguntáis: ¿Podemos beber agua fresca?, responderé: No; podría haceros daño.

¿Hay que dejarse llevar de como uno esté dispuesto? ¿Podemos abandonarnos al deseo de no hacer nada? Habéis trabajado el día entero, llega la noche, estáis cansado y tenéis sueño. Nada urgente reclama vuestra actividad. Dejaos, pues, dominar por el sueño; ceded al deseo de dormir; resistirse sería nocivo. Nada perjudica a los niños tanto como luchar con el sueño y forzarse para estar despiertos cuando estarían mejor en la camita durmiendo. Pero cuando llega la mañana y es hora de levantarse, ¿hay que dejarse llevar del deseo de permanecer acostados? No; todo lo conveniente que es por la noche seguir la inclinación al descanso, sería funesto por la mañana no hacer todo lo posible para saltar de la cama. Por la noche, cuando los ojos se cierran solos, si alguien os invita a seguir levantados para jugar, oír una lectura, beber y comer, tenéis perfecta razón para responder: *¡Eso no va conmigo!* Pero si por la mañana, cuando el gallo ha cantado, cuando ha llegado el momento de arreglarse, os quedáis entre sábanas, so pretexto de que *eso no va*

con vosotros, os diremos lo que merecéis si os llamamos zánganos, dormilones, marmotas.

¡No me agrada! Todos los vagos y holgazanes dicen eso del trabajo. Sabéis a lo que esto conduce. Adoptar por regla no hacer más que *lo que agrada* es un procedimiento desastroso. Estáis enfermos y el médico os prescribe un régimen. Nada de lo que os manda os gusta, y vuestros gustos y apetito tienen, por el contrario, a lo que os prohíbe. Si despreciáis al sabio que discreto os prescribe el régimen y seguís vuestro capricho, el resultado no se hará esperar. Sufriréis mucho. Lo que os agrada os producirá indigestiones y os hará pasar tan malos ratos, que podréis, con justa razón, repetir: *¡Esto no me agrada!* Con mucha frecuencia, lo que os es más necesario y conveniente agrada menos. ¿Queréis que os adviertan, que os regañen o que se os castigue? ¿A quién le gusta? A nadie. Y, no obstante, las personas razonables saben que los consejos severos nos educan y forman el carácter.

¿Es que os agrada someteros a una regla estricta, limitaros a hacer cada cosa a su tiempo? Por el contrario: en ocasiones es molestísimo y no del todo conforme a vuestros gustos. Pero, por vuestro bien, obedecéis a una regla y hacéis todo con orden y regularidad.

Nadie quiere sufrir. No obstante, conviene saber sufrir, experimentar privaciones, fortalecerse y endurcerse, soportando pacientemente las circunstan-

cias adversas, los padecimientos de cuerpo y de espíritu.

Algunos niños no comen más que lo que les gusta. Para ellos la comida es una especie de diversión. Ahora bien: no comer más que lo que agrada es tonto. Se come para sostenerse, para fortalecerse, para mantener el cuerpo en buena disposición. Multitud de cosas que aprovechan mucho a la salud no tienen muy buen gusto. Por el contrario, alimentos y bebidas que agradan al paladar, excitan la golosina, influyen de mala manera la salud. No os preguntéis, pues, qué os *gusta*, sino qué os hace provecho.

Permanecer cerca de un enfermo, prodigar cuidados a un herido, es cosa a veces fastidiosa. ¿Os libráis de la carga diciendo: No va conmigo? ¡Sería inhumano!

No me agrada es la frase favorita de todos los egoístas. ¿Hacer algo por otro? ¿Por qué? No les importa. Molestarse, privarse de algo para prestar un servicio, no les interesa.

Es también la consigna de los caprichosos, de las almas volubles y versátiles. Hoy os tratan bien, os quieren, os reciben con los brazos abiertos. Mañana ha cambiado la decoración. Su cara permanece impassible cuando os acercáis; parece que no os conocen, que no les interesa ser hoy amables.

Por abandono damos lugar a todos los abusos. La flojedad, la blandura, la falta de carácter y de energía resultan de esta costumbre de seguir el gusto del

momento, que nos hace caer en los más extraños desvaríos. Somos veléta que hace girar el capricho.

Pero así nos preparamos sobre todo decepciones y fomentamos nuestro mal humor. ¡Cuántas cosas nos trae la vida que no nos agradan y que, sin embargo, hay que aceptar o sufrir! Si no habéis adquirido la costumbre de hacer lo que no os agrada, ¿qué será de vosotros?

Acostumbraos, pues, desde los comienzos de la vida, a dirigiros por la razón, la conciencia, el deber, y no por lo que os place. No os preguntéis: ¿Estoy bien dispuesto?, sino: ¿Qué conviene hacer ahora?, ¿Qué exigen de mí mi familia, mi país, mis semejantes? ¿Dónde está lo justo, lo equitativo, lo verdadero? y no: ¿qué me gusta? El que sólo atiende a sus gustos es mal compañero. Os abandona en el momento en que tenéis más necesidad de él, porque *no le agrada* auxiliáros. Fiaos en él y sufriréis una decepción. Esperadle, y os cansaréis de esperar. Si no le agrada por el momento, os dejará sufrir y perecer.

¡*No me agrada!* Estas palabras por divisa pueden dar lugar a caracteres odiosos, aislados de todos, que de todo se burlan, de todo reniegan. A la vez crueles, incapaces de dominarse, de regirse, malos por debilidad y peligrosos por apatía, son además perfectamente ridículos.

¡*No me agrada!* resume el estado de ánimo de los niños de pecho. Dominados por sus impresiones del momento, sólo tienen una manera de expresarse. Les

agrada, duermen, ríen, beben. No les agrada, gritan, alborotan, lloran, se niegan a tomar el alimento. ¿Quién de vosotros desea ser comparado a un niño de pecho? ¿No es ridículo y un poco vergonzoso hacer lo que hace un niño pequeño cuando se es ya mayorcito?

Además, sepamos decidirnos, sepamos lo que queremos. De otro modo seríamos como aquel señor viejo que, a punto de comprar un melón soberbio, vacilaba y decía: «¡No me dice nada!» Y mereceríais que se burlaran de vosotros como lo hizo la vendedora de aquel señor. ¿Sabéis la que le soltó?—«¿Cómo, no os dice nada? ¡Querriais, quizá, que os dijé-
ra: *Papá!*»

Manchas.

¿Os gustan las manchas? A mí, no. Una mancha no hace bien en ninguna parte. Y, no obstante, el mundo está lleno de ellas y todos aumentan su número por aturdimiento, negligencia y maldad.

He aquí primeramente las manchas de los libros y de los cuadernos. Vuestros padres os compran libros nuevos. Al principio, esos libros, recién saliditos de la tienda, se parecen como hermanos y están tan perfectamente limpios unos como otros. Pero dejemos que transcurra un mes y pasémosles revista. ¡Qué diferencia! La Gramática de Margarita está todavía limpia e inmaculada como si saliera de la librería. Imposible dar con la menor huella de dedos, de grasa, de tinta, ni en la tapa ni por dentro. ¡Ni una página arrugada! Otros niños han tenido también sus libros bien cuidados, salvo algunas cosillas que se ven poco. Pero aquí está la Gramática de Ernesto. Un redondel de color de vino adorna la tapa.

Seguramente pusieron encima un vaso. Las puntas están desgastadas de manera que indica que las han chupado. Han hecho, por tanto, oficio de biberón. Dentro se observan huellas de dedos, manchas de tinta, rayas de lápiz o de pluma. Muchas páginas están arrugadas. Diríase que la Gramática ha servido para varias generaciones de estudiantes.

¿Podremos pensar al menos que, habiendo Ernesto atropellado tanto su libro, lo ha hecho por justa causa, es decir, por mucho estudiar? ¡Ay!, no. Ernesto se sirve de su libro para todo, incluso para pelearse con sus camaradas; pero raras veces lo utiliza para aprenderse la lección. Pobre víctima de sus brutalidades, su Gramática es testimonio vivo de su holgazanería y de su conducta desordenada. Y los niños cuyos libros están limpios no son los que menos los utilizan. ¡Muy al contrario! Margarita, por ejemplo, cuya Gramática está tan bien conservada, sabe siempre al dedillo sus lecciones. Pero ama y conserva los libros y nunca los maltrata.

Lo mismo ocurre con los cuadernos. Cuantas más manchas tiene un cuaderno, menos vale el dueño. Cuando se les ve abandonados, dispersos por los bancos y debajo de los árboles, el espectáculo es lamentable, algo quieren decirnos. Dentro de sus páginas, las manchas se miran unas a otras y se reflejan historias que no honran al dueño.

Una mancha es mala señal, certificado de torpeza o de suciedad. Vuestras madres os visten de limpio

los domingos. Sombreros nuevos, faldas relumbrantes, pantalones planchados, nudos de corbata irreprochables y zapatos que brillan; así se os ve al salir de casa por la mañana. Y ¿cómo volvéis por la tarde? Es lo bastante para juzgaros. Así se reconocerá cómo sois, vuestro carácter, vuestra manera de entender las cosas.

El niño que se estima y quiere a sus padres, cuida su ropa. No le gusta ensuciar lo que su madre ha limpiado, ni romper lo que ha cosido. Cuando se tiene el sentimiento de la propia dignidad no se quiere salir de paseo llevando jirones en el delantal, manchas en el pecho o tiznones de tinta azul en los cabellos rubios. No se mete intencionadamente el pie en los charcos de la calle, sino que se trata todo lo posible de evitarlos. Se aprende a andar con cuidado, de suerte que no se pise nada que manche. No se pasan las manos por las paredes ni por las barandillas de las escaleras. Sobre todo gusta ver cosas limpias, y la idea de estropearlas o ensuciarlas no ocurre jamás.

En general, los que son limpios en su persona respetan también los lugares por donde pasan, los muebles que usan, las casas que les abrigan. No ocurre lo mismo con los niños que no se cuidan de sí, y, por consiguiente, no respetan nada ajeno.

Tirar barro a una pared recién pintada o a un cartel bonito es uno de sus placeres favoritos. Y si creen ensuciar el traje blanco de una muchachita o

el pantalón nuevo de un compañero, tanto mejor. Ser sucios y ensuciar es su placer, su elemento. Así hemos de animaros constantemente a que seáis limpios, cuidadosos, a que vayáis bien arreglados, no tanto porque agrada y hace la vida más pasadera y amable, sino porque el espíritu mismo, el corazón y el carácter resultan influídos por los hábitos de limpieza.

Todo se relaciona en el hombre, y por eso nada es indiferente ni puede dejar de tenerse en cuenta. Obedeciendo a buena cualidad de su espíritu, el niño cuidadoso se presenta cepillado, lavado y peinado. Nos agrada verle así, y comprendemos que ha cumplido con su deber cuidando de su persona y de su ropa, gastando el tiempo y el trabajo necesarios para ir limpio. Si no le corresponde el mérito, tocará a los que de él cuidan y se encargan de su aseo: su hermana mayor o su buena madre. Las virtudes de las madres están escritas en la cara, las manos y los vestidos de los hijos. Cuando conozcáis la vida y sepáis lo que cuesta, lo que hay que cuidar y esforzarse para llevar los hijos limpios, pensaréis, quizá, como yo, que necesita una madre de familia más valor e incansable energía para que reinen el orden y la limpieza en su hogar, en ella y en sus hijos, que el que necesita un soldado en el campo de batalla. Porque una batalla dura unas cuantas horas; pero el esfuerzo de esa mujer dura años enteros y exige estar siempre de centinela.

He aquí muchas cosas que hay que recordar a propósito de las manchas. He aquí algunas más. La palabra mancha ha pasado de lo material a lo espiritual. Se dice: Hay una mancha en la honra de este individuo, en la conducta de este joven. Quiere decirse que se han hecho culpables de faltas graves.

El alma del hombre se mancha como pudiera hacerlo una tela.

Una existencia limpia y pura al principio, como un vestido sin manchas, puede acabar por estar mancillada y sucia de todas suertes, hasta el punto de no podérsela reconocer. Por sus acciones viles, sus culpas, sus maldades, su falta de probidad, su avaricia, sus aficiones perversas, el hombre se arrastra por el lodo, se deshonra, se cubre de oprobio. Todas estas frases, hundirse en el vicio, revolcarse en el lodo, cubrirse de oprobio, son otras tantas imágenes naturales y expresivas de la vida extraviada y perversa.

Pero he aquí otra cosa que anima. La mancha puede muchas veces limpiarse. Las hay que no desaparecen, pero felizmente no son todas, ni siquiera la mayoría. La mayor parte, con buena voluntad, pueden borrarse. Hay multitud de procedimientos para limpiar las telas, para quitar las manchas de los trajes. Los químicos se ingenian para dar con sustancias que limpien la ropa blanca, los manteles y las servilletas. Pero, evidentemente, lo primero que hay que hacer es ver la mancha y darse cuenta de ella, y tener luego la paciencia de limpiarla. Esta

operación misma es muy interesante. ¡Cuántas manos activas se emplean en ella! Por mi parte admiro y quiero a todos los que desinfectan y limpian las calles, las casas, la ropa blanca y los vestidos.

Con mayor razón queremos y apreciaremos a los que con verdadera bondad nos ayudan a corregir muchos defectos. Me parecen más interesantes que los que ensucian, los que lavan y limpian. Manchar es cosa que puede hacer cualquier imbécil o torpe, pero limpiar sólo lo pueden manos hábiles y laboriosas.

Hay niños que gritan cuando se les lava. Y cuando se les lava moralmente la cabeza con algunas palabras dirigidas a limpiarles de sus defectos, se lamentan, como en la famosa estampa que todos conocen se lamenta el pilluelo bien jabonado por una abuela enérgica. Todos ellos se engañan. Hay que querer todo lo que os limpia de manchas, y no temer o rehuir las palabras severas más que un buen esponjazo o una buena cepillada. ¡Contando con que las manchas desaparezcan y con que nos hagamos personas limpias!

Lección-sandwich.

Para los que olvidan.

De vez en cuando hay que divertirse un poco. Supongamos que es hoy el momento, y empecemos inmediatamente.

¿Qué es un *sandwich*? Dos rebanadas de pan untadas de manteca y una lonchita de jamón en medio. No os preguntaré si os parece buena la combinación; sería haceros desear una cosa que no puedo ofreceros en este momento.

Se llama hombres-sandwich a los que recorren las poblaciones llevando dos anuncios; uno por delante y otro por detrás.

Y yo voy a haceros una lección-sandwich, en que la lonchita de jamón estará representada por una historia, la que figurará entre dos rebanaditas relati-

vas al verbo olvidar y a todo lo que de olvidar se sigue.

Me he olvidado... ha dicho esta mañana Jorge al entrar en clase. Y ¿qué había olvidado? Había olvidado la esponja con que se borra lo escrito en la pizarra. Y ¿por qué había olvidado una cosa tan imprescindible? En primer lugar, porque Jorge es un aturdidillo, luego, porque no se ha acordado de renovar la cuerda que ata la esponja a la pizarra, y se le ha roto sin que lo notara.

En vez de la esponja que falta, utiliza el pañuelo de las narices. Una vez limpia la pizarra, Jorge se mete el pañuelo en el bolsillo y, olvidando lo que acababa de hacer, se dedica a ir colocando cifras muy elegantes en la página negra y limpia. Pero, al volver de clase, en el momento mismo en que se avanzaba a besar a su madre, esta retrocedía horrorizada.

¿No quería ya el niño? ¡Oh, sí! Pero el niño amado era de raza blanca cuando salió para la escuela, y ahora era negro; parecía un negro, y un negro que no se había lavado hacía quince días. ¿Qué había ocurrido? ¿Quién lo adivina y puede decirlo?

Nada más sencillo: absorto en su trabajo, había olvidado Jorge que su pañuelo sirvió para limpiar la pizarra, aplicóselo a las narices cuando tuvo necesidad, se enjugó también el sudor de la cara y llenóse de tiznones.

Pero no es esto todo. Como su madre no quería

besarle, rompió a llorar. Las lágrimas, al bajarle por la cara, iban trazando rayas blancas en el tizado. Estaba horrible, tan horrible que *Turco*, el perro leal, el amigo de Jorge, no conociendo a su dueño, empezó a aullarle furioso, por lo que el muchacho creyó perder el sentido de puro desolado. En aquel momento se vió por casualidad en el espejo grande de la galería y estuvo a punto de no conocerse. ¡Qué desdicha! Jorge no lo olvidara tan pronto.

Pero, ¿qué vamos a decir de tanta desgracia? Que no hemos de olvidar la esponjita cuando vamos a clase, ni las plumas, ni los libros, ni, sobre todo, la cabeza, objeto principal sin el que las lecciones del maestro son trabajo perdido.

Algunos, en el momento de tener que decir las lecciones, confiesan que no se han acordado de aprenderlas. Es gravísimo. Pero hay un caso infinitamente peor, y es éste: al maestro que le pide su trabajo, León ha respondido el otro día que había olvidado el cuaderno. La verdad era que León había preferido ir a pescar ranas a hacer el trabajo. No le imitemos, porque es demasiado feo decir que se ha olvidado traer una cosa cuando no se ha querido pensar en ella.

Muchas personas creen excusarse simplemente con decir que se han olvidado. Consideran el olvido como algo independiente de su voluntad. Y no es cierto. Se olvida raras veces lo que verdaderamente nos interesa. Y, si se olvida, es porque se ha pensado

en otra cosa, porque no se han adoptado precauciones que vengan en auxilio de la memoria. Constituye un defecto ser olvidadizo. Lo constituye sobre todo en los niños, que no pueden alegar que los años hayan debilitado su memoria. La vida está sembrada de incidentes desagradables, cómicos a veces, trágicos en ocasiones, y todos procedentes de olvidos. He aquí el momento de referir, acerca de asunto tan abundante, un historieta que titularemos:

Las dos lagunas de M. Dosvert.

A la manera de las gentes que tienen dos casas, una en la ciudad y otra en el campo, M. Dosvert era propietario de dos lagunas. Una tenía por asiento su memoria, otra el bolsillo de la derecha de su gabán. Viejo y sabio, había cargado terriblemente y maltratado su memoria, que ya en la vejez llegó á estar muy perturbada.

Lo mismo que una raja en un tonel, era para M. Dosvert la laguna que castigaba su memoria. Todos los hechos que trataba de conservar en el espíritu se le escapaban por ella. Para no olvidarlo todo, M. Dosvert decidió sustituir la memoria por un bolsillo enorme, que hizo le pusiera en el gabán un buen sastre. Todo aquello de que quería acordarse lo me-

tía en aquel saco hondo, que le servía de archivo, de almacén, de libro de memorias y de arsenal. Un día, sin embargo, que metió un par de cortantes tijeras, se rompió el bolsillo por el fondo, haciéndose un agujerito que todos los días se ensanchaba un poco. Esta fué la segunda laguna de M. Dosvert.

El no se apercibió de nada. Los de su casa tenían prohibición expresa de andar en los bolsillos en que se guardaban todos sus secretos, y nadie descubrió el agujero. A cada instante cosas pequeñas caían por allí, para ir a reunirse más abajo, entre la tela y el forro. Cigarros, cerillas, anteojos, cortaplumas, cuadernos, provisiones de boca, cartas, notas sabias y plantas secas, todo ello se reunía y fraternizaba en aquel rincón olvidado.

Como M. Dosvert tendía a ser obeso, se pesaba todas las semanas por orden del médico, y, como siempre se había pesado con el gabán puesto, seguía consignando aumentos de peso fantásticos. A consecuencia de aquellos datos, que tan mal le parecían, no comía ni bebía casi, y adelgazaba a simple vista; pero, cuando se pesaba, veía siempre un aumento, lo cual le hizo tornarse misántropo. A fuerza de notar que le faltaban cosas que había metido la víspera en el bolsillo, llegó a sospechar que todos le robaban. Reclamó en Correos porque se le perdían las cartas. En resumen: la vida para M. Dosvert no era más que una cadena de disgustos. Un día resbaló en la acera y cayó felizmente sobre el faldón de su gabán. E.

contenido vario del mismo amortiguó el golpe, pero saltó el forro y hubo una verdadera explosión que hizo salir en todos sentidos los objetos más desemejantes. Todo lo que creía perdido, todas las cartas extraviadas se encontraron, y, cuando M. Dosvert volvió a pesarse, observó que había disminuido quince kilos, y hubo de ponerse a régimen para recobrar el peso normal.



Las gentes que se olvidan recuerdan a ese pobre sabio, que verdaderamente es digno de compasión. Como él metía todo en el bolsillo agujereado, lo confían todo a una memoria frágil. De donde resultan los mayores disgustos, y para sus compañeros inconvenientes numerosos y graves. Pierden u olvidan lo que tienen encargo de hacer. Convenir en que lo han perdido les parece imposible, y creen que han sido robados, acusando, en consecuencia, a sus compañeros, provocando disputas y animosidades. Tomad, pues, las medidas necesarias para cuidar y aumentar vuestra memoria.

Sólo hay un caso que vale más olvidar que acordarse, y es cuando se trata de ofensas recibidas. No es que sea preciso dejarse maltratar por cualquiera de palabra o de obra. Por el contrario, defendá-

monos, y lo mejor que podamos, a fin de impedir que las gentes nos hagan daño. Pero, una vez hecho esto, no tomemos nota de las ofensas recibidas, porque sería demasiado larga y muy poco interesante. ¡Habríamos, porque alguno haya tenido el capricho de hablar mal de nosotros, de imponernos el castigo de conservar sus palabras, de colocarlas en buen lugar en nuestra memoria? ¡Sería una aberración! Nuestra memoria acabaría por servir de receptáculo a todos los malos procederes que con nosotros se hubieran observado. Descenderíamos al papel del que guarda créditos incobrables, que no le pueden producir más que trastornos y disgustos.

En las azoteas se colocan orificios por donde salen las aguas de lluvia y las basuras que se recogen al barrer. Tengamos también en nuestra memoria uno de esos desagüaderos por donde se vayan los recuerdos desagradables, para no volver a tratar de ellos. ¡Olvidemos, olvidemos! Así, del mal que se nos haga no quedará nada, y los que quieran obsequiarnos con rencores no lo lograrán. Al final verán lo inútil de sus manejos y nos dejarán en paz. Aquí acaba la segunda rebanada con que termina la lección-sandwich. ¡No la olvidéis!

Las Ideas del señor Caracol.

¿Cómo, el señor Caracol tendría ideas? ¡No es posible! — Sí, es perfectamente posible, y la prueba es que ocurre. Lo haré ver palmariamente. El señor Caracol tiene una o varias ideas y buenas costumbres que le copiaría gustoso, sin que trate de ocultarlo. De todo corazón le rendiré este homenaje, y, si en lo sucesivo tengo que hacer alguna observación con respecto a él, tengan todos entendido que no obedece a juicio preconcebido.

El señor Caracol está muy pegado a su casa y debe quererla inmensamente, puesto que jamás la abandona. De él podrían muy bien tomar ejemplo esas gentes que casi siempre están fuera de ella, a las que jamás se encuentran en su puesto, y que, si por casualidad pasan una noche en su morada, se admiran de verse en ella. Presentaos en casa de don Caracol a cualquiera hora del día o de la noche y encontra-

réis con quién hablar; nunca se os dirá: «El señor ha salido».

Don Caracol no tiene casero ni portero, lo cual da a su dicha dos grandes alas para volar con libertad. Segurísimo estoy de que muchas personas le envidian en este punto, y, a fe mía, si las censurara me censuraría a mí mismo, porque soy el primero en envidiarle.

Don Caracol tiene, por otra parte, una manera de pasar el invierno que es muy expeditiva. Se fabrica un pequeño cierre que obstruye la puerta de su casa; de manera que ningún intruso pueda penetrar en ella; luego se duerme y espera el buen tiempo. Conozco más de uno a quien gustaría mucho hacer otro tanto, y por tan sencillo procedimiento se evitarían muchas de las desventuras del invierno.

Si pudiera tener la calma del caracol, su paciencia, me juzgaría el más feliz de los hombres. Saber como él qué tiempo va a hacer, y tomar precauciones para que no le moleste la sequía ni la abundancia de agua, me sería muy agradable. Podría prescindir del barómetro y sería más sabio que el «Zaragozano», que predice el tiempo con un año de antelación, pero con demasiada frecuencia se equivoca.

Si llegase a decir que los ojos del caracol me parecen una maravilla, y que alguna vez he deseado tener los míos colgados de la punta de un palo para ver más lejos, o poder meterlos muy adentro para preservarlos de los golpes, seríais capaces de burla-

ros de mí. Quizá me acusaríais de burlarme de vosotros. Y en ambos casos hablaríais al buen tuntún. Para que no hagáis tal no insistiré, pues, en lo dicho.

Tiene don Caracol multitud de prerrogativas, de cosas notables, aunque admitamos que no se trate de los ojos y que se le encuentre igual en esta particularidad asombrosa: lograr que sus dos ojos se miran el uno al otro.

Es un filósofo: lo probaría suficientemente la facultad que tiene de callarse. Es un sér que no impide dormir a las gentes por la noche a fuerza de cantar su sentir, como lo hacen hasta la saciedad las ranas y los sapos indiscretos. Don Caracol no envidia a nadie: ni al corzo de patas ligeras que traspasa de un salto setos y arroyos, ni a la golondrina que da vertiginosas vueltas por los aires. El bien ajeno no le entristece, no le hace padecer lo que otro logre.

Hay un viejo refrán que dice: *Cuando no se puede tener lo que se desea, hay que querer lo que se tiene.* Aun cuando sin cultura moral ni filosófica, don Caracol va más allá de esta máxima resignada. Quiere lo que tiene por convicción, con entera tranquilidad, es decir, más seguramente que si tuviera una de esas pasiones locas que no duran nunca más que hogueras de paja.

¿No es todo ello maravilloso? Seguramente; pero hay mucho más.

Don Caracol está decididamente muy poseído de sí,

demasiado encerrado en su concha y dentro de sus miras limitadas. Cree ser el centro del mundo y que todo gira a su alrededor. Es el rey de los animales. Nadie le iguala, ni entre las aves, ni entre los cuadrúpedos. Don Caracol, no solamente se encuentra bien, sino que se considera la obra maestra de la creación.

Cuando se sumerge en consideraciones sobre el particular, es inacabable. Los que como yo entienden su lenguaje, se felicitan entonces de que se exprese por signos. De otro modo, nuestros oídos no resistirían. Pero, ¿qué dice en suma? He aquí algunas muestras de su mimografía.

Compárase con los demás animales para burlarse descaradamente de ellos. Su manera de andar, de correr, de saltar, le produce alegría loca. Bípedos, cuadrúpedos, todos los que existen; exápodos y miriápodos, los que nadan y los que vuelan, parecen creados para que él se deleite al verlos tan grotescos. Y por reírse de las jorobas le ha salido la casa en la espalda.

¡Qué andares, gran Dios, qué andares! Mirad esa jirafa; pero, ¿es un animal? ¿Es posible ser así y no secarse? Los pies pertenecen a la tierra, la cabeza es cosa de la luna. ¡Y cerca de la jirafa, *Tabaco*, perro zarcero, que quiere aparentar que tiene patas, cuando no las tiene! ¡Vivan los caracoles! ¡Qué firme y elegante es su andar! Parece que nada mueven, y andan, sin embargo. Si le dais tiempo para ello, el

caracol trepará hasta lo alto de las pirámides, y no resultaría más orgulloso por eso. No pensará que cuarenta siglos le contemplan, y sobrepujará a Napoleón. El solo, por lo demás, puede gozar de una hermosa vista, porque es el único que tiene los instrumentos necesarios, verdaderos telescopios, ¿estamos? En comparación con él, todos los seres son miopes.

Cuando en primavera los pájaros hacen sus nidos hierbecita a hierbecita, pelo tras pelo, don Caracol se yergue y los declara a todos locos. ¡Mimar así a los hijos, aun antes de estar en el nido, qué locura! El hace un agujero en el suelo y allí pone sus huevos. ¿Creéis que vuelve luego a incubarlos, a alimentar su progenie? ¡No haría falta más! Para los mirlos, curujas, jilgueros, que pasan los días llevando al nido gusanillos, orugas y mariposas; para las gallinas, que pasean sus pollos y les dan calor bajo sus alas; para las gatas, que dan de mamar, y las cabras, vacas y ovejas, cuyas crías chupan de las tetas, sólo tiene desprecio. Pero a los que más desprecia es a los hombres, me lo ha dicho un día en confianza. Y no es por el motivo que pensaréis, porque comen más de lo que tienen ganas, porque beben más de lo que tienen sed, porque resueltamente mienten demasiado y no reflexionan bastante; *es porque los mejores de ellos son absurdos y se molestan demasiado por los demás.* Realmente, don Caracol es insoportable. ¡Adivinad a quién se parecel.

Se parece a esas gentes que tienen varias cualidades buenas, pero que son completamente incapaces de apreciar al que no es como ellos. Su mundo son ellos y los de su especie. Jamás admitirán que pueda pensarse de otro modo que como ellos piensan y no ser imbéciles. No hay buenas cualidades, a no ser las que ellos poseen; lo demás son vicios. Las ideas de los otros no son ideas; los sentimientos ajenos no son sentimientos; sus derechos son sólo pretensiones huecas e inútiles, por consiguiente; sus convicciones, imposturas; sus creencias, supersticiones.

No ver nada, no oír nada, no aceptar nada, sino lo que en su casa se cuece, ese es el punto de vista del *hombre-caracol*, que vive dentro de su concha y no sale de ella.

Esta posición es *muy firme y muy insegura* al mismo tiempo. Es firme, porque los que no saben nada de las cuestiones las juzgan con una resolución y de una manera que asombra. ¡Qué seguros están de lo que dicen!, nos sentimos inclinados a exclamar al ver que, sin pestañear, excluyen y condenan todo lo que no concuerda con su modo de pensar, con su espíritu estrecho, sectario y particularista. ¡Son realmente asombrosos y grandes, todo lo que significa su ignorancia!

¿Pero pensad si no aceptar ninguna opinión, no acoger ninguna idea ajena, negarse a reconocer verdadero o justo todo lo que no nos atañe o no es

como nosotros; si tal posición es firme, firme como la concha del caracol, resistente aún como los muros de una ciudadela, si es una energía humana? No, es una energía puramente bruta. La fuerza verdadera consiste para el hombre en las razones justas, en las luces nuevas, en ser capaz de apreciar a los mismos enemigos y dejarse por ellos aleccionar y perfeccionar.

Recordad a don Caracol, tomad de él lo que es bueno y dejad el resto. De esa manera, justamente porque no imitaréis su pequeñez de espíritu, el mismo don Caracol podrá seros provechoso.

Sapos colgados, mochuelos crucificados.

Todos vosotros habéis visto, en el mapa de Francia, el ancho estuario por el cual desemboca el Loira en el Océano. Me paseaba un día por la orilla izquierda de dicho estuario. Habiendo salido de Saint-Brévin-les-Pins, tenía delante de mí una inmensa playa de arena menuda, que llegaba hasta la punta Saint-Gildas, más de quince kilómetros que andar.

Como calentaba el sol de agosto, era ocasión de descalzarse y caminar con los pies descalzos por aquella arena fresca y llana. Es un placer que os recomiendo. A nadie perjudica, no cuesta nada, antes al contrario, se economiza calzado y se fortalece la salud.

Después de andar siete kilómetros llegué a Saint-Michel-Chef-Chef, linda aldea célebre por sus tortas. Volví a calzarme para volver al punto de partida por entre las tierras. Había muchos campos de trigo, de un trigo soberbio. Cerca de las granjas

cantaban las gallinas en los corrales, de esa manera particular que indica que acaban de poner. Porque, al fin y al cabo, si una gallina ha puesto, es un acontecimiento, y precisa que nadie lo ignore. ¡Y es justo! Si las gallinas dejaran de poner, sería una calamidad mayor que si los relojes dejaran de andar. Era, pues, dichosísimo pensando que las gallinas de los alrededores ponían a cuál más, y ya me prometía saborear las excelentes tortas que se hacen en las amasaderas de M. Grellier, con huevos y harina de trigo. ¿Qué más se necesita para que el que viene de dar un buen paseo goce de buen humor?

Pero, de pronto, una sombra obscureció este cuadro de mar, de sol y de abundancia.

En un campo en que el trigo estaba amontonado en grandes gavillas vi un alto varal en pie. De él colgaba una cuerda, y en la punta de la cuerda se balanceaba un sapo.

Me acerqué y le contemplé largo rato. El sapo estaba muerto, muerto hacía muchos días y casi seco. La piel envolvía el cuerpo en largas arrugas endurecidas al sol. No es otro el aspecto de una momia. Por lo demás, ninguna huella de golpes ni de heridas. El animalito había sido colgado de una pata, cuando estaba completamente vivo; allí había muerto de hambre.

¿Por qué el sapo había merecido semejante tormento? Es feo, pero eso no constituye un crimen. Si hubiera de ahorcarse a todos los hombres que son

feos, terrible sería la degollación de los inocentes. Por lo demás, feo y hermoso es cosa relativa. Hay personas que creen que el sapo no es feo, a fuerza de serlo. Cuando está acurrucado, con la cabeza en alto y sus dos grandes ojos fijos en el espacio, me parece interesante y gracioso. Víctor Hugo le ha cantado en un poema inmortal que podéis leer en la *Leyenda de los siglos*.

Pero no le cuelgan por feo los campesinos. Es, dicen, un animal nocivo, sucio y peligroso, lleno de veneno y que seca todo cuanto toca. En cuanto se encuentra uno de su especie, se le mata a palos o a pedradas, a menos de que no se le aplaste la cabeza de un pisotón. A algunos se les reserva suerte especial ahorcándolos vivos. Se piensa, sin duda, de esta suerte asustar y hacer huir a sus congéneres. ¡Crueldad inútil y acción injusta y mal entendida!

¿Sabéis qué hacen los sapos? Especialmente, ¿sabéis qué había hecho aquél?

Llegado en la anterior primavera a la tierra misma en que le habían ahorcado, había comenzado su trabajo después del sueño invernal, cuando el trigo está brotando, perseguido a las babosas pequeñas, que le gustan grandemente, y devorado un día tras otro centenares de larvas de insectos y toda clase de gusanos perjudiciales a la agricultura. Se había hecho así colaborador de los trabajos del campesino. Su parte de trabajo representaba algo en la hermosura de las gavillas que la hoz había tumbado. ¡Y el día

de la siega se le hacía sufrir suerte tan atroz! ¡Pobre inocente! ¡De qué injusticia abominable, de qué ignorancia tenebrosa era víctima! Tengámosle lástima, pobre ahorcado; su lenta agonía nos hace estremecer. Todos nosotros, sensibles a los padecimientos físicos, coloquémonos por simpatía en el lugar de ese desventurado animal, y figurémonos lo que hubo de sufrir. Todos también, sensibles a la injusticia, protestemos por lo que de escandalosa tiene la injusticia que le castigó. En cuanto a mí, que venía de ver tanto cielo azul y tanto mar, tanta fecundidad sonriendo en los campos, senti que algo obscuro embargaba mi espíritu. ¡Oh, aquel sapo negro bajo la bóveda azul, qué horrible! Me representaba todo lo que los hombres, por fanatismo y por ignorancia, hacen sufrir a los que consideran peligrosos criminales, y que muchas veces son tan inocentes, tan útiles como aquel sapo.

Niños, sois jóvenes, vuestros corazones, que no han sufrido, son sensibles. Si sois víctima de alguna injusticia, os sentiréis contrariados y heridos, saborearéis en el dolor la amargura a que no estáis acostumbrados. Por el daño que os causa una injusticia, aprended a odiar la injusticia misma. La mejor manera de odiarla no es mirarla airados y enseñarla los puños cuando quiera haceros su víctima, sino sentirla en los demás, sufrir por lo que hace padecer al prójimo y tratar de concluir con ella. Es combatir también la injusticia desterrarla de nuestro corazón

Temamos, más que nada, ser injustos con alguien, y, para no incurrir en esa especie de preocupación nacida de la ignorancia, aprendamos. No aceptemos nunca a la ligera las condenaciones que la opinión vulgar, muchas veces tan mal orientada, dicta acerca de los hombres, de las instituciones, de las ideas. Tomémonos el trabajo de informarnos antes de juzgar. No nos permitamos excluir o deshonrar a nuestros semejantes sin motivos graves, bien conocidos y compulsados. Ved ese sapo. Fué perseguido y puesto en la picota porque la superstición le atribuye poderes maléficos. Ninguno de ellos es verdad. Todo es falso.

Lo mismo que el sapo, perseguido y colgado, es el mochuelo. Se dice «feo como un mochuelo, feo como un sapo». No todos los pueblos han pensado siempre de esa suerte. ¿Qué asignaron los griegos como emblema a Minerva, diosa de la sabiduría? El mochuelo. Es frecuente ver a Minerva con una de esas aves en la mano, sobre el hombro o en el casco. Fueron, sin duda, sus hermosos ojos dorados, tan brillantes de noche, los que le valieron esa honra. Pero este recuerdo no le defiende. Se le declara siniestro, de mal augurio, y pajarraco nocivo. Doquiera se le puede coger es exterminado. Muchas veces, sus despojos cuelgan de las puertas de las granjas, y con implacable mano se le arranca las crías del nido, tan graciosas como su plumaje de armiño, para machacarlas la cabeza. Y, no obstante, el mochuelo sigue

siendo lo que siempre ha sido, un pájaro útil, cazador hábil de musarañas y de ratones, destructor de serpientes. Es un amigo y le tratamos como enemigo, perjudicándonos de esta suerte.

¿No hay en todo esto advertencias que debemos apuntar? Todos esos animales, que son útiles a la Humanidad que los atormenta y extermina, son los humildes compañeros de desventura de los grandes mártires del bien, de la libertad, del progreso. La Historia está llena de cadalsos, de horcas y de cruces, levantadas para los más grandes bienhechores de la Humanidad. A lo largo de los caminos que los hombres han seguido, cuelgan por todas partes víctimas del fanatismo y de la injusticia, como cuelgan en los campos y en las aldeas sapos y mochuelos.

De ello hay que aprender. Sobre todo, no hay que hacerse cómplices de estos hechos. Muchas gentes viven en la dulce ilusión de que las épocas de sombrío fanatismo pertenecen al pasado. Leyendo los crímenes cometidos por nuestros ancestrales contra los investigadores de la verdad, los defensores del derecho de los débiles, los propagandistas de las ideas de fraternidad humana, de tolerancia, de libertad, dicen: «¡Qué ventura que aquellos tiempos hayan concluido para no volver!» Se comprende que así lo crean. Pero se engañan al pensar que nuestra época está libre del mal espíritu que mostraron en el pasado hechos odiosos. Vemos los crímenes de antaño y no vemos los nuestros, que están demasiado

cerca. A diario realizamos injusticias o nos asociamos a ellas. El que odia o desprecia a un ciudadano, niño u hombre, juzga de sus ideas por las propias creencias, por las personales convicciones; el que sin reflexionar va repitiendo acerca de otro conceptos que le rebajan, le condenan sin juzgarle; el que esto se permite, forma parte del grande ejército siniestro que mantiene y propaga en la Humanidad el reinado de las ciegas pasiones, el espíritu de persecución, de exclusión, de crueldad baja y bestial.

Dejémonos aleccionar por los grandes errores y los crímenes de la Historia. Muy jóvenes aun, no seamos nunca sectarios, fanáticos, intolerantes, repetidores, idiotas y malvados, de fórmulas por las que se vilipendia, sin conocerlas, a clases enteras de ciudadanos, únicamente porque no piensan como nosotros.

Niños, si vuestros corazones juveniles se inclinan a estos pensamientos, únicos dignos del nombre de hombres que tenéis, quizá por vuestro esfuerzo hayan de ver los que vivan tiempos mejores. Y los mártires no habrían perecido en vano; y los pobres sapos no se habrán secado inútilmente al sol canicular.

Se reclama.

Sí, se reclama, y en este caso especial hay motivo para ello. Vais a ver que ello dará lugar a explicaciones que convenía dar. Pero, ¿de qué se trata? ¿Sobre qué versa la reclamación?—He aquí la cosa. En una lección, *No me interesa*, he hablado de los niños de pecho y de los que, habiendo salido hace tiempo de edad tan tierna, obran como si niños fueran.

Ahora bien: hay entre nosotros muchachos y muchachas que a nadie quieren en el mundo como al hermanito ó a la hermanita que tienen en casa. Lo primero que hacen al entrar es correr a besar al nene. Si mamá les confía el cuidado del niño experimentan gran alegría. Si el nene llora, se consternan. Pero cuando les sonrío es la pura felicidad. Oír que hablábamos de los deliciosos muñecos sonrosados, censurándoles de algún modo, ha oprimido el corazón de esos buenos muchachos. ¿No he hecho yo de

la condición del niño de pecho un uso que podría comprometer su buen renombre universal? ¿No son esos pequeños tesoros demasiado preciosos para que se mezcle su nombre en un apóstrofe destinado a sacudir y dar ánimos a un cachazudo, diciéndole, por ejemplo: *Pareces un niño de pecho?*

Esa es, en suma, la reclamación.—Demos gracias, en primer término, a los alumnos que la han formulado. Van a permitirnos rectificar y precisar, sin dejar de declarar nuestra simpatía al pueblo inmenso de los mamones. ¿Cómo podría ocurrirsenos ofenderlos? Inocentes, graciosos, los brazos tendidos, los piececillos siempre en movimiento, ¿no son la alegría de la casa? Entre nosotros sea dicho, los adoramos.

Pero a cada cual lo suyo. No confundamos los géneros y las edades. La verdadera vida consiste en desarrollarse. No es lícito permanecer estacionario; no moverse es el peor de los defectos. Se dirigía nuestra censura a esa singular debilidad de carácter que hace que el individuo se deje dominar por sus impresiones. En tanto sois pequeños no puede ser de otra forma. Nadie os censura por ello. La facilidad con que la cara de un niño pasa del llanto a la sonrisa, y lo contrario, constituye hasta uno de los encantos de esa edad. Pero en cuanto se crece, es cuestión de dominarse, de conservar el imperio sobre nuestros apetitos e impresiones. Si a los cinco, a los seis, a los siete años, no tenéis más energía que

un nene de pocos meses, la cosa es gravísima. Y si continuáis lo mismo a los ocho o los nueve años, peor todavía. Ahora bien: hay niños de esos grandes que se dejan llevar de todos sus caprichos. Se enfadan como niños pequeños, ellos que tienen la pretensión de ser hombrecitos. Parece que hasta algunos se tiran al suelo y arman escándalos. Chillan, se arrastran por el suelo y es cosa de oírles. Rabietas tales son perdonables en seres todavía sin conocimiento; pero no en muchachos que ya, por su edad, deben tener juicio.

El niño de pecho lo manosea todo, y, si no se trata de objetos de peso excesivo, se los lleva a la boca. Es su manera de trabar conocimiento con el mundo. Pero vosotros no debéis hacerlo. Chuparse el dedo a los seis y a los ocho años, ¿es lícito? Lamer los cuadernos para borrar las manchas de tinta con la lengua, ¿puede ofrecerse como ejemplo? Morder el portaplumas, o el pañuelo, o el delantal, ¿es ocupación propia de criaturas de vuestra edad? ¡Seguramente no!

Los niños de pecho se dejan servir y llevar en brazos, y se están quietos. Pero, cuando se tienen las piernas lo bastante fuertes, ¿no es una vergüenza llamar a mamá para que os lleve de un lado a otro? ¿Habéis de esperar a que os laven, os cepillen y quizá que os *limpien el moco*? Veamos quién se atreverá a sostenerlo. ¿Es razón que queramos mucho a los niños pequeños para dispensar a todos los que, ya

crecidos, hacen lo que ellos? No se trata de las criaturas. Nadie las censura, ni se burla de ellas. Pero a los mayores que las imitan hay que sacudirles fuerte y burlárseles francamente. Mirad, he aquí un caso que se presenta a diario: un niño que ya sabe andar muy bien, se cae y no se mueve del suelo. Grita, llora y espera. ¿Qué espera? ¿Que vengan a levantarlo? Pero, ¿no puede levantarse solo? Sí, pero ha tomado la costumbre de esperar a que lo levanten, porque cuando era muy pequeño hacíanlo así siempre que se caía. ¿Qué hacer? Hay que dejarle en el suelo, hasta que él solo se levante.

No sé si conocéis la manera de ridiculizar a los pequeños que, cuando se caen, no se levantan. ¿No habéis oído nunca que se les dice. *Ven aquí, que yo te levantaré?* He visto algunos que, muy dichosos por el auxilio con que se les brindaba, galopaban a cuatro patas hacia la persona que les había llamado y luego se dejaban alzar. ¿No es para morir de risa?

Los niños de pecho, quiero decir, esos mayores que son realmente tan pequeños de espíritu, tienen costumbre de pensar que hay que hacer todo lo que ellos quieren. Piden ayuda, tienden la mano, son pobres vergonzantes, mendigos. No quieren hacer el menor esfuerzo. Todos han de estar a su servicio. Pero, si tratáis de darles gusto, no esperéis que os lo agradezcan. Creen que os honráis al servirles, y esperan el momento en que dejéis de estarles obligados, para censuraros o para quejarse de vosotros.

Un día me ocurrió lo siguiente: la historia es antigua y puedo referirla, porque la niña que en ella figura es, hace mucho tiempo, madre de familia. Ibamos de excursión quince o veinte personas, entre ellas media docena de niños. De ellos formaba parte una niña, que, desde por la mañana, insistió varias veces para que la llevaran en brazos. Prestéle este servicio de buen talante y la llevé por montes y valles, unas veces sentada encima de mis hombros, otras colgada a mi espalda. Hubo un momento, no obstante, en que me pareció cansado seguir haciendo de caballito, tanto más cuanto que la que llevaba tenía buenas piernas. Deposité, pues, a la señorita en el suelo, con una sonrisa. *Me respondió haciéndome una mueca.* A partir de aquel momento siguió al lado de los demás que iban en la excursión y ni siquiera quiso volver a darme la mano. Habiendo todos visto lo amigos que habíamos venido siendo la niña y yo desde el amanecer, se admiraron del cambio, y alguien preguntó a la pequeña: «¿Por qué no quieres darle la mano?», y oyó que decía: «Es muy malo, no quiere ya llevarme a cuestas».—Es la manera de ser del niño de pecho, del niño grande. Así hay muchas gentes en el mundo. Se dejan llevar, servir, mimar, y, cuando así se ha hecho bastante tiempo, ni siquiera se les ocurre dar las gracias, sino que exigen, hablan como si fueran víctimas, se quejan de nuestra dureza de corazón.

Espero que comprenderéis ahora por qué trata-

mos de combatir ese modo de ser de niños pequeños en los que ya no tienen edad de serlo.

Pero habéis hecho bien en reclamar; no es bueno quedar bajo el peso de una mala impresión. No obstante, permitid os diga que siempre hay que pensar mucho antes de *reclamar*. Tan legítimo y útil como es hacer una reclamación justa como la vuestra, es inconveniente reclamar por hábito. Recriminar, quejarse, gruñir, murmurar, son verbos que no hemos de conjugar con demasiada frecuencia. Apelemos a nuestras propias energías, antes que esperar ajeno auxilio, y no se nos ocurrirá impetrar la ayuda de otro cuando las cosas no sean conforme a nuestros deseos.

Y aquí concluimos con el estudio interesante de los pequeñuelos. Copiemos de ellos las buenas y graciosas cualidades que tan simpáticos les hacen; pero no seamos paquetes que otros llevan y cuidan. Decidámonos a vivir, a querer, a trabajar personalmente, por el esfuerzo propio, sintiéndonos responsables, como mayores de edad, en posesión de sus medios de vida y de sus facultades.

El hombre, el burro y el saco.

Tengamos buenas intenciones; pero sepámoslas ejecutar de manera acertada. Sin ello, nuestras intenciones mejores se traducirán a veces en hechos torpes, ridículos y hasta perjudiciales.

Un aldeano va caminando hacia el molino. Ha cargado el saco de trigo a lomos de un borrico que va delante de él. Llevan andando una hora de esta manera, sin el menor tropiezo. Al hombre, sin embargo, le cuesta un poco de trabajo andar. Recientemente se ha herido en un pie, y se cansa en cuanto anda demasiado. Ya se ve a lo lejos el molino de viento; sus grandes aspas giran sobre el cerro, pero todavía quedan unos kilómetros que andar. ¿Cómo recorrerlos sin que se le canse demasiado el pie, ni fatigar con exceso al animal?

A este problema da vueltas y más vueltas el campesino en su cabeza. El burro resiste. Está en la mejor edad, sus patas son fuertes y es en extremo vo-

luntario. El saco no pesa demasiado, ni el trigo va apretado en él. Cae por ambos lados lo suficiente para que el animal soporte bien la carga. En rigor, se podría ir montado sobre el saco.

Pero el buen labriego no cansa a las bestias de su propiedad, que representan para él un capital. El que las cuida marcha bien; sus negocios prosperan. Siguiendo la antigua y loable costumbre, el burro jamás ha podido tener queja de su dueño. Nunca se le ha cargado mal ni con exceso. Su amo vacila, pues, antes de cargarle más, montando. Y el tiempo pasa sin que se resuelva a subir a la silla improvisada.

Como el pie trabaja, la molestia crece. Anda cada vez con mayor dificultad, y pronto no podrá dar un paso. Hay que resolver el conflicto.

Finalmente, una idea brota del cerebro del hombre. Quitará el saco al borrico, le colocará sobre sus espaldas y él montará en el animal.

No era un proyecto de fácil realización. Pero con habilidad y perseverancia se consigue todo. Se encuentra una paredilla bastante alta a orilla del camino. El labrador para la bestia y le quita el saco, que coloca sobre la pared. Da de comer un poco de hierba mezclada con cardos al animal, y luego le arrima a la pared y monta. Cogiendo luego el saco, que está a conveniente altura, se le coloca a las espaldas. Hecho esto, ¡en marcha, borriquillo!

¿Qué pensáis acerca del aldeano? Es tonto, de seguro, más que el burro y el saco. Es lo primero que

se nos ocurre, y risa nos da ver cómo camina de esa guisa. Sin embargo, por ridícula que sea la situación, el pobre hombre no ha tenido más que buenas intenciones. Para que su burro no resulte abrumado de fatiga, prefiere llevar parte de la carga. La lleva con el mejor deseo. No es fácil hacer lo que él hace. Conservar el equilibrio, con el saco encima y montado, es un problema. El sol toma también parte en el asunto, el camino da en subir y el hombre pasa las suyas.

Pero, ¿de qué le sirve cansarse, ir encorvado y sudar? Ha querido que el burro no se canse; pero, ¿lo ha conseguido realmente? Veamos: cuando un hombre va montado en un burro, ¿quién lleva la carga? Los dos. Pero, ¿podemos pensar al menos que la llevan a medias? No; el hombre lleva el saco entero, y el burro lleva al hombre más el saco, y éste con todo su peso. Son dos, por consiguiente, los que llevan la carga, cada uno como si la llevara solo. He aquí un singular resultado de una intención buena. Consiste ésta en ahorrar trabajo a uno, y consigue cansar a los dos a un tiempo. ¡Mala cosa!

Pero no hemos concluido. Todos saben que la carga se aguanta mejor o peor, según cómo se lleve. Llevad a un compañero a cuestas. Si se coloca bien, apenas os daréis cuenta del peso. Si se echa hacia atrás, a la izquierda o a la derecha, os fatigará mucho. Ahora bien: el asno va muy mal cargado, de resultas de lo que el campesino ideó. Se tuerce el

peso a uno y otro lado, se hace difícil conservar el equilibrio, y la marcha es penosa. El aldeano, por tanto, a pesar del trabajo que se toma, no sólo no descarga al animal, sino que aumenta su fatiga. Hubiera sido preferible que se colocara encima del saco de una vez.

Acabó por comprenderlo así, porque no era terco. La última parte del camino la hizo encima del saco, y tuvo tiempo de reflexionar acerca de este punto interesante: no bastan las buenas intenciones; hay que saber ejecutarlas de manera práctica.

Vosotros que os reís de ese labriego, ¿no habéis hecho nunca lo que él? Os recomendamos que seáis serviciales, previsores, para ahorrar trabajo a otro. Y ¿qué hacéis muchas veces para seguir tan buenos consejos? Vamos a presentaros algunos ejemplos de cómo procedéis.

Vuestro padre está haciendo cuentas. Con la pluma en la mano suma de arriba a abajo largas columnas de números. Tiene trabajo para dos o tres horas. Sabéis que cuando acabe tendrá que pasar facturas al libro, durante una o dos horas por lo menos. Es jueves. Tenéis buena letra y queréis ayudarle copiando las facturas. Y empezáis inmediatamente. Pero a cada momento interrumpís a vuestro padre con preguntas: «Papá, ¿es esto un 5, un 3 o un 8?» «Papá, este parroquiano ¿se llama Kirin o Kiriu?» «Papá, ¡qué tontería!, el dependiente ha puesto: cinco kilogramos de *patas* de Italia. ¿Qué género es ese?»

¿Patatas de cordero? ¿Pies de cerdo?»—«Tú sí que eres patoso: pasta de Italia, debería decir, y no pata».— Y así sucesivamente. A cada momento preguntáis a papá, que, en vez de emplear dos o tres horas en su trabajo, empleará más. Además corre el riesgo de equivocarse, distraído sin cesar por vuestras preguntas, y cuando haya concluido tendrá que repararlo todo. ¿Qué habéis hecho? Habéis querido ayudarle, y habéis añadido un trabajo más al que tenía encima.

Juana es muy diligente, pero muy pequeña todavía y falta de experiencia. Su madre tiene que llevar dos paquetes a la ciudad, y Juana se obstina en llevar uno. La madre le suplica que se quede en casa, y Juana rompe a llorar. Salen, pues, las dos juntas, la madre llevando un paquete grande y la niña otro pequeño. La madre, sola, hubiera ido más de prisa, y pierde tiempo por tener que ir al paso de la niña. Pero Juana tropieza, cae y se hace daño. La madre la levanta, la limpia y, como la niña cojea, la coge en brazos con los dos paquetes. He aquí cómo Juana, queriendo ayudar a su madre, la ha molestado y entretenido grandemente.

Una señora elegante tiene conocimiento de que una amiga suya, que vive en el campo, está un poco mala y no puede sacar de paseo a sus hijos. Monta en el tren y llega a casa de su amiga con una criada muy peripuesta también. «Querida mía, te traigo a Leticia, que cuidará de tus hijos y te coserá la ropa».

Pero, como la amiga que está enferma guisa también, tendrá que guisar para una criada, que, por lo demás, hará mal en alojar en su modesta vivienda.

La señora elegante no ha caído en la cuenta. Creía ayudar a su amiga y la produce mayores dificultades. Y así muchas veces nos sirven los niños y las personas mayores. Seamos serviciales, muy bien; pero seámoslo con buen sentido y discernimiento.

Se necesita muy poco.

Hubo en los tiempos antiguos, en el siglo iv antes de Jesucristo, y en el hermoso país llamado Grecia, un filósofo que tenía por nombre Diógenes. No era uno de esos hombres que piensan acerca de las cosas que el vulgo no entiende y que no pueden expresarse sino en un lenguaje especialísimo, sino un hombre práctico, lleno de buen sentido y discreción. Muchas veces, para que le comprendieran mejor, no decía nada, sino que hacía una cosa, que es el medio mejor de expresarse. Como las costumbres eran entonces ligeras, de lujo y de depravación, quiso dar ejemplo de sobriedad y de sencillez de otro modo que con palabras. Escogió un género de vida austero y trató de reducir todo lo posible sus necesidades. Por casa no tuvo a lo último más que un tonel, que llevaba rodando con facilidad adonde quería. Por vestido sólo llevaba un manto, que por la noche le servía de lecho y de manta. En aquella época, en que el trabajo

se consideraba denigrante para los hombres libres y era ocupación exclusiva de los esclavos, predicó la nobleza, si se quiere, la santidad del trabajo.

Nacido de familia bien acomodada, perdió cuanto tenía, fué desterrado de su ciudad natal y vendido como esclavo. Pero por su trabajo y firmeza de carácter se sobrepuso a todas sus desgracias. Ni la felicidad ni la desventura le amilanaban. Un ciudadano rico de Corinto le compró en un mercado de esclavos, y, comprendiendo su mucha inteligencia y fortaleza de carácter, le confió la educación de sus hijos. Diógenes, por sus firmes convicciones y su extraordinaria energía, fué tan admirado de sus discípulos, que hicieron lo que él y vivieron sencillamente.

Tener pocas necesidades, no dejarse dominar por los apetitos y las pasiones, contentarse con lo necesario y huir de lo superfluo, del lujo, de las costumbres que enervan, a fin de permanecer dueño de sí, de conservar la dignidad, el libre albedrío, la posibilidad de ser dichoso, tal era el consejo que Diógenes daba y que a diario practicaba y hacía patente con el propio ejemplo.

Un día que el rey Alejandro Magno pasó por Corinto quiso ver a aquel hombre extraordinario cuya fama había excitado su curiosidad. Llegóse adonde estaba con un séquito brillante. Al ver a aquel sabio de frente nobilísima, Alejandro quedó absorto. La admiración se apoderaba de él. Conquistador magnífico, pero insaciable, se hallaba en presencia de uno

que le aventajaba a fuerza de no desear nada y de contentarse con poco. Preguntóle delicadamente qué podía hacer por él. *No quitarme el sol*, respondió Diógenes. Quedó tan sorprendido Alejandro de la fuerza de aquellas palabras, que dijo: «Si no fuera Alejandro, querría ser Diógenes».

Todos tendríamos necesidad de meditar el consejo del viejo filósofo. La desgracia de la mayor parte de las gentes, desde su infancia, consiste en desear demasiadas cosas e imaginar que no viven felices si no ven satisfechos sus deseos. Sucede todo lo contrario. El deseo es insaciable. Cuanto más se tiene más se quiere. Las necesidades se multiplican a medida que se trata de darlas satisfacción. El apetito viene comiendo.

Los hombres son todos niños en este punto. Notad lo que ocurre si un niño logra todo lo que desea, se desarrolla su capacidad de desear. Hoy pide un caballo de madera, y se le traen. Mañana una bicicleta, y se la compran. Pasado mañana será un tren, una caja de música, patines, un coche, un banco de carpintero. No se le niega nada. ¿Qué sucede? Va de un juguete a otro, olvida uno por otro y al cabo desea algo nuevo, teniendo lleno su armario y la habitación. Pero no por eso es más dichoso: al contrario, el niño que sólo dispone de algunos sencillos objetos para distraerse, les toma más cariño, los utiliza mejor y más a menudo, saca mucho más provecho de ellos. Una vez vestido, alimentado y limpio, con

el ánimo bien equilibrado, necesita poco para ser feliz. Cualquier cosa puede producirnos el mayor placer, si para ello estamos preparados.

Algunos son muy golosos, amantes de manjares refinados y varios. Son, como se dice, bocas delicadas y no piden más que comer. Y esto, ¿a qué conduce? Si adquieren la costumbre de gustar demasiado de la mesa bien servida, ¿dejarán de interesarse por cosas que no pueden comerse ni beberse, pero que no por eso contribuyen menos a la dicha, mejor que la cocina más esmerada? Se les embotará el entendimiento, perderán la facultad de sentir. El estómago les será obstáculo para el desarrollo de la inteligencia y del corazón. Se habrá limitado para ellos el campo de los goces, justamente porque sólo piensan en el goce de comer; luego, a fuerza de atender sólo al estómago, se cansarán, se ahitarán y tomarán repugnancia a la comida. ¿De qué les habrá servido entonces estimular su apetito? Nada los incitará ya a comer.

De igual manera, los que han tomado el partido de estar de diversión perpetua y de no trabajar nunca, ¿creéis que son por eso más dichosos? En verano se van al fresco, en invierno buscan el sol. Mudan de lugar cuatro o cinco veces al año, y más; varían de pueblo, de deporte, de diversión. Pero lo que se hace sin cesar, al fin cansa. A fuerza de estar siempre divirtiéndose, acaba uno por no poder divertirse, como, a fuerza de arder la lámpara, se consume. Te-

ner muchas necesidades es ser muy esclavo, no vivir tranquilo, tratar de lograr una satisfacción que nunca se alcanza.

Simplifiquemos nuestros deseos, nuestra vida, nuestros gustos; pidamos pocas cosas y verdaderamente útiles, y seremos mucho más dichosos, porque sabremos contentarnos. Desear siempre más, tender siempre la mano a otras cosas, es condenarse al suplicio de Tántalo, a la agitación perpetua y al descontento. Si queréis ser dichosos e independientes, sabed bastaros a vosotros mismos, arreglaros con lo poco que tenéis. Poned en esto poco el cuidado necesario, para que, si vuestro traje es modesto, esté siempre limpio y presentable; si vuestra comida sencilla, sea siempre sana y bien condimentada; si vuestra morada falta de pretensiones, aparezca agradable y limpia; si vuestras diversiones sencillas, honradas y recreativas, sean verdaderamente capaces de producirnos alegría. ¡Se buscan tan lejos las distracciones, y a veces se necesita tan poco para contentar a todos y hacer que experimenten las sensaciones más gratas! Oid, voy a contaros una historia en que veréis unos niños que se divertieron realmente con poco. Cualquiera puede hacer otro tanto y de mil maneras distintas.

Hacia dos días que estaba lloviendo. Diez niños, muchachas y muchachos, estaban en el campo, encerrados en casa. No había posibilidad de salir, de expansionarse un poco. ¡Qué fastidio! Unos abrían

la boca aburridos; otros tenían mal humor y se hacían insoportables. — ¡Vamos, pedazo de tontos, les dije, animaos, que vamos a hacer un *guignoll*! — ¿Con qué? No hay teatro ni figuras. — Primero haremos las figuras, y el teatro será el marco de esta ventana, que taparemos, a la altura de una persona, con un tapiz viejo. — Dicho esto, se sacaron de un cajón trapos de varios colores. Eso para los trajes. — Pero las cabezas de las figuras, ¿con qué las haremos? — Nada más sencillo. Encontraremos con qué hacerlas en la cocina. Cocinera, ¿tenéis un nabo grandecito, un rábano, un poco de apio, una zanahoria, frutas y unas cuantas patatas? Con un cuchillo y estas legumbres se hacen figuras diferentes. Con tinta se pintan los ojos, la nariz y la boca. ¡Ya está armada; adelante con los faroles! Se había hecho de noche mientras se preparaban las cosas, y una lámpara alumbraba la escena. ¡Era un encanto! Niños y niñas estaban con los ojos abiertos, siguiendo las peripecias del drama. Ni uno de los diez recordaba ya si fuera llovía o hacía buen tiempo. Y cuando al final, por un movimiento mal hecho, cayó la silla en que estaba subido el actor invisible, ¡*pataplum!* y la lámpara cayó también y se apagó, aquello fué el delirio. Todos creían que la catástrofe final formaba parte de la representación, y nunca se habían divertido tanto.

¡Cuán poco se necesita para ser feliz!

¡De eso me río yo!

El que vive cerca de una iglesia oye sonar las horas, a veces las medias horas y los cuartos. Tiene además la ocasión, grata para unos y molesta para otros, de oír tocar las campanas, a la oración matutina y de medio día, a la queda, a entierro, a boda y a bautizo, y casi no hay hora en el día en que no oiga un toque u otro. No obstante, hay campanas que tocan más que otras. Las palabras y las expresiones del lenguaje son algo como las campanas; todo el día, dondequiera que hay hombres, suenan, murmuran, repican las palabras. Pero ciertas expresiones se usan más que otras.

Dudo que haya en toda Francia ninguna campana que toque, en ciudades y campiñas, tanto como esta expresión: *¡De eso me río yo!* En tono de campana gorda de catedral, hendiendo los aires con amplitud; en tono de campana de fábrica, tocando rápida; en tono de timbre, de cascabel, de carraca, esa

declaración brota de labios graves y de labios ligeros, de boca de jefes y de soldados, de gentes de la ciudad y del campo, de padres y de hijos, de compradores y de vendedores, de hombres y de mujeres. Si se pudiera estar en todas partes y oír a todos, estas palabras sumadas, mezcladas, confundidas, harían un ruido semejante al de los molinos en que se agitan centenares de ruedas y dan vueltas muchas mulas, y se oíría día y noche: *¡Me da risa, me da risa!*

¿Qué es eso de que todos se burlan? ¿Es bueno hacer tan prodigioso consumo de: *¡De eso me río yo, de eso me río yo!* Si no uso otras palabras más expresivas, pero menos pasaderas, he de deciros, sin embargo, que significan lo mismo. Pero las que aquí pongo son las más respetuosas para mis lectores. Y les pruebo mi respeto prefiriéndolas a otras. Pero, en el fondo, tanta gravedad tiene decir unas como otras, muestran no muy buena intención.

El que es bueno se interesa por las cosas y por los hombres, que nunca le son indiferentes. Observa amablemente cuanto ven sus ojos, y es respetuoso en todas las circunstancias. El que es malo se burla de cosas y de personas.

A un estudiante, que atropellado sale de la escuela y tropieza con un ciego, al que está a punto de derribar, alguien dice: «¡Cuidado, joven, habéis tropezado con un ciego!» «No me importa». — ¿Qué sentimientos son los que así se expresan? — Se quiere

decir: ¿Qué puede hacerme un ciego? No me preocupa...

Ese muchacho, a quien su conducta con ese desgraciado hace le coloquemos entre los malos sujetos, ha merecido durante el día varias reprimendas del maestro; pero siempre ha dicho al que tiene al lado: «No me importa». Y, si no lo ha dicho por miedo a que le oyeran, estaba escrito en su rostro. Saber o no las lecciones, haber hecho bien o mal sus trabajos, tener o no en orden sus cuadernos, aseados sus libros, limpia la ropa que lleva puesta, todo le es absolutamente igual.

Es evidente que el que así es como alumno no puede ser buen hijo, al que interese agradar a sus padres trabajando y siendo afable. Su manera de ser les causa pena; se preguntan angustiados qué suerte correrá más adelante el muchacho, hoy holgazán e irrespetuoso. Preocupación por parte de los padres, mal concepto que de él tienen sus compañeros, todo le es indiferente.

Indiferente también la actitud que con él observan las personas con quienes vive y a las que a diario molesta, ofende, escandaliza con sus brutalidades y descaros. Muéstrenle la mayor indiferencia cuando pasa, háganle observaciones con amabilidad o con dureza, nada le conmueve.

Lo primero que piensa por la mañana al abrir los ojos es: «No me importa». Y por la noche, antes de dormirse, repite, a guisa de oración, la misma frase.

Sin más que ver trabajar a algunos se comprende que toman a broma su trabajo. Mirad cómo tienen en la mano la herramienta o los útiles del oficio, pico, cepillo o pincel, como si no fuera suyo. Resulte la labor chapucera o esmerada, no es lo que más les preocupa. Bien puede adivinarse qué clase de trabajo ejecutan los tales sujetos. Trabajan como si no trabajaran, barren como si no barrieran, y, si les hacéis una observación, es como si cantarais. Pero también, si se burlan del trabajo, el trabajo se burla de ellos. El que se ha encargado de hacer una escalera de mano y la ha hecho mal, si más tarde quiere subirse a ella, se le rompe con el peso del cuerpo. Pero lanza un juramento y no se corrige.

Algunos empleados toman a juego su servicio. Se acuerdan tanto de la primera camisa que llevaron puesta, cuando les estaban criando, como del cargo que les han confiado. Fuman cigarrillos, juegan o se calientan a la estufa. Diríase que para hacer eso les da un sueldo el Estado. Si el público protesta, se ríen del público.

Frecuente es encontrar gentes que se burlan de la higiene. Gozan ciertamente de buena salud, dichosos de tener tal fortuna. Pero, si han de guardar algunas precauciones para conservarla, no las guardan. Poco importa que les digáis esto o lo otro; no harán caso. Os dejarán en ridículo si habéis expresado el temor de que les perjudique beber de toda clase de licores, pasar las noches de jarana en lugar de

dormir. Se burlan de sí mismos, desgraciados, porque la salud más robusta necesita ser cuidada y sostenida con algún miramiento. Si constantemente la faltáis, acabará por faltáros. Y esas risas de las gentes que se burlan de las precauciones y de la prudencia, se transforman muchas veces en gestos de dolor.

No son pocas las gentes que se burlan de las cosas públicas. Respetan lo que ostensiblemente es de Pedro o de Pablo, porque ven que es de *alguien*. Pero lo que es público, no es de nadie. O' más bien parece destinado a que nadie cuide de ello. Así hacen daño en los jardines, rompen los bancos de los paseos, el pavimento de los edificios públicos y no vacilan en obtener ganancias a expensas del dinero del procomún. Si muchos son los que así obran en un país, no se necesita ser profeta, o saber predecir el porvenir por los posos del café o consultando las cartas, para decir la suerte que semejante país correrá a la larga, por culpa de sus ciudadanos.

Algunos se burlan de las leyes. Basta que se mande algo para que hagan lo contrario. La prohibición de que se atravesese un campo, equivale para ellos a una invitación a pasar todos los días por él. En los sitios donde está prohibido pescar, echarán con más gusto sus redes, y, si a lo largo del río hay un sitio en que esté prohibido bañarse, allí se sumergirán con predilección.

La misma desgracia, que parece, no obstante, me-

recedora de nuestro respeto, por todo lo que en nosotros hay de humano, la desgracia no se libra de ese espíritu que de todo se burla. Para el malvado burlón son motivo de risa los lisiados, se alborozan con las caídas y accidentes malaventurados que en la calle ocurren, encuentra motivo para hacer chistes en las actitudes y las contorsiones del dolor. No tener consideración a lo que es digno de ella, rebajar lo que es noble, manchar lo que es bello, son sus ocupaciones corrientes.

En apariencia, tienen ingenio los burlones. Créenlo ellos al menos, porque lo derrochan con cualquier motivo. Pero su ingenio es a la inteligencia verdadera y positiva lo que el oropel al oro, lo que la baratija callejera a la mercancía de buena calidad.

No seamos tan tontos que nos dejemos engañar. El petróleo es como agua; pero, si con él regáis vuestras hortalizas y vuestras flores, ya me diréis si crecen.

Cuando el alumno se burla del maestro o éste del alumno, los padres de los hijos o los hijos de los padres, el obrero de su trabajo, el artífice de su oficio, el artista de su arte, el juez de la justicia, el soldado del honor, el ciudadano de la patria, y cada cual de su deber y de su prójimo, es como si regáis vuestras plantas con petróleo. ¡Cuidado, pues! No digáis: ¡de eso me río yo, no me importa!, y, sobre todo, no lo penséis. Porque ese modo de pensar todo lo descompone.

Cierto olorcillo a amoníaco indica que el pescado no está fresco. El que por divisa tiene la burla perpetua, huele a amoníaco. ¿Qué vale? Lo que el pescado que no está fresco.

Pesas y medidas.

Las pesas y medidas desempeñan mucho papel en el comercio. A excepción de algunos artículos de poca importancia, todo se vende al peso o por medida. Y aun lo que no se coloca en balanza, se pesa o se mide siempre de alguna manera. Compráis una naranja, la tomáis a peso en la mano y calculáis a ojo su tamaño.

El sistema métrico nos ha dotado de todo un conjunto de medidas y de pesas, tan rigurosamente determinadas, que nadie puede abrir tienda sin verse obligado a servirse de ellas.

Para comprobar la buena fe de los comerciantes, el Estado tiene sus fieles contrastes de pesas y medidas, que revisan de tiempo en tiempo unas y otras. Cuando llegan a una tienda, desgraciado del comerciante a quien cogen en falta. Es cosa que todos saben.

Querría, partiendo de hechos tan conocidos, ha-

ceros ver que, no sólo en el comercio en que se trafica con mercancías, sino en las relaciones sociales entre los hombres, en el comercio intelectual y moral con nuestros semejantes, hay que *tener en cuenta peso y medida*.

Alguna vez habréis oído decir de un señor que es *un hombre de peso*. ¿Quiere esto decir que es hombre muy corpulento y que podría, en caso necesario, figurar en la Sociedad de los «Cien kilos»? Nada de eso. Puede tratarse de persona muy pequeña. Pero tiene experiencia, saber, discreción. Su consejo, por consiguiente, interesa y pesa alguna cosa. Hay que tenerle en cuenta.

El hombre político que tiene influencia en el Gobierno o en el país, es un hombre de peso.

De igual modo un industrial, o un comerciante, o el propietario de un terreno, que representa, no solamente sus intereses, sino los de los trabajadores a él asociados, es un hombre de peso. Si somos de verdad inteligentes y justos, hemos de tener en cuenta, no sólo las palabras de un hombre de esa clase, sino también las de cualquier ciudadano honrado, y aun las palabras de un niño cuando es sincero y representa una verdad, un derecho cualquiera. No es preciso que se conceda únicamente valor a las opiniones de los que tienen influencia, poder o fuerza a su disposición para apoyarlas. Que se les oiga es justo, si lo que dicen es digno de ello; pero, ¡cuidado! El verdadero peso de un hombre está en la justicia de

su derecho, en su buen sentido, en la verdad de sus palabras, en la exactitud de lo que dice. Ahora bien, si hay buen sentido, equidad y verdad en las palabras de un pequeño, de un pobre, que nada pesa como riqueza ni como posición, sus palabras no tienen por ello menos valor. Veis así que hemos de abrir el ojo para no equivocarnos. Lo de más apariencia no es siempre lo que tiene más valor efectivo. Se hace muchas veces a los niños esta pregunta, a la vez capciosa y divertida: «¿Qué pesa más, un kilo de aire o un kilo de plomo?» Los que piensan no caen en el engaño y responden: «Tanto pesa el uno como el otro» Pero, ¡cuánto más volumen tiene el kilo de aire que el de plomo!

La palabra ligero es de uso corriente en el lenguaje. Decir: «No pesa mucho ése», equivale a decir: «No vale gran cosa». Y sabéis bien lo que esto quiere decir, aun cuando los hombres ya no se vendan en el mercado como en otro tiempo los esclavos, ni se coticen como el café, el arroz y el algodón. Si los padres o los maestros hablan de la ligereza de un estudiante, comprendéis inmediatamente de qué se trata y que no es cuestión de kilos. Hay muchachos que rebosan de gordos hasta hacer estallar la ropa. Son ligeros, sin embargo, y su ligereza es dolorosa para sus padres. Por nada del mundo quisiera que mañana pudiera decirse de una u otra de las niñas que oyen esta lección que son personas ligeras. No quiere decirse que ser es-

belta y graciosa siente mal a una mujer; pero señorita o mujer ligera es la que no es seria; no piensa en su trabajo, sino en cosa distinta a lo que la importa, y con facilidad se distrae, se aparta, abandona sus ocupaciones.

«Hay que pesar los actos y las palabras», habéis oído decir a veces. Y ¿qué significa? Que hemos de reflexionar antes de abrir la boca y no pronunciar otras palabras que aquellas cuyo sentido y alcance conozcamos. Evidentemente, todo depende de las circunstancias. Cuando estáis entretenidos jugando y divirtiándoos con vuestros compañeros, si hubierais de pesar cada palabra, cada grito, resultaría insoportable. ¡Malhaya la diversión en que no puede uno abandonarse un poco! ¡Malhaya los compañeros quisquillosos y susceptibles con quienes siempre se ha de estar en guardia y pesar todas las palabras que se dicen en peso de oro! Pero en cuanto se trata de hacer justicia a los demás, no hay que hablar a la ligera. Podéis hacer mal y ofender gravemente con juicios desconsiderados.

¿Os gusta que se os moleste cuando jugáis, que se os digan palabras burlonas o mal intencionadas?— No.—Entonces, cuidado de no hacer a los demás lo que no queréis que se haga con vosotros. Pesad vuestras palabras, medid vuestras acciones. Antes de dar un paso, de realizar un acto, medid su alcance; como antes de tirar una piedra hay que asegurarse de que a nadie puede dar; como antes de cru-

zar la calle se mira a un lado y a otro para ver si puede cruzarse sin peligro.

Obrar a tontas y a locas os expone a numerosas contrariedades. Hay quien se divierte jugando con su pelota en una plaza pública y la mete en un comedor por una ventana abierta. Cae en la sopera en el momento en que todos los de la casa se regocijaban con la idea de comer; la sopa les salpica, y, en cambio, ninguno podrá tomarla ya. He aquí una comida estropeada, una pelota perdida y unas orejas que estarán muy amenazadas de oír lo que no querrán. A cada momento los niños cometen, sin pensarlo, faltas cuya gravedad les sorprende y aflige luego. Pesar y medir antes es, pues, operación saludable.

En todo, por otra parte, hay que guardar medida. *Nada con exceso.* ¡Qué sabio era el viejo filósofo que pronunció esta sentencia y la ofreció como regla de la vida. Todos estamos sin cesar tentados a hacer demasiado o demasiado poco. Cuando habríamos de medir las cosas con cuentagotas soltamos el chorro.

Queréis calefacción en la sala de estudio y, cuando llegáis, la estufa está al rojo. ¿Es que la clase es un horno?

Hace frío, se os aconseja que vayáis bien abrigados, y lo hacéis hasta el punto de ahogaros. No podéis moveros sin sudar; es demasiado.

Rompéis un plato: en la casa se desencadena una tormenta tal, que parece que hay terremoto. Evidentemente la cosa no era para tanto.

Algunos no pueden callarse cuando han empezado a hablar. Se les suelta el grifo y sale un diluvio de palabras.

Otros no logran abrir la boca. O más bien parece que las palabras son dientes que se necesita arrancarles.

Excesivos en todo, algunos no tienen medida cuando se ponen a trabajar. Querrían acabar de una vez todo lo que tienen que hacer. Luego se pasarán días enteros sin hacer nada. En la mesa, si un plato les gusta, toman de él con exceso; pero, si les desagrada, toman demasiado poco. Juegan con exceso, corren con frenesí, gritan como si todos fueran sordos, se mueven como si tuvieran el baile de San Vito; pero, cuando lloran es una desolación, como si se acercara el fin del mundo, y cuando se enfadan ponen una cara que parece que no han de volver a reírse nunca. Todo éso es irracional. Con un poco de medida resultarían mejor las cosas. ¡Y qué falta haría también la medida en la vida de tantas gentes intemperantes y desenfrenadas que siempre se pasan de los límites y echan a perder todo por exceso, incapaces de gobernarse y de estar en lo justo!

Para acabar esta lección sobre pesas y medidas os recomendaré que nunca tengáis dos de las primeras ni de las segundas. Comerciantes falaces esconden debajo del mostrador pesas faltas, de que se sirven en momento dado para robar a los compradores.

Pero, cuando creen que les ven, sacan las pesas legítimas. Es grave, muy grave, tanto que la cuestión merece ser tratada a fondo, y la consagraremos una lección especial.

Dos pesas, dos medidas.

¿Qué es la hipocresía? Consiste en aparentar lo que no se es.

Hay hipocresía en usar dos pesas y dos medidas. Y ¿por qué? Porque aparentemente se respetan peso y medida, puesto que se utilizan. Parece que se dice al parroquiano: «Veis, peso el género, hay un kilo». Pero si la pesa que se utiliza no pesa el kilo y el litro no es tal, entonces se usa, para engañar al prójimo, precisamente el medio que ha de servir para darle lo debido. Con apariencias de exactitud se comete un fraude.

Es vicio que está muy extendido. Forman legión las medidas de a litro que no tienen la cabida exacta, los cuartillos que no son cuartillos. Se pone mucho vidrio para que resulte bonita la medida, pero no es exacta.

¿Sabéis cuál es el mejor castigo para los que usan

estos procedimientos?... Que otros comerciantes tan bribones como ellos los engañen a su vez.

He aquí una historia que ha tenido que fallar un juez de paz. Un panadero y pastelero, que para su negocio utilizaba manteca, la compraba en gran cantidad a un mantequero, el que, a su vez, compraba al panadero mucho pan. Un día, el panadero tuvo la humorada de repesar la manteca, y vió que faltaba bastante en el peso. Desconfiado ya, volvió a pesar la manteca que iba recibiendo con regularidad, y con regularidad también observó que venía falta de peso. Indignéle tanta perfidia por parte de un proveedor al que daba mucho dinero a ganar, y lo demandó al juez.

El juez, persona honrada y de experiencia, trató de llegar al fondo de las cosas. Preguntó al mantequero de qué pesas se servía para pesar la manteca. El mantequero respondió: «Mis pesas están en regla; pero, como entre el panadero y yo hay cambio regular de productos, me sirvo para pesar la manteca que le remito de los panes de cuatro libras que él me envía a diario». El juez envió al alguacil a la panadería a recoger unos cuantos panes de cuatro libras. Se pesaron y a cada uno le faltaban 200 gramos por lo menos. Entonces el juez dijo al panadero: «¿De qué os quejáis? Os sirven como servís; os dan el peso que daís».

Pero, para que ambos aprendieran a ser honrados, les castigó con iguales multas. Es lo que debiera

ocurrir a todos los que truecan las pesas, a todos los que se sirven de medidas de doble fondo, o tuercen la balanza para que caiga del lado que les conviene.

Tener dos pesos y dos medidas no es solamente una falta en el comercio. Lo es mucho más fea aun en nuestra manera de tratar y juzgar las acciones ajenas y las nuestras, y, sin embargo, no es menos general. Cuando se trata de sentenciar las malas acciones de otros, somos severos e implacables. Si se trata de nosotros mismos, pensamos poder usar de indulgencia, buscar motivos de explicación favorables, excusas si se quiere. Eso se llama tener dos pesas y dos medidas.

Pero nada se consigue obrando así. ¿A quién se engaña haciéndolo? A uno mismo. ¿A quién se perjudica más? A uno mismo. Nos favorecemos juzgándonos con sinceridad, pesando bien nuestras acciones, haciéndonos capaces de arrepentimiento por el disgusto y el dolor, haciéndonos aptos para corregir nuestros defectos. La severidad que con nosotros tengamos es saludable. No inclinamos, torciéndola, la balanza en favor nuestro.

Cuando se quiere representar la Justicia se nos muestra una matrona que tiene la balanza en la mano, pero que lleva los ojos vendados. ¿Qué quiere decir este símbolo? ¿Significa que para juzgar las acciones y a los hombres no hay que ver claro? ¿Que el mejor juez es el que menos conoce la causa, y que,

para dictar bien la sentencia, basta no saber de qué se trata? Absurdo tal no puede concebirlo ningún espíritu. Pero, si se representa a la Justicia con los ojos vendados, es para hacernos comprender que no debe guardar consideración a las personas. Mira y pesa las acciones en sí. No es ese nuestro modo ordinario de juzgar. Tenemos pesas y medidas para juzgar a nuestros amigos, y otras pesas y medidas para juzgar a nuestros adversarios.

En la vida pública propendemos a la indulgencia con nuestros amigos políticos, a la severidad con los contrarios. Si surge un motivo de escándalo en grupo amigo, tratamos de quitarle importancia. Pero si el culpable es de un grupo enemigo, se pone todo lo posible la falta de relieve. Son usos corrientes entre los mayores y entre los pequeños. Los niños se acostumbran así en los bancos de la escuela, y los ciudadanos siguen haciendo lo mismo en todos los órdenes de la vida pública. No se pesa a los amigos y a los enemigos con la misma balanza.

Pero nadie, en suma, es víctima de estos procedimientos más que los que los usan. La injusticia se vuelve contra sus autores. Os engañáis creyendo que hay quien logra ventaja siendo parcial con los amigos. Las faltas ocultas son como las llagas secretas. Envenenan. Seamos justos con todos, escrupulosos con todos. No nos permitamos pesar menos bien las acciones de los adversarios que las de los amigos. A cada cual lo suyo, es siempre lo mejor,

aun cuando la justicia quiera que se censure a los amigos y se alabe a los adversarios.

La parcialidad desmoraliza el mundo entero. Juzgar por vosotros mismos. ¿Queréis que en casa o en la escuela pueda decirse: «Algunos pueden permitirse muchas cosas, sin que los regañen siquiera, otros no pueden ni moverse, sin que los regañen y los castiguen?» ¿Qué niño en su casa, qué alumno en la escuela, no se siente herido en sus fibras más hondas cuando ve que se hacen *diferencias*? Entonces, ¿a qué tratar a los demás de un modo que no os parece bueno para usado con vosotros? ¿Por qué, si la parcialidad es tan odiosa, la tenéis con ciertos compañeros? ¿Por qué decís: «Si se tratara de Pedro, no te hubieras enfadado tanto; pero a mí no puedes aguantarme nada; si lo hubiera hecho yo te parecería mal; pero, como lo ha hecho Lucía, te parece perfecto?» Todo eso es tener dos pesas y dos medidas. La experiencia nos muestra a diario las tristes consecuencias de proceder tan deplorable. Hagamos al menos algún que otro esfuerzo para vernos libres de él.

No obstante, hay que hacer alguna observación. Aplicar a todos, invariablemente, la misma medida, puede degenerar en injusticia. Se mide el grano por fanegas; la cinta, por metros; la superficie, por metros cuadrados, y la cabida, por metros cúbicos. Para los niños y para los hombres, conviene elegir también el mejor modo de apreciarlos. Para juzgar los trabajos que con destino a sus clases hayan he-

cho varios alumnos, es evidente que hay que tener en cuenta los medios de que disponen. Lo que en un muchacho de doce años es falta grave, es pecadillo muy perdonable en otro de cinco. No hay que juzgar como si se tratara de máquinas inanimadas, sino hacer intervenir el corazón, la conciencia y el tacto en nuestras apreciaciones. En una palabra: a cada cual hay que juzgarle con su justa medida y pesarlo todo con justa balanza.

Interés general e Interés particular.

Con ejemplo para ilustración del tema.

Empecemos por el gran mitin de los *burros* y los *jilgueros* en defensa del cardo.

Todo llega. Nunca podría declararse imposible lo que, después de todo, entra en los límites de lo posible. Si no me equivoco, dijimos un día que no era probable que el cardo desapareciera jamás. Ahora bien, he aquí una historia que parece probar lo contrario. Verdad es que esa historia ocurre mucho más allá del año 2000, y que de aquí a entonces pasará mucha agua por los ojos de los puentes. Escuchadme:

La otra noche soñaba yo durmiendo. Naturalmente no lo sabía, porque nunca se sabe que se sueña. Creía, pues, que era verdad lo que ocurría. Leía yo en

un libro muy grande y hermoso, impreso el año 2386, cosas magníficamente ilustradas, pero tan bien ilustradas que se veían los objetos como en la vida real.

Es muy frecuente que no se recuerde lo que se ha leído así, soñando. Felizmente, esta vez ocurrió algo enteramente distinto.

Al despertar, recordé admirablemente lo que había leído y visto en el gran libro lleno de maravillas. Encendí inmediatamente la luz, y, para estar seguro de no olvidar nada, consigné por escrito la historia siguiente, para leerlosla:

En la hermosa Turena, un domingo por la mañana, a la salida de la iglesia, en la plaza mayor, donde se celebra el mercado, se veía un cartel enorme. En medio de él había una figura representando un horrible dragón de cien cabezas, vencido por un San Miguel que llevaba la blusa azul de los campesinos. Las cabezas y las patas del dragón eran flores y hojas de cardo. Y, alrededor de la figura, se leía: «¡Victoria; el viejo enemigo del labrador ha sido vencido, vencido por la ciencia y la constancia. Redoblemos nuestros cuidados! Sigamos puntualmente el procedimiento recomendado por nuestro sabio compatriota *Distelin*, y dentro de dos años el cardo podrá clasificarse entre las especies desaparecidas de la flora europea».

Tanta gente leyó aquel cartel que el día de que hablamos no fué otro el tema de conversación en aldeas y caseríos, en la taberna, en los casinos. A to-

dos los burros que paraban en el mercado o trotaban por los caminos les zumbaron los oídos. Sacudían la cabeza asustados. Hubiérase dicho que en las orejas de cada uno había entrado un insecto maligno y que trataba de expulsarle sacudiéndolas de firme.

Al atardecer, en todos los campos baldíos en que pastaban los borricos, no se trató más que de la gran noticia: «*El cardo va a desaparecer, se decían los pardos compañeros unos a otros, ¿que va a ser de nosotros?* — No sucederá, rebuznaban pronto los más exaltados, dando patadas en tierra. Hay que poner al corriente a todos los que llevan albarda y mordisquean el cardo, para organizar una gran campaña contra los que nos amenazan. El cardo es nuestro pan; le distribuimos, pero vivimos de él». Y hubo conciliábulos, galoparon correos, se organizaron mítines. Como un solo borrico moviéronse y alzáronse todos.

Un viejo burro, que había aprendido el idioma de los jilgueros, llevando mucho tiempo un carrito en el que colgaban dentro de una jaula algunos de estos pájaros, fué enviado como embajador a los graciosos cantores. Cuando empezó su arenga, todos ahogaron la risa por lo extraño de su acento. Pero pronto substituyó a la risa la consternación. Vocerío inmenso, en el que se mezclaban mil pequeñas voces irritadas, acogió el final del discurso. Se calificó de *odiosa* la empresa, que tenía por objeto la extirpación de la mala hierba que era la delicia de los jilgueros. Final-

mente, asociáronse por unanimidad al plan de alianza y de lucha sometido por la corporación de los burros a la confederación de los jilgueros, plan que consistía en organizar una manifestación monstruo.

Se enviaron banderolas, así como carteles, estandartes y símbolos significativos. El día designado púsose en marcha el cortejo por la ciudad y por los campos. Los burros eran legión; negros y grises, pequeños y grandes, parecían brotar del suelo. Los jilgueros se cernían formando nubes... Hubiérase dicho que las cisternas inagotables del aire se habían abierto para dejarles escapar. Finalmente, sobre un carro que circulaba a través de la muchedumbre, se leía la siguiente petición: «Todos nosotros, viejos servidores del hombre y que merecemos su agradecimiento, por los más diversos trabajos, y en particular lo que concierne a los burros por el consumo en masa de los brotes nuevos del cardo, y en lo que concierne a los jilgueros por hacer desaparecer cantidad infinita de simiente de cardo, venimos a pedir benévola atención a nuestros dueños. ¡Desaparezca el cardo y veréis la miseria a que nos veremos reducidos! Quieran, pues, los hombres dejar subsistir el cardo reducido a sus actuales proporciones, y encargarnos a nosotros, como en los siglos pasados, de su extirpación racional».

En el momento más conmovedor del desfile, toda la nube de jilgueros y todo el ejército de los burros se colocó en fila frente a la petición, y, para dar más

fuerza a la misma, todos, bípedos lo mismo que cuadrúpedos, lanzaron con ardor salvaje sus gritos ordinarios. Aquella algarabía me despertó. Mi sueño había terminado.

Tiene todo él muchos puntos de contacto con la realidad. Casi siempre los que tienen a su cargo un servicio de interés general, atienden a sus particulares intereses.

¿Qué es, por ejemplo, un cazador de topos?—Es el que destruye los topos.—Perfectamente. Les pone lazos en las praderas y en las huertas donde hacen sus destrozos. Cuantos más extermina, más se le quiere y retribuye. Porque en muchos sitios donde se ponen a precio las cabezas de topo, a más del pequeño sueldo fijo, el topero cobra un suplemento por cada una. Puede, por tanto, decirse que el topero es el que extermina los topos y de ellos vive. Su oficio tiende a hacerlos desaparecer. Pero, al propio tiempo, para que haya toperos, tiene que haber topos. Debe, pues, desear que no se concluyan, para que no se suprima su oficio, para que pueda matar los más posibles de estos animales y percibir el premio. De un cabo a otro llegamos a este resultado: los toperos tienen interés en que los topos, que tienen a su cargo destruir, existan siempre. Los loberos tienen interés en que los lobos, a los que dan caza, no desaparezcan nunca; los cazadores de ratas desearán que haya siempre animales de esta clase.

En algunas comarcas, para disminuir el número

de víboras, pagan cincuenta céntimos y hasta una peseta al que lleva una víbora muerta. En ellas, los que se dedican a esta caza desean, naturalmente, encontrar muchas, porque les hace ganar buenos jornales.

¿A quién le disgustaría grandemente que llegase día en que no se encontrara ninguna?—A él.—Por igual razón hay oficiales y soldados que no sueñan más que con guerras. Es natural que, cuando se está incesantemente tirando al blanco y haciendo simulacros de batallas, se desee alguna vez guerrear de veras. La paz no favorece la carrera de las armas y retarda los ascensos. Pero si caen oficiales en la pelea, sus puestos han de proveerse. Y ¿para qué tenemos ejércitos?—Para defender la patria. —Cuanto más y mejor esté defendida, menores serán los riesgos de guerra. De suerte, que mantener un ejército es trabajar por la paz. Pero si la paz llega a ser permanente y general, los ejércitos disminuyen y acaban por desaparecer y terminaría la carrera militar. Luego los militares están destinados a evitarnos las guerras, y por la fuerza de las cosas han de desear que las haya siempre.

Y si no hubiera enfermedades, o si las enfermedades disminuyeran casi hasta desaparecer, ¿qué ocurriría, qué clase de gentes quedarían al cabo sin ocupación?—Los enfermeros, practicantes, farmacéuticos, médicos, cirujanos y directores de hospitales.— Ahora bien: ¿para qué se tienen médicos, farmacéuti-

cos y enfermeros?—Para cuidar de los enfermos, velar por la higiene, luchar contra las epidemias, reducir y suprimir todo lo posible los contagios, los orígenes de infección y de enfermedad. Toda esta gente está destinada a acabar con el sufrimiento, y de él vive al mismo tiempo. Cuantos más enfermos haya, más prosperarán los farmacéuticos, los médicos y los enfermeros.—Es la misma historia del cardo, de los burros y de los jilgueros.

Y ¿qué harían la Guardia civil, los policías, los jueces y los abogados si no hubiera más crímenes, criminales ni causas? Se acabarían todos esos oficios.—¿Qué hemos de pensar de todo esto?—¿Que los burros y los jilgueros tenían razón para manifestarse en masa, para que siguiera habiendo mala hierba. ¿Que todos aquellos cuya misión es luchar contra el mal tienen razón para asociarse y pedir que el mal continúe, para que no acabe su carrera? No.—Deduciremos que siempre hay que regocijarse de que las cosas malas desaparezcan; aun cuando los encargados de combatirlas hayan de desaparecer también.—Si tienen buena voluntad hallarán otro empleo para sus capacidades, y recordarán que el interés particular debe subordinarse al general, regla que debe dominarlo todo. Si no se comprende así, la Humanidad corre el riesgo de descender al rango de un rebaño de borricos pidiendo la conservación de los cardos.

Ciclo de la mesa.

A la mesa.

Todos han visto muebles de esta clase. Las hay de cuatro, de cinco, de seis y de ocho patas, y hasta de tres y de una sola. Unas son cuadradas, ovaladas otras, otras redondas. Unas son pequeñas, otras son grandes. Las hay que se alargan o se reducen cuando se quiere, según el número de personas que han de sentarse a ellas.

Pero, redonda o cuadrada, alargable o no, la mesa es un centro de reunión. En ella se reúne dos veces al día, o una por lo menos, la familia. La mayor parte de las gentes no se hacen rogar para ir a sentarse a la mesa. Algunos la consideran lugar predilecto, y sienten no se les llame más a menudo y no tener que permanecer más tiempo ocupados allí. *¿Pero sa-*

ben estar a la mesa como es debido? Es cuestión que vale la pena de que la examinemos

La mesa es lugar en que, mejor que en parte alguna, aparecen las gentes tal como son, con sus virtudes y con sus defectos. Al verlas sentadas, comer y conversar, puede juzgarse de lo que valen.

Cuando llegue la hora de sentaros a la mesa, estad en vuestro puesto, a nadie le es permitido llegar o no a tiempo. Es manera de obrar impertinente, aun cuando resulte muy vieja. Por tanto, no os hagáis esperar. No es el inconveniente mayor que se consuma la sopa o que el asado se queme, aun cuando no esté bien estropear por falta de puntualidad la comida que se ha dispuesto con cuidado. El principal inconveniente es hacer perder el tiempo a nuestros compañeros de mesa y no guardarles las consideraciones debidas.

Una vez a la mesa, téned compostura. No pongáis ambos codos sobre ella, porque demostráis mala educación. Sentarse antes de que lo hayan hecho las personas mayores o las señoras, indica falta absoluta de finura.

Creeréis quizá que estas cosas no tienen importancia, pero os engañáis. No es enteramente pueril observar esta clase de reglas. Todos debemos respetarnos lo suficiente para guardar una actitud conveniente. Y debemos respetar lo bastante a los demás para no sentarnos a la mesa como lo haríamos si estuviéramos solos.

¿Llamaréis ceremonias a lo que os indico? No, en absoluto. Aun cuando esteis en familia, con los de vuestra casa solamente, debéis ser finos y amables. ¿Juzgáis conveniente ser finos tan sólo cuando se os invita en casa ajena, o cuando, por casualidad, asistis a un convite? ¡Singular manera de entender las cosas! En su casa y a diario, cada cual, sobre todo los niños, han de ser amables con sus abuelitos, sus padres, sus hermanos y sus hermanas.

Levantaos presurosos si hay que ir a buscar un plato, que llenar de agua una jarra, que servir pan a los que no lo tienen.

Por la manera de conducirse en la mesa se conoce a las familias en que todos se quieren y a aquellas en que el cariño no reina. Para estas últimas, la hora de comer es la hora de las disputas y de los escándalos.

En las familias cariñosas, al tiempo de comer se guardan unos a otros atenciones «Veamos, Luis, ¿te parece bien que tus hermanos elijan los mejores bocados y te dejen lo que no quieren?—No, te parece muy mal. Entonces, ¿por qué te pones lo mejor?» ¡Querer servirse el primero y el mejor bocado, qué mala costumbre! ¡Cómo pinta a una persona egoísta!

Algunos son impacientes cuando están comiendo y no pueden esperar que les llegue su turno. No obstante, hay que aprender a vivir con los demás y a comprender lo que quiere decir esta máxima: «Cada cual cuando le toque», que parece no querer decir

nada e indica parte de la conducta que hemos de observar con los demás. No quiere decirse, sin embargo, que les corresponda servirse los primeros y lo mejor. Los primeros serán los últimos hoy, y los que ayer se sirvieron los últimos serán hoy los primeros.

Una vez que tenéis la comida en el plato, aprovechad la ocasión. ¡Comed alegres y haced honor a la comida! — «Sí, pero ¿si son judías y no nos gustan?» — No se debe hacer esta pregunta. Comed lo que tengáis. Nada de distinguir entre lo que gusta y o que no gusta; hay que aprender a comer de todo; en la mesa se aprende también a vivir.

Habituar a no comer más que lo que agrada es tan malo para la salud como para la felicidad. Muchas veces lo que gusta no es sano, resulta indigesto, poco alimenticio. Los niños, sobre todo, no saben lo que les conviene, y se estropean el estómago con sus gustos caprichosos. Y aun cuando todo lo que comieran por capricho no les hiciera daño, sería malo para ellos no acostumbrarse a comer lo que no les place. La vida nos ofrece con frecuencia manjares muy poco agradables. Si no tenemos la costumbre de dominarnos un poco, habremos de ser desgraciados.

Otro plato que sale a la mesa; hay que saber contenerse. Quizá hay entre nosotros algunos de esos que comen más con la vista que con la boca. Todos me comprendéis. Tener la vista más capaz que el estómago, significa querer comer más de lo que se puede digerir. Es un vicio feo, es, al mismo tiempo, per-

judicial y el medio mejor para no sentir verdadero placer. Los glotonés son repugnantes. ¿Quién, pues, querría ser como ellos, ansioso? Y luego, ¿qué salen ganando?—Ponerse enfermos. No tener nunca lo suficiente es, por lo demás, el medio mejor para no verse jamás satisfechos. ¿De qué os sirve engullir seis manzanas y tres melocotones, si deseáis comer doce y seis respectivamente? De nada, a no ser para quedar descontentos.

Un niño glotón lloraba en la mesa, delante de una magnífica tarta. — «¿Por qué lloras, niño?», le dijeron. «Lloro porque no puedo comer más».

Llorar porque se tiene demasiada hambre y no hay bastante o no hay nada que comer se concibe. ¡Pero llorar porque se ha comido lo suficiente, es demasiado! Seamos sobrios y sabremos gozar tanto más de todo lo que comamos. El que con moderación come y bebe, goza mucho más que el que lo hace con exceso.

Pero, ¿se come y se bebe por gusto?—Precisamente no, sino para alimentarse. Es justo decir: «Hay que comer para vivir y no vivir para comer». Nada más despreciable que las gentes que no se preocupan más que de lo que han de comer y beber. Pero gozar con lo que se come es muy natural. Cuando las gentes honradas y los niños buenos han trabajado de firme, se han ganado el sustento; el placer que hallan en comer es legítimo. Nada tan agradable como ver gentes de ordinario laboriosas, que con ardor traba-

jan, y que a la mesa gozan de apetito excelente, entre el buen humor de todos. Eso es vida, vida honrada y buena, tal como debe ser. Y yo querría que todos los que me oyen fueran lo bastante honrados y trabajadores para ganar con su sudor el voraz apetito y el buen humor de que gozan las gentes honradas.

Cuando os sentéis a la mesa, prestad atención a lo que coméis y a lo que bebéis, no sólo para no ingerir nada que os siente mal, sino para gustar bien lo que toméis. Porque gustar bien lo que se come no consiste sólo en tener buen paladar y en distinguir lo bueno de lo malo. Consiste en darse cuenta del trabajo que otros se han tomado por vosotros. Todo lo que sale a la mesa representa trabajo.

Pan, legumbres, fruta, carne, todo ello resulta de muchos esfuerzos. En todo pedazo de pan está como metido en la harina el sol de Dios y el trabajo del hombre. Habéis ganado la comida con vuestro trabajo y pagado el pan, el vino y lo demás: sea. No por eso dejáis de estar obligados. No olvidéis, al comer, lo que cuesta vuestra comida. Pensad en el labrador, en el pescador, en el panadero, en las manos que para vosotros han sido diligentes y han cumplido bien y honradamente con su deber. Tomad vuestras comidas con agradecimiento y amor al prójimo, y no olvidéis a los que, quizá en el momento en que la sopa humea para vosotros, no tienen pan que llevarse a la boca.

La mesa es uno de los sitios del mundo en que los que se toman el trabajo de pensar pueden aprender más cosas. Bien lo veremos si seguimos con atención la serie de pláticas que vamos a consagrarla.

El que quiere el pájaro quiere el huevo.

Hay gentes muy singulares entre los habitantes de esta gran bola que llamamos Tierra. ¿Es posible querer el pájaro y no querer el huevo? Así os gustarían los pájaros, su canto o los pollos, de comida tan exquisita, pero diríais: «No quiero los huevos». ¡Muy tonto seríais razonando así!

Pero entonces hemos de convenir en que hay muchos tontos, porque el estúpido razonamiento de que las aves son buenas para comer, pero que nada importan los huevos, miles de personas lo hacen constantemente.—Y ¿cómo así?—Muy sencillo; vamos a probarlo por lo que concierne a la mesa.

El huevo es el punto de partida del ave; su germen, de la misma manera que el punto de partida de todo lo que sale a la mesa es el trabajo, trabajo de guisar, trabajo de cultivar o trabajo por el que se proporciona uno el dinero que sirve para comprar la comida. Nadie ignora estas cosas. Pero hay muchas

gentes que gustan comer y beber bien, para quienes la mesa es el sitio del mundo en que prefieren hallarse, y que, no obstante, adoptan una actitud desdeñosa cuando se les habla de cocina, de trabajo en las huertas y los campos, de horno y de amasadera, y, en general, de todo el trabajo honrado que sirve para ganarse la vida. Tanto les enoja, que ni siquiera quieren oír hablar de ello. Que esté la mesa bien provista es lo que les interesa; pero del trabajo necesario para tener algo que llevarse a la boca, de eso no se preocupan. ¡Perdices, bueno!; pero a condición de que vengan a la boca bien asaditas. Es lo que yo llamo querer el ave y no querer el huevo.

¡Pensamiento absurdo y de lo más irracional! Tratemos de poner todas las cosas en su punto, y empecemos por plantear la cuestión de esta suerte: ¿Os gusta sentaros a una mesa bien provista? ¡Levanten la mano los que así opinen! Todos la han levantado. Os digo, pues: el que gusta sentarse a una mesa bien provista debe hallarse dispuesto a contribuir a que lo esté.

Ante todo, ¿sabéis poner la mesa? Lo pregunto a los muchachos lo mismo que a las muchachas. ¿No les gusta sentarse a la mesa lo mismo a las unas que a los otros? Entonces, ¿por qué no ayudar a ponerla? Servir de algo en la casa conviene siempre a los niños. Muéstrense afables y diligentes. Pongamos, pues, la mesa. Pongamos bien colocaditos los platos, los cubiertos, las servilletas, los vasos y todo lo de-

más. Sepamos ir a buscarlos y traerlos sin romper nada. Pongamos una silla delante de cada cubierto, y, una vez terminada la comida, sepamos dejarlo todo arreglado ¿Os parece demasiado? No os acreditaríais, pensándolo, de listos ni de buenos. Cualquiera tonto puede sentarse a la mesa y comer. Pero para poner la mesa y fregar los platos, se necesita no ser tonto.

Y luego confesemos que esas cosas, hechas como es debido, son muy agradables. Cualquiera es dichoso en su casa si a las horas de comer encuentra la mesa puesta como es debido, de manera que pueda sentarse satisfecho. ¡Trabajen todos para lograrlo; con tantas manos diligentes, pronto estará hecha la labor y todos satisfechos! En esas pequeñas labores de diario habrán adquirido la costumbre de servirse unos a otros, y esa costumbre la llevarán a la vida entera.

Pero, ¿de qué nos serviría todo el arte de poner bien la mesa, colocando un ramito de flores en medio y todo, si no tuviéramos nada que sacar en los platos? Y he aquí que, paso tras paso, llegamos a la cocina.

Antes de que la sopera esté llena y el plato provisto, hay que tener quien guise. ¿Somos todos cocineros? Sería ridículo e imposible. Y ¿quién quedaría entonces para hacer el oficio de cochero, de carpintero, de peón de caminos, médico, profesor, comerciante, labrador, etc?

Pero si no todos han de ser cocineros ni siquiera pinches, no es malo que todo el mundo sepa cómo se hace la comida. En primer lugar, ¿cómo queréis que una mujer rija bien su casa si no sabe guisar? Veamos: Lucía, Felipa, María, Eugenia, vosotras que tenéis ahora ocho y diez años, ¿qué seréis a los veinticinco o los treinta? Seréis mujeres casadas, madres de familia. ¿Os reís? Pero es verdad, sin embargo. La madre de familia tiene que saber guisar. No es necesario que haga maravillas culinarias, pero ha de saber hacer buenas sopas, comprar y sacar partido con habilidad y economía de lo comprado. Pero para saberlo, para dar de comer a su marido y a sus hijos como conviene, ¿qué tiene que hacer? — Ha de aprender. — ¿Y cuándo puede aprender mejor? — Cuando es niña. — No hay, pues, que perder la más mínima ocasión de iniciarse en el arte de preparar la comida. La buena ama de casa es en la casa un tesoro. Con la mitad de dinero logra proporcionar a los suyos doble bienestar que si no supiera, que si hubiera de tener que ir a comprarlo todo a la tienda.

Si yo, pues, fuera una muchachita, me daría vergüenza no saber cuándo el agua hierve, cómo se hacen los huevos pasados por agua, y sería dichosa, por el contrario, ayudando a mamá a disponer la comida, y sustituyéndola, si fuere preciso, cuando tuviera otras ocupaciones.

¿Y si fuera muchacho? Pensaría y haría exacta-

mente lo mismo. Nosotros los hombres no tenemos, generalmente, que guisar. Pero es muy conveniente entender algo de cocina. A cada momento se ve que una madre de familia cae enferma por exceso de trabajo ¡Qué felices son los hijos entonces, si pueden disponer las cosas y ser útiles a la madre enferma, al padre que viene de trabajar! ¿Por qué, aun cuando esté buena, no ayudaríais a vuestras madres a guisar, para aliviarlas el trabajo? Pelad patatas, partid la ensalada, mondad los guisantes y las zanahorias. Todo eso menos tendrá que hacer mamá. Después de comer, ¿qué os impide poner os un delantal y fregar los platos, o secarlos, por lo menos? ¿Vuestro orgullo de hombres? Preferiría emplear el amor propio sirviendo a mamá, a tumbarme como un bajá mientras ella trabaja y se mueve. Me diréis, quizá: «Yo querría hacerlo, pero no sé». Entonces, decid que os enseñen. Cuando, como a vosotros os sucede, se tiene inteligencia bastante para aprender a leer, escribir, hacer números, se tiene todo lo necesario para adquirir el *delicado* arte de fregar bien los platos y las fuentes.

Además, la cocina es el sitio de la casa donde suceden más cosas interesantes. La Física y la Química están allí en su terreno. Las cacerolas, al hervir, os contarán maravillas. Una tapadera de marmita hizo descubrir a Papin la fuerza expansiva del vapor. Bien puede decirse que innumerables progresos se cocían en aquella marmita, y que fué abuela de todas las

calderas y locomotoras que trabajan en la tierra y en el mar.

Especialmente divertido es el arte culinario cuando se va de excursión.

He aquí que una docena de personas andan por montes y por valles. Llega la hora en que el hambre da tirones en el estómago. Hace fresco, encendéis una hoguera, y, si sabéis hacer las cosas, comeréis caliente cerca de la llama que chisporrotea, que alegra todo lo que alumbra.

En excursión, los que son un poco listos en materia de cocina se hacen apreciar pronto. Todos les elogian, a tiempo que se relamen los dedos de gusto.

Pero, sobre todo en la milicia, en tiempo de maniobras, o en la guerra, suben las acciones de los que saben guisar. En día de marcha forzada, la noche de una batalla quizá, llegáis al vivac extenuados de fatiga. Nada está a punto de lo que se necesita. Las provisiones están todavía lejos. Tenéis por todo rancho un poco de carne cruda, y en el campo vecino patatas y cebollas en la tierra. Si nadie sabe salir del paso, mal andaréis. Pero si entre vosotros hay unos cuantos mozos capaces de organizar una comida con pocos recursos, os harán un guisado como no lo habréis comido nunca mejor, y referiréis la historia más tarde a vuestros hijos y a vuestros nietos.

¿No tengo razón para decir que los muchachos deben saber algo de cocina? No sigáis, pues, comiendo,

como animalitos, manjares que no seáis capaces de guisar

El que quiere el pájaro quiere el huevo. El que gusta sentarse a la mesa ha de querer saber guisar un poquito.

La fraternidad en el pan.

En el curso de un viaje en que se cruzan comarcas diversas, se encuentran puntos que atraen especialmente con sus encantos. En ellos nos detenemos para reconcentrar toda la atención, para no perder nada de la belleza del espectáculo. Así querría que hiciéramos un alto para conceder toda nuestra atención, muy especial, al gran tema de la *fraternidad en el pan*, que resume lo más elevado y hermoso que encierra la vida humana.

En el pan, tal como lo consideramos ahora, resumimos todo lo que alimenta, sostiene y fortalece a los hombres.

La mesa en que se sienta la familia para tomar la comida nos ha dado ya lugar para varias lecciones. He aquí una que es superior a todas. El que la comprenda y la ponga en práctica será verdaderamente hombre. El que no quiera comprenderla y conformar a ella su vida, se apartará voluntariamente de la Humanidad.

Todo lo que llamamos pan, sea el alimento que sostiene y reconforta el cuerpo, o el que ilustra, mantiene el espíritu, procede de un solo origen: el trabajo. Sin trabajo no hay pan. Por la labor honrada y paciente, la Humanidad consigue conquistar el pan que materialmente la hace vivir. Por sus prolongados estudios, por su ardoroso trabajo, consigue reunir los tesoros de pensamiento y de sentimiento de que los espíritus humanos hacen su guía y su sostén. Si llegara a cesar el trabajo mediante el cual el pan se produce, pronto aparecerían la miseria y el hambre, en el orden material; la ignorancia, la superstición, la corrupción, el desaliento, en el orden moral. Sería una desgracia tan grande como ninguna otra calamidad, guerra, epidemia, hambre, podría darnos idea, y, al cabo de tormentos y de convulsiones innúmeras, vendría la muerte y la desaparición de todo el género humano.

A este trabajo que crea el pan, cada hombre debe su parte, puesto que para sí reclama una parte del pan producido. Se sienta a la mesa, luego es justo que haya de traer lo que en ella se ponga. Puede permitirse que los enfermos, los inútiles, los que son demasiado pequeños y los que son demasiado viejos, reciban su pan sin contribuir a ganarlo, porque nos amamos y sostenemos unos a otros. Los mayores cuidan a los pequeños, los fuertes aseguran el pan a los débiles, los que tienen inteligencia enseñan a los ignorantes, los sabios guían a los que ven menos

claro. Pero, todo el que está en disposición de hacerlo, debe contribuir a producir el pan.

Considerad una labor honrada y útil, la primera que se os ocurra. He aquí el que hace zuecos, que del centro de un tronco de abedul ha sacado un trozo de madera que corta con el hacha y ahueca con el formón. Luego, con un cuchillo de hoja ancha, le da forma hábilmente y obtiene un zueco en que el pie entra a maravilla. Ese zueco os defiende del calor y del frío y os permite andar, si es necesario, por encima de vidrio, clavos, espinas, piedras puntiaguadas, sin haceros el menor daño.

Os haré esta pregunta: El que hace zuecos ¿contribuye a producir el pan? Perfectamente; sin duda, por la mañana, cuando queréis desayunaros, no acudís a su casa. Vuestras madres, a las horas de comer, no os sirven un par de zuecos. Pero no es posible prescindir del calzado que defiende los pies. El que anda y trabaja, sea labriego o herrero, profesor o comerciante, necesita defenderse los pies de un modo u otro. El zueco que él fabrica nos es indispensable. Contribuye a garantir y hacer posible la vida y el trabajo; luego, cuando se pone a trabajar, bendito sea. No ha traído patatas, fruta ni carne, pero nos presta un servicio del que no podemos prescindir. Y, por consiguiente, aprovechando su trabajo, le admitimos a que goce del nuestro. Es nuestro hermano en el trabajo, ¡séalo también en el pan! ¡Coma con buen apetito, ha ganado lo que

comel ¡Brinde con placer, ha merecido el vino que bebe, puesto que nos ayuda a vivir!

Otro tanto diremos del zapatero, del carpintero, del albañil, del empedrador, del barrendero de las calles, del maquinista y del deshollinador. Todo el que toma parte en el trabajo debe tener su sitio a la mesa, su sitio justo y honrado.

Pero, ¿diremos otro tanto del que nos enseña a leer, a escribir, a conducirnos bien? Perfectamente. No tiene pico, cepillo ni sierra; ni trabaja el suelo ni echa sus redes en el mar. Pero, ¿qué haríamos sin él? Su trabajo, cuando labra nuestras cabezas ignorantes y en ellas cultiva el saber útil, los principios de la probidad y del vivir honrado, su trabajo es digno de loa. Le hace merecedor de un lugar en el banquete en que se reúnen las gentes de bien. ¡Venga, pues, y sea bien servido!

¿Invitaréis, no obstante, al poeta, al cantor? Sí, porque el canto bello hace tanto bien al espíritu como el pan al cuerpo. Todo el que concibe pensamientos hermosos, nos comunica fuerza y alegría, como la vierte en nuestra copa el que nos regala con vino generoso. El que hace algo en nuestro obsequio es digno de participar del fruto de nuestro trabajo. Todos trabajan para él y él para todos. Da, luego que reciba; siembra, pues que coseche; está al trabajo, luego que esté al goce, al recreo. Partamos con él el pan de la fraternidad.

La vida de los hombres es comparable a un in-

menso banquete en que todos comulgan juntos. Cada cual aporta el fruto especial de su trabajo.

Al ofrecerle a los demás puede decir con toda verdad: *Tomad, éste es mi cuerpo y ésta es mi sangre*. Da su persona con su trabajo, y da lo mejor que tiene. Para que la Humanidad viva, el trabajo, el esfuerzo, la paciencia continuada en la labor, la abnegación, el sacrificio, son necesarios.

Niños, abrid los ojos y considerad el trabajo muchas veces rudo y penoso con que se consigue el pan que coméis, tanto como el pensamiento en que os inspiráis. Para que el pan alimente y el pensamiento sostenga al corazón, es preciso que los que preparan uno y otro se esmeren todo lo posible en su labor. En todo trabajo hay algo de jugo y de sangre del que lo hace.

Si el herrero no machaca con todas sus ganas, su trabajo no sirve; si el médico no nos cura de todo corazón, nos curará mal. Cuidados, abnegación, honradez, amor al prójimo, es preciso que el labrador los eche en los surcos, que el panadero los ponga en la masa, que el cocinero sazone con ellos los manjares, que el tejedor los ponga en las telas, que el escritor los inculque en sus libros, el músico en su canto, el pintor en sus cuadros, el subalterno en su obediencia, el jefe en las órdenes que da; que el alumno los traiga a la escuela, el aprendiz los lleve al taller, el profesor, a su cátedra.

Así, por el trabajo de todos para todos, se crea el

pan de todos, y la vida de la Humanidad llega a ser la comunión grande y santa en que todo se comparte, se cambia, se ofrece de buena voluntad y se recibe con alegría.

En este hermoso festín de luz hay una sombra: el crimen del que reclama su parte de pan sin tomar su parte de trabajo. Vamos a hablar de este asunto.

El melocotón, o los que eligen la mejor parte.

¡Es muy lindo este melocotón! Amarillo por un lado, coloradito por el otro, gordo casi como una manzana. ¡Y que no debe estar bueno! Va a enseñarnos antes de deshacerse en nuestra boca, succulento y perfumado.

No os alborotéis pensando que somos veinte y que no hay más que un melocotón. Tengo nueve más en esta cestilla, todos tan hermosos como éste. El abuelo Juan Claudio, de profesión hortelano, y amigo de los niños por inclinación, ha venido a traérmelos. Sus dos nietos, Claudio y Juan, que llevan su nombre en recuerdo suyo, están sentados entre nosotros. No es, pues, un desconocido el que hace este regalo a la clase; es uno de los más respetables ciudadanos del Concejo. Su espalda encorvada de trabajador viejo indica con qué perseverancia ha sostenido la noble carga del trabajo. El ha cultivado estos melocotones; él sabe los cuidados que

hay que prodigar para lograr frutos semejantes. Pero los habrá cultivado mucho mas hermosos en vuestro espíritu si salís de aquí comprendiendo las enseñanzas del melocotón.

No os hablare de su cultivo. Nada os es más fácil que ir a ver lo que el señor Juan Claudio hace en su huerto. Hace más de sesenta años que ejerce su oficio. Los ha visto de todos los colores, melocotones y años; porque los años también los hay buenos y los hay malos, y hay que saber aprovechar discretamente los buenos para sufrir los malos sin desaliento.

Por el momento se trata de repartir estos melocotones.

Cojo el primero. Hay para dos, los dos primeros de la clase. Esto no os impide escuchar lo que os digo a todos los que en la clase estáis. Cojo este cuchillo, trazo un círculo alrededor de este melocotón y lo parto. Con intención he hecho las partes desiguales. La una tiene mucho más que comer que la otra, pero tiene el hueso.

El hueso es, en este caso, de melocotón, pero es también el hueso el nudo de la cuestión. Y hela aquí: ¿Cuál es la parte mejor? Hay que repartir el melocotón entre Felipe y entre Juan. Pensadlo bien, y decir quién elegirá mejor. — ¡Señor, yo lo sé! — Habla, pues. — El pedazo más grande, el que tiene más carne es el mejor. Pero no sería muy cortés cogerlo, si ha de elegir uno el primero. Preferiría, pues, no ser el primero que escogiera, a condición de que el que

lo haga sea fino y elija lo peor. — Malicioso es lo que decís; resta saber si está bien entendido. — ¡Vamos, otro! — Yo, señor, querría ser el primero para elegir; pero no elegiría la parte del hueso. — ¡Otro! — Yo, preferiría la parte del hueso, porque está colorada y debe ser la mejor. — Y yo también quiero la parte del hueso, si soy el segundo en elegir y no queda otra. — ¡Otro! — Felipe y Juan son muy buenos amigos. Si fuera yo el uno, lo mismo que si fuera el otro, dejaría el pedazo más grande a mi amigo y comería el otro con sumo gusto.

Eso está bien; ha hablado el corazón. Sería un buen reparto. Pero el que así eligiera habría tomado también la parte mejor, porque es la del hueso. Con él, si se da buena maña, sembrará un árbol, y dentro de unos años comerá melocotones de su propia cosecha. Verdad es que se verá obligado a trabajar. Pero el trabajo entra por mucho en la parte mejor. El da el fruto, pero él también forma al hombre, le hace mejor y le comunica valor. El le hace vivir con utilidad, honradamente, y en la única felicidad verdadera.

Saquemos todo el partido posible de estas enseñanzas que el melocotón nos ofrece. Es el fruto del trabajo. ¿Quiénes eligen la parte mejor en la vida? ¿Los que cogen el fruto y desprecian el trabajo, o los que desean su parte de trabajo lo mismo que del fruto? Es la gran cuestión que domina la vida entera de las sociedades, y que habremos de resolver más tar-

de todos nosotros Seréis hombres si la resolvéis bien. Si queréis gozar, tener pan y placer sin trabajar, seréis parásitos, inútiles, y, digamos la palabra sin pararnos en barras: *pillos* más o menos manifiestos.

Porque hay dos clases de personas inútiles: los que se visten ropas muy usadas, llenas de agujeros, sucias, porque no quieren hacer nada de sus diez dedos y prefieren mendigar o robar a comer el pan del trabajo, y los que van bien vestidos, viven en casas lujosas y se alimentan bien sin querer trabajar lo más mínimo. Estos piensan que pueden permitirse permanecer ociosos porque tienen medios de vivir sin trabajar. Pero se engañan. Entre esas dos clases de personas inútiles sólo hay una diferencia exterior. Envolved a unapestado en tela de saco o en manto de oro y seda; siempre será unapestado. La pereza es una peste. Contagiosa, insalubre y, sobre todo, criminal, hay que huir de ella y extirparla, porque siempre la corrupción, la miseria y la muerte.

Por tanto, si oís decir de un hombre o de una mujer que han vivido sin trabajar y pretenden seguir lo mismo; que se han quedado con la parte buena de la vida, como muchas veces sucede, no lo creáis. Hanse quedado, por el contrario, con la parte vergonzosa que el hombre pudentoso no puede aceptar, la del que se deja acariciar y no quiere, en cambio, servir para nada. Más valdria no existir que hacer una vida tan falta de dignidad y de valer.

Por tanto, tomemos parte en el esfuerzo de los hombres, en el terreno del espíritu y en el del trabajo material; tomemos nuestra parte en la labor valerosa y noble que mantiene toda vida social, y mediante la cual, no sólo se gana el pan, sino también la dignidad, la energía, la paciencia, el dominio sobre sí mismo, y todas las cualidades que hacen a un hombre hombre de bien.

Habrà quizá entre nosotros algún muchacho que, habiendo seguido con atención completa nuestra lección del melocotón y del modo fraternal como debemos compartir el fruto del trabajo y el trabajo mismo, se fijará en el hueso, que es, decíamos nosotros, el nudo de la cuestión, y dirá: «Pero, señor; puede repartirse el melocotón, y todos los pedazos resultar buenos; pero, ¿cómo repartir el hueso? Para que nazca un árbol nuevo es preciso que permanezca intacto». A esto le diremos que ninguna comparación es buena. Porque si el hueso de melocotón partido no sirve para nada, el trabajo puede repartirse siempre. Tanto hay que puede tocar a todos, y todas sus partes, con la única condición de ser honradas, son buenas y útiles.

Permitid ahora que os cite un ejemplo de reparto del trabajo hecho de un modo indebido. Levantad las cabezas y mirad por la ventana. Un carro enorme pasa justamente por delante de la escuela, y de él tiran seis caballos enganchados en hilera. Todos van enganchados, todos parecen tirar. Pero observar bien

el que va el tercero. Mirad las cadenitas que le unen a las dos cadenas grandes que sujetan el tiro; apenas están tirantes. El holgazanote anda y parece que trabaja; pero no es así. ¿Qué diremos de él?—*Que es un tuno*, señor.—Perfectamente, es un tuno... Dentro de un momento, en la cuadra comerá su parte de avena, sin embargo, y entonces no hará que la come. Pero ahora trabaja tan poco, que el carro quedaría parado si los demás no tiraran más que él.

En todas partes donde trabajan varios hombres juntos, hay individuos que copian el ejemplo de ese caballo. Llevan la ropa del trabajo; pero no la afición al mismo; parecen estar muy ufanos, pero no hacen nada. Trabajan lo menos posible, y, lo que ellos dejan de hacer, pesa sobre los demás y aumenta su carga. Guardaos muy mucho de ser de esta clase de *tunos*.

¡Y ahora, comamos los melocotones del señor Juan Claudio, y hagamos votos, en tanto los saboreamos, de ser tan excelentes trabajadores como él!

La alegría.

Todo concluye. Y he aquí concluída al fin la serie de lecciones en que hemos tratado de deciros, sonriendo, cosas a veces muy serias. Confiamos en que no habréis dejado de pensar en ellas, y que la huella de todas nuestras pláticas ha quedado impresa en vuestro espíritu. Si todo no lo recordáis, al menos no habréis olvidado ciertas historias como la de *El cántaro que habla*, *Las cerillas que no se encienden*, *El sapo colgado*, etc.

Pero, finalmente, quedáanos una hora que pasar juntos. Aprovecharla bien será estar dentro de la máxima que dice: «que es bueno todo lo que bien acaba». Y, para acabar bien, vamos a hablaros de un asunto que a todos gusta: de la alegría.

Alegria, placer, regocijo, diversiones, juegos, expansiones: cualquier niño sabe qué quieren decir todas estas cosas.

No olvido a los pobres niños para los que la vida

no es alegre, que tienen mala salud, y más les toca sufrir que gozar. En ellos hemos de pensar los primeros. Si los niños no gozan, ¿quién gozará? Si los que por su edad están enteramente designados para verse libres de preocupaciones, ágiles, dispuestos, llenos de vida y de ardor, tienen arrugas en la frente, la cara pálida y los ojos sin brillo, ¿en qué se puede entonces confiar? Así, hay que arreglárselas de manera que se piense, antes que en nada, en los que no tienen alegría, en los pobres niños cuya temprana edad es aurora sin brillo, y comunicarles toda la alegría de que carecen.

Todos podemos hacer algo en este respecto. Medios tenemos para causar placer a los demás. Estos medios no son lo mismo para todos, pero si todos los tienen. Hay que aplicarlos bien y colocarlos donde puedan prestar mayores servicios. Dar alegría a los que no la tienen, contribuir a comunicarles contento, causarles placer siempre que se pueda, atestiguarles simpatía, interés; animarles, sostenerles, consolarles, rodearles de atenciones para endulzar sus penas, es labor que todos pueden hacer.

Luego, cuando se trata de divertirse, pensad primeramente como podéis ser buenos para los que no se divierten, los compañeros enfermos, aislados, privados de distracción. Al obrar así, sentiréis en vuestro interior la alegría más pura y verdadera que pueda experimentarse, la que consiste en alegrarse del placer producido a otro.

Y entonces podréis aceptar de todo corazón el goce que os brinde el momento.

Porque tener el corazón bien dispuesto es condición para el placer mismo. Si la flauta está poco afinada, si hay polvo en su interior, no es posible tocar. Y si el corazón no está dispuesto, no es posible divertirse. Para que así ocurra, no sólo necesitamos haber pensado en los que nos solicitan, a los que podemos comunicar alegría, sino que es, asimismo, preciso haber trabajado bien y tener tranquila la conciencia. ¿Habéis tratado de bailar teniendo grandes pegotes de barro agarrados a los zapatos, o con montones de nieve pegados a las suelas? No es posible hacerlo. El recuerdo de las malas acciones se pega del mismo modo a las conciencias. Cuando hay que reprochárselas no es posible el regocijo. Cuando no se ha trabajado ocurre lo mismo. El placer sigue al esfuerzo, al trabajo, como el descanso sigue a una prolongada aplicación.

Nunca nos divertimos más que cuando hemos trabajado bien. Es cosa que observo a diario. Desde el quinto piso en que trabajo podría decir con exactitud las horas por lo que sucede en la escuela que está al lado de mi casa. Varias veces al día oigo subir a mis alturas gritos alegres que parecen tener alas y volar como las mariposas. Los muchachos, a la hora del recreo, arman todo ese ruido, del que no me quejo. Lo único que me digo es lo siguiente: «Son las diez; los muchachos están en el recreo» Si

a veces me paro a observarlos, me sorprende lo poco que se necesita para divertirse realmente. No tienen nada en la mano. Aquí y allá una pelota, una comba, un peón. Pero, por regla general, se divierten literalmente con nada. No obstante, ¡qué risas, qué gritos, que a veces parecen silbidos, qué vueltas vertiginosas y qué cabriolas! Es alegría o no lo entiendo. Pero si la escuela no tuviera su disciplina, la clase, su silencio y su quietud, ¿creéis que el recreo tendría el encanto que tiene? Mucho lo dudo. Dentro de un momento esos mismos niños, cuando salgan de la clase, parecerán pollitos puestos de pronto en libertad. Por el orden y la disciplina habrá quizá que regularizar sus ardores, ordenarles que vayan en fila los cien primeros pasos por lo menos. Pero cuando no hay inconveniente ni peligro, los estudiantes salen de la escuela como el vino del tonel. Diríase que una buena presión les empuja. No se vuelve así de hacer novillos, porque no se tiene la satisfacción del deber cumplido. El hombre, como el niño, no tiene más que la alegría que merece. Su placer es como es él mismo. Mala persona, poca alegría. En vano se esfuerza, chillar, agitarse. Fuego brillante, pero no el oro de la buena alegría, sana y verdadera.

Si os gusta la alegría, niños, hay que saber estas cosas y conformarse a ellas. La alegría es planta que para prosperar, necesita de ciertos cuidados; no crece en cualquier terreno. El suelo fangoso de la ociosidad y de las malas costumbres le es contrario. El

terreno en que mejor se desarrolla es el suelo generoso y fértil del trabajo, y el aire en que florece la atmósfera saludable de la sinceridad, la honradez, la buena voluntad mutua. Si no sois trabajadores y honrados, pronto habréis echado a perder vuestros placeres con excesos o torpes querellas suscitadas entre unos y otros. Apenas se haya empezado, los malos instintos se sobrepondrán y el placer acabará con disputas. Cada cual se irá gruñendo por su lado.

No se divierte el que quiere. Es un arte difícil el de ser dichoso, en el que hay que ejercitarse tanto, por lo menos, como para tocar bien un instrumento músico. Y todos saben que, para tocar bien varias personas juntas, es necesario que presten atención unas a otras. Con el placer ocurre lo mismo. El egoísta que no quiere hacer más que lo que se le ocurre, el mal compañero que no quiere ponerse de acuerdo con los demás, hacen en una tropa alegre el efecto de un pífano chillón que desentona del resto de la orquesta. Todo lo desarregla y sin provecho para nadie, ni siquiera para él.

He aquí una serie de reflexiones que conviene hacerse, si se quiere tener alegría y hacerla gustar a los demás. En el momento en que llegáis a las vacaciones, están más que nunca en su lugar. ¡Las vacaciones, mágica palabra! Desde que hay muchachos y muchachas que van a la escuela, hace latir todos los corazones. Os deseo, ante todo, que seáis merecedores de las vacaciones, porque durante el curso ha-

yáis resultado agradables a vuestros padres y maestros.

Sabéis bien que la alegría de éstos consiste en que seáis buenos estudiantes. Si no se la dáis, la vuestra no podrá ser completa. Una vez que hayáis empleado bien el curso, pensad en emplear bien los días de fiesta. En tanto podáis, pasadlos al aire libre. Porque la libertad ama el aire y la alegría ama la libertad. Cuando llueva, divertíos dentro de casa. Pero no penséis que para divertirse mucho hay que desarreglarlo todo, trastornar la casa y hacer rabiarse a los que en ella habiten. No os conduzcáis de suerte que todos digan: «¡Cuándo acabarán las dichosas vacaciones, cuándo tendremos tranquilidad!» — Y ahora os saludo, jóvenes amigos. Partid dichosos y volved satisfechos, con los carrillos gordos y colorados, con los ojos animados y el espíritu despierto. ¡Vivan las vacaciones! ¡Viva la alegría!

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO.....	1
En que se explica de qué se trata.....	5
Lo que cuenta el agua.....	11
Los pequeños molinos.	16
En que el fuego y el agua se ponen de acuerdo.....	22
Asociación de un saco vacío y un montón de arena.....	29
Tres mundos en un bolsillo	35
Al campo a echar cometas, y lo que puede aprenderse di- virtiendo	42
En que los hilos se vuelven cables.....	49
El cántaro que habla.	56
Diálogo entre unos pantalones y un par de tirantes.....	63
Castañas de mentirijillas y gatos con dos patas.....	70
Las cerillas que no se encienden.....	77
Informes	84
¿Hay algo que componer?.....	91
Teme el calor y la humedad.....	98
En el país del «sobre poco más o menos».....	104
Las fuentecitas.....	111
Ejércitos enemigos.....	117

	Pags.
¡Tened cuidado!.....	123
Las gallinas blancas del carbonero.....	128
Noel Luis, mandadero.....	134
Atornillados y desatornillados.....	140
Cosas pequeñas y cosas grandes: A propósito de las inundaciones.....	146
Mercaderes de inconvenientes.....	152
¡No me agrada!.....	158
Manchas.....	164
Lección-sandwich: Para los que olvidan.....	170
Las ideas del señor Caracol.....	177
Sapos colgados, mochuelos crucificados.....	184
Se reclama.....	191
El hombre, el burro y el saco.....	197
Se necesita muy poco.....	203
¡De eso me río yo!.....	209
Pesas y medidas.....	216
Dos pesas y dos medidas.....	223
Interés general e interés particular: Con ejemplo para ilustración del tema.....	229
Ciclo de la mesa: A la mesa.....	236
El que quiere el pájaro quiere el huevo.....	243
La fraternidad en el pan.....	250
El melocotón, o los que eligen la mejor parte.....	256
La alegría.....	262

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

Tomos de tamaño 19 x 12

- Altamira*.—Cuestiones modernas de Historia, 3.
André (Elyc Luis).—La cultura alemana, 4.
Arriat.—La moral en el drama, en la epopeya y en la novela, 2,50.
Baldwin.—Historia del alma, 4.
Binet.—Introducción a la Psicología experimental, 2.ª edición, 2,50.
 Psicología del razonamiento, 2,50.
 El fetichismo en el amor, 3.
Boissier.—El fin del paganismo, 2 tomos, 7.
 Paseos arqueológicos. Roma y Pompeya, 4.—Nuevos paseos arqueológicos, 4
Braunschweig.—El Arte y el Niño, 3,50.
Bray.—Lo bello, 3,50.
Bunge.—Principios de Psicología individual y social, 2,50.
 La Educación.—Evolución de la Educación, 2,50.—La Educación contemporánea, 4.—Educación de los degenerados. Teoría de la Educación, 2,00.
Bureau.—El contrato colectivo del trabajo, 4.
Cosentini.—La sociología genética, 2,50.
Cullerre.—Las fronteras de la locura, 3,50.
Davidson.—Una historia de la Educación, 3,50.
Delbauf.—El dormir y el soñar, 3,50.
Durkheim.—Las reglas del método sociológico, 2,50
Edmunds y Hoblyn.—Historia de los cinco elementos, 3,50.
Eucken.—La vida, su valor y significación, 3.
Fere.—Sensación y movimiento, 2,50.
 Degeneración y criminalidad, 2,50.
Ferrero.—Grandeza y decadencia de Roma.—I. La Conquista, 3,50.—II. Julio César, 3,50.—III. El fin de una aristocracia, 3,50.—IV. Antonio y Cleopatra, 3,50.—V. La República de Augusto, 3,50.—VI. Augusto y el Grande Imperio, 3,50.
Ferriere.—Los mitos de la Biblia, 4.
 Errores científicos de la Biblia, 4.
 La materia y la energía, 3,50
 La vida y el alma, 4.
 La causa primera, 3,50.
 El alma es la función del cerebro. Dos tomos, 7.
Fleury.—El cuerpo y el alma del niño, 3.
 Nuestros hijos en el colegio, 3
Fouillee.—La moral, el arte y la religión, según Guyau, 4
Froebel.—La educación del hombre, 4.
Fustel de Coulanges.—La ciudad antigua, 5.
Gauckler.—Lo bello y su historia, 2,50.
Giraud-Teulon.—Los orígenes del matrimonio y de la familia, 4.
Gow y Reinach.—Minerva, 4.
Greenwood.—Elementos de Pedagogía práctica, 2,50.
Grasserie.—Psicología de las religiones, 4.
Guignebert.—Manual de Historia antigua del Cristianismo, 4.
Guyau.—Génesis de la idea de tiempo, 2,50.
 Problemas de estética contemporánea, 5.
Hampson.—Paradojas de la Naturaleza y de la Ciencia, 2,50
Harris.—Fundamentos psicológicos de la educación, 3,00.
Hearn.—Kokoro, 3,50.
Hennequin.—La crítica científica, 2,50.
Hinsdale.—El estudio y la enseñanza de la Historia, 3,50.
Ingenieros.—Sociología argentina, 4.
Janet.—Los orígenes del socialismo contemporáneo, 2,50.
Kant.—Prolegómenos, 3,50.
Kant, Pestalozzi y Goethe.—Sobre Educación, 2,50.
Kergomard.—La educación maternal. Dos tomos, 7.
Kirkpatrick.—Fundamentos del estudio del niño, 4.
Langlois y Signobos.—Introducción a los estudios históricos, 3.
LeBon.—Psicología de las multitudes, 3,50.
 Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos, 2,50.
Le Dantec.—Elementos de filosofía biológica, 3,00.
Leveque.—El espiritualismo en el Arte, 2,50.
Lhotzky.—El alma de tu hijo, 2,50.
 El libro del matrimonio, 2,50.
Lichtenberger.—La filosofía de Nietzsche, 2,50.
Mauthner.—Contribuciones a una crítica del lenguaje, 3,50.
Mercante.—La Verbocromía, 2,50.
Mercier.—La filosofía en el siglo XIX, 2,50.
Moréau de Jonnes.—Los tiempos mitológicos, 3,50.
Münsterberg.—Psicología de la actividad industrial, 3.
 La psicología y el maestro, 3,00.
Nitobe.—Bushido. El alma del Japón, 2,50.
Nordau (Max).—Psico-fisiología del Genio y del Talento, 2,50.
Parker.—Cómo se debe estudiar la Geografía, 4.
Poyot.—La creencia, 2,50.
Painter.—Historia de la Pedagogía, 3,50.
Posada.—Política y enseñanza, 2,50.
 Teorías políticas, 2,50.
Ribot.—Enfermedades de la voluntad, 2,50
 Las enfermedades de la memoria, 2,50.
 Las enfermedades de la personalidad, 2,50.
 La psicología de la atención, 2,50.
 La evolución de las ideas generales, 3.
 La lógica de los sentimientos, 2,50.
 Ensayo sobre las pasiones, 2,50.

Rousseau.—Emilio. Dos tomos, 7.
Rushin.—Munera Pulveris (sobre Economía política), 2,50.
 Sésamo y azucenas, 2,50.
 La Biblia de Amiens, 2,50.
Senet.—Las estogiosias, 2,50.
Sollier.—El problema de la memoria, 3,50.
Spir.—La norma mental, 2,50.
Taine.—La inteligencia. Dos tomos, 9.
 Ensayos de Crítica y de Historia, 3,50.
Tardieu.—El aburrimiento, 4.
Thomas.—La educación de los sentimientos, 4.
Thomas (V. J.).—El sexo y la sociedad, 3.
Tissie.—Fatiga y adiestramiento físico, 4.
 Los sueños, 3.
Varigny.—La naturaleza y la vida, 4.
Wagner.—Justicia, 4.—Juventud, 3,50.—La vida sencilla, 2,50.—Junto al hogar, 3,50.—Para los pequeños y para los mayores, 4.—Valor, 2,50.—A través de las cosas y de los hombres, 2,50.—Sonriendo, 3.—Lo que siempre hará falta.—Por la ley a la libertad, 3.—Hacia el corazón de América, 5.
Wegener.—Nosotros los jóvenes, 2,50.

Tomos de tamaño 23 x 15

Andre (Eloy Luis).—La mentalidad alemana, 8.
Baldwin.—Interpretaciones sociales y éticas del desenvolvimiento mental, 8.
Bourdeau.—El problema de la muerte, 5.
 El problema de la vida, 5.
Bücher (K.).—Trabajo y Ritmo, 7.
Carle.—La vida del Derecho, 7.
Carlyle.—Folletos de última hora, 6.
Cellerier.—Bosquejo de una ciencia pedagógica, 5.
Ciges y Peyró.—Los dioses y los héroes, 8.
Compayre.—La evolución intelectual y moral del niño, 9.
Crepieux-Jamin (F.).—La escritura y el carácter, 7.
Buchen.—Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo, 8.
 Los grandes pensadores, 8.
Finot.—Progreso y Dicha, 10.
Fouille.—Temperamento y carácter, 5.—Bosquejo psicológico de los pueblos europeos, 10.
Garófalo.—La Criminología, 6.
Guido Villa.—El idealismo moderno, 5.
 La psicología contemporánea, 10.
Guyau.—El arte desde el punto de vista sociológico, 7.—La irreligión del porvenir, 7.—La moral de Epicuro, 5.
Hegel.—Filosofía del espíritu, 2 tomos, 9.
 Estética, 2 tomos, 15.
Hoffding.—Bosquejo de una psicología, basada en la experiencia, 8.—Hist.^a de la Filosofía moderna, 2 tomos, 18.
 Filosofía de la Religión, 6.—Los filósofos contemporáneos, 5.
Ingenieros (F.).—Criminología, 5.

Ingenieros (F.).—Psicología biológica, 6.
James (W.).—Compendio de Psicología, 7.
 Principios de Psicología, 2 tomos, 20.
Janet.—Historia de la ciencia política. Dos tomos, 15.
Klemm.—Historia de la Psicología, 6.
Lagorgette.—El fundamento del Derecho y de la moral, 5.
Lanessan.—El transformismo, 6,50.
Lange.—Historia del materialismo. Dos tomos, 16.
Lapie.—Lógica de la voluntad, 5.
Laurand.—Estudios griegos y latinos (En publicación).
Le Bon (Gustavo).—Psicología del socialismo, 9.
Le Dantec.—Teoría nueva de la vida, 5.
Lefevre.—Las lenguas y las razas, 5.
Loliee.—Historia de las literaturas comparadas, 6.
Lubbock.—Orígenes de la civilización, 7.
Maspero.—Historia antigua de los pueblos de Oriente, 15.
Nathan y Durot.—Los retrasados escolares (Anormales), 6.
Nordau.—Degeneración. Dos tomos, 12.
 El sentido de la Historia, 6.
Novicow (F.).—El problema de la miseria, 6.
 La crítica del darwinismo social, 6.
Ortiz.—La identificación dactiloscópica, 7.
Payot.—Educación de la voluntad, 4.
 El trabajo intelectual y la voluntad, 7.
Pearson.—La Gramática de la ciencia, 8.
Posada.—Principios de Sociología, 8.
Preyer.—El alma del niño, 8.
Ribot.—La herencia psicológica, 7.
 La psicología de los sentimientos, 8.
 Ensayo de la imaginación creadora, 6.
Reinach.—Orfeo.—Historia de las religiones, 7.
Riemann (H.).—Estética musical, 5.
Romanes.—La evolución mental en el hombre, 7.
Russel Wallace (A.).—El mundo de la vida, 8.
Sabatier.—Filosofía de la Religión, 5.
Schwegler.—Historia general de la Filosofía, 6.
Search.—Una escuela ideal, 7.
Seignobos.—Historia política de Europa. Dos tomos, 15.
Spencer.—Ensayos científicos, 5.
Stuart Mill.—Lógica, 12.
Tarde.—Las leyes de la imitación, 7.
Tocqueville.—La democracia en América. Dos tomos, 14.
 El antiguo régimen y la revolución, 5.
Tylor.—Antropología, 8.
Weber (A.).—Historia de la Filosofía europea, 10.
Wundt.—Introducción a la Filosofía. Dos tomos, 10.—Fundamentos de Metafísica. Dos tomos, 12.—Ética. Tres tomos, 20.
Xenopol.—Teoría de la Historia, 7.